TOMÁS MORO

UTOPÍA

COLIHUE CLÁSICA

UTOPÍA

TOMÁS MORO

UTOPÍA

Traducción, notas
e introducción:
José Luis Galimidi

COLIHUE CLÁSICA

Moro, Tomás
Utopía.– 1ª ed. 1° reimp. – Buenos Aires : Colihue, 2009.
208 p. ; 18x12 cm.- (ColihueClásica)

Traducción de: José Luis Galimidi

ISBN 978-950-563-024-0

1. Narrativa inglesa. I. Título
CDD 823

Coordinador de colección: Lic. Mariano Sverdloff

Equipo de producción editorial: Cristina Amado, Cecilia Espósito, Damián Marrapodi, Marcos Eisenbeil y Juan Pablo Lavagnino.

Diseño de tapa: Estudio Lima+Roca

CREATIVE COMMONS

1ª edición / 1ª reimpresión

I.S.B.N. 978-950-563-024-0

© Ediciones Colihue S.R.L.
Av. Díaz Vélez 5125
(C1405DCG) Buenos Aires - Argentina
www.colihue.com.ar
ecolihue@colihue.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

INTRODUCCIÓN

El autor y su obra: breve noticia de la formación y de la actuación profesional e intelectual de Tomás Moro

El 7 de febrero de 1477, o, según algunas investigaciones, de 1478, nació Thomas, segundo de cuatro vástagos de una familia acomodada de Londres. Sus padres, el juez John More y la señora Agnes Graunger, lo enviaron a la escuela de St. Anthony para que adquiriera allí sus rudimentos de gramática latina. A los doce años, lo ubicaron como paje en lo de John Morton, quien a la sazón era Arzobispo de Canterbury y Lord Canciller del rey Enrique VII, y pronto, en 1493, sería elevado a la jerarquía de Cardenal. Este temprano período de dos años de servicio en la casa de uno de los personajes más prestigiosos de Inglaterra lo inició de manera óptima en el trato cercano con los asuntos públicos y con las personas importantes, y le aseguró, además, un protector poderoso. El paso siguiente fue Oxford, en donde complementó sus estudios de latín con los de lógica y retórica. A los dieciséis años regresó a Londres, para iniciar su formación como jurista. En 1501, una vez graduado, fue aceptado como miembro del «Consejo de Juristas» y como profesor de derecho.

Al mismo tiempo que aprendía el arte jurídica, Tomás Moro tomó contacto con los estudiosos de la cultura humanista en Inglaterra, y comenzó a frecuentar él mismo los *studia humanitatis*. Se familiarizó con disciplinas como el idioma griego, la historia, la gramática, la poesía y la filosofía moral, y trabó relación, entre otros, con William Grocyn, con

John Colet, con Thomas Linacre (cf. una de las Cartas que acompañan la presente traducción), y, fundamentalmente, con Erasmo de Rotterdam, en 1499. Poco después, y movido por una vocación religiosa, que, como en el caso de su mentor, el cardenal Morton, no era del todo incompatible con una vida profesional y política, Moro pasó cuatro años con los monjes de la Cartuja, orden sumamente estricta, fundada por San Bruno en 1084.

Con todo lo profunda que pueda haber sido la experiencia monacal –y no hay dudas de que lo fue, vista la presencia de varios elementos de disciplina regular en la organización de la vida cotidiana en la isla de Utopía–, lo cierto es que nuestro autor decidió reintegrarse plenamente al mundo secular. En 1505 se casó con Joan Colt, hija de un próspero terrateniente, y comenzó su carrera como abogado. Su joven esposa le dio cuatro hijos antes de morir, en 1511, y poco después, Moro volvió a casarse, esta vez con una viuda de edad mediana, Alice Middleton.

Los años que siguen a su primer matrimonio significaron un rápido ascenso como servidor público profesional. Fue miembro de los Parlamentos de 1504, 1510, 1512 y 1515, representando a la ciudad de Londres en la Cámara de los Comunes. En 1510 fue designado, también, juez y *Vice-sheriff* de la ciudad. En 1515 integró una delegación diplomática –mencionada, precisamente, en el comienzo del Libro I de *Utopía*– que tenía la misión de arreglar con sus pares de Flandes una cuestión relativa al comercio de tejidos. A partir de 1518, ya durante el reinado de Enrique VIII, Moro entró a servir en el Consejo Real, como secretario de Su Majestad. En 1521 recibió el título de caballero, y, a partir de 1529, ocupó el cargo de Lord Canciller. El favor que por entonces le dispensaba su monarca queda ilustrado, por ejemplo, por el hecho de que Moro actuó como editor y asesor literario de un escrito polémico –*Assertio Septem Sacramentorum*– que publicó Enrique Tudor en 1520, en contra de Martín Lutero.

Ya desde los primeros años del servicio público, Moro

agregó a sus obligaciones una intensa tarea de estudio y de producción escrita, abarcando con su pluma casi todo el espectro de las diferentes regiones frecuentadas por el interés de los humanistas. Tradujo al latín varios poemas griegos, y cuatro obras breves en prosa de Luciano de Samosata. Escribió también, como respuesta al *Tiranicidio* de este último, un ejercicio retórico, que recibe el nombre técnico de *declamatio*. En el mismo estilo polémico, aunque firmado con seudónimo, publicó una respuesta a la réplica de Lutero al escrito condenatorio de Enrique VIII. Tiene, finalmente, algunos poemas en inglés, varios epigramas en latín, versiones en ambos idiomas de una (incompleta) *Historia de Ricardo III*, que sirvió de fuente de referencia para la pieza homónima de William Shakespeare, y una traducción inglesa de una biografía en latín del humanista italiano Pico della Mirandola.

Para completar esta noticia, resta mencionar, por último, las circunstancias que llevaron a la muerte de Moro, las que, si bien se encuentran relativamente alejadas del contexto inmediato que antecedió a la confección y edición de *Utopía*, están, en cambio, indudablemente asociadas a algunos de los sentidos más profundos de su escritura. En 1532, alegando un estado de salud delicado, pero, en verdad, inquieto por el cariz que estaban adquiriendo las actitudes de su soberano respecto de la autoridad de la Iglesia de Roma, Tomás Moro renunció a su cargo de Lord Canciller. El Papa Clemente VII se había negado a conceder a Enrique VIII la licencia para disolver su matrimonio con Catalina de Aragón, pero el monarca inglés se divorció de todas maneras, y ya anunciaba su próximo casamiento con Ana Bolena. La coronación de la nueva reina se celebró en junio de 1533, y Moro, ostensiblemente, se abstuvo de asistir a la ceremonia. Al año siguiente, el Parlamento prestó su acuerdo a dos normativas cruciales, el Acta de Sucesión y el Juramento de Supremacía. Por la primera, se atribuía el derecho hereditario de la Corona de Inglaterra a la línea sucesoria que hubieran de iniciar Enrique y Ana, con lo cual la princesa María, hija de Enrique y de Catalina,

quedaba como ilegítima. Por la segunda, se proclamaba al titular de la Corona Británica como cabeza suprema de la Iglesia de Inglaterra (*Anglicana Ecclesia*), rompiendo de esta manera con la tradicional subordinación de la monarquía a la autoridad del papado en cuestiones de religión. En 1534 los miembros de la nobleza debían prestar juramento de fidelidad al nuevo ordenamiento, pero Moro, manteniendo su lealtad para con el catolicismo de Roma, se negó, y fue encarcelado en la Torre de Londres. Juzgado un año después en Westminster, se lo declaró culpable de traición, bajo los cargos de obedecer a una potencia extranjera y de desconocer la soberanía de su rey, y fue decapitado en la plaza pública el 6 de julio de 1535. La crónica cuenta que en sus últimas palabras dirigidas al público que presenciaba la ejecución proclamó que moría como fiel servidor de su rey, pero por encima de ello, de su Dios.

Tomás Moro fue beatificado por la Iglesia Católica en 1886, y, en 1935, fue canonizado por el Papa Pío XI.

El texto y sus contextos: humanismo y secularización

Poner un texto filosófico en contexto implica postular una relación doble, de afinidad y de contraposición. Contexto es tanto el ambiente inmediato cuanto el universo de sentido encerrado por un determinado horizonte. Y el texto guarda afinidad con él por dos razones básicas: allí, como material, se encuentran los motivos, los argumentos y la imágenes que el autor utiliza en su composición, y allí, como público, moran los lectores a los que está destinado el acto de escritura. Pero, casi por las mismas razones, la obra también se contrapone a su contexto. En la misma medida en que el filósofo juzga que su intervención es necesaria, el escrito tiene que discutir, reformular, negar, en fin, sentidos que el público pueda tener por vigentes, o, al menos, debe proponer perspectivas y concepciones que den cuenta de lo que hay, pero de un modo más profundo, o más vigoroso que lo que venía siendo el caso.

Si, por la afinidad, la módica mención del contexto de una pieza filosófica es relativamente indispensable para tratar de comprenderla, por la contraposición, en cambio, la explicación de sus contenidos sustantivos por exclusiva remisión al marco contextual es absolutamente improcedente. En otras palabras, sólo una de dos cosas es cierta: o bien hay pura causalidad mecánica, y entonces las condiciones históricas, sociales, económicas, de clase, de género, etc., determinan casi sin residuo las diversas tesis que se defienden en los libros, o bien hay, además, creación libre, y entonces pueden existir, al menos, unos pocos textos de genuina filosofía.

Pues bien, *Utopía*, editado por primera vez en 1516, es, entre otras cosas, un texto filosófico. Para ordenar un esquema sumarísimo de las condiciones contextuales en las que interviene Tomás Moro con su publicación conviene, tal vez, referirlo, en cuanto a la época, al proceso de secularización, y, en cuanto al ambiente próximo, al humanismo renacentista.

En un sentido estricto, secularización es el término que se utiliza para mencionar el proceso por el que algunas de las posesiones y de las potestades de la Iglesia comenzaron a pasar a manos del poder político local en tiempos de la Reforma. Martín Lutero escribió sus Noventa y cinco tesis en 1517. En ellas atacaba al papado por el tráfico de indulgencias y, más en general, por una serie de prácticas sociales y políticas que resultaban incompatibles con lo que él consideraba una adecuada lectura de los Evangelios. Pero tanto su postura teológica como el impulso de ruptura que ella propició, y que resultaría en la conformación de las Iglesias cristianas independientes y en el surgimiento y consolidación de los Estados Nacionales, pueden verse como aspectos de una transformación más amplia, que ya desde hacía un tiempo venía afectando a las diferentes esferas de la sociedad y del espíritu de Europa. El perfeccionamiento de las técnicas de impresión, y el consiguiente incremento en la circulación de libros, sagrados y académicos, traducidos del latín o ya directamente escritos en idiomas vernáculos. El descubrimiento de

nuevas rutas comerciales, y de nuevos mundos. El desarrollo de métodos experimentales para investigar los fenómenos naturales de la tierra y del cielo, y para expresar los resultados en términos matemáticos. El ascenso social de nuevos grupos de agentes, que pugnaban por obtener una posición política acorde con su creciente capacidad económica y financiera. La disolución progresiva, en fin, de las formas tradicionales de dominación feudal, junto con la liberalización de las relaciones de producción, tanto en el campo como en las ciudades. Tecnología y economía, política y teología, todos los sectores de la cultura, en una palabra, coincidían en desafiar las certezas que habían fundado el orden y la unidad de la vida colectiva durante tantos siglos. A comienzos del siglo XVI ya no parecía tan obvio que la autoridad eclesiástica poseía –o debía poseer– con exclusividad la clave para conocer, para evaluar y para acceder a lo más santo, valioso e interesante que este y el otro mundo podían ofrecer a los hombres.

Secularización, entonces, no fue mera postergación u olvido de lo divino y de lo sublime en favor de intereses materiales y prosaicos. Significó, más bien, la incorporación de nuevos actores y de nuevos discursos al escenario donde se dirimían los conflictos de fe, de conocimiento y de poder. En este panorama, al humanismo le cupo un papel protagónico. Como ideólogos del Renacimiento, los humanistas integraban un movimiento espiritual que, a partir de la recepción y la revalorización del patrimonio cultural de la antigüedad grecolatina, contribuyó a modificar radicalmente los fundamentos de la sociabilidad occidental. Reivindicando una nueva forma de nobleza, la del espíritu honestamente curioso y racional, los *studiosi* cuestionaban la rigidez de cualquier estructura, mental o institucional, que obstaculizara el desarrollo libre del estudio y de la creación intelectual o expresiva. Si fueron afectos a una actitud escéptica, que, por principio, ponía en duda la legitimidad del principio de autoridad para dictaminar sobre cuestiones de verdad, de justicia o de belleza, la compensaban con un impulso vitalizante que, como a

Sócrates, los convencía de que nada de lo humano les debía ser ajeno. Los humanistas eran cristianos, pero además de la vida eterna, apreciaban la existencia mundana por sí misma, no como mera preparación para el más allá. Advertían, por tanto, la presencia del elemento divino en lo bello, en lo placentero, y hasta en lo útil. Firmes creyentes en la dignidad absoluta del hombre como ser supremo de la Creación, pensaban que cada cual tiene el derecho y la responsabilidad de cultivar dentro de sí las inagotables capacidades con que el Creador lo ha honrado. Conocerse, para ellos, era asumir la demasiado humana tendencia a la impiedad y a la ignorancia soberbia, y era también combatir tal tendencia, mediante la autoeducación y la autoelevación. Trajinando en pos de la República de las Letras, los humanistas del Renacimiento inventaron al individuo cultivado moderno.

Si hubo un individuo que se interesó por el Universo y que, además, como ya vimos, impresionó profundamente a nuestro Tomás Moro, fue el florentino Pico della Mirandola. Precoz, insumiso y brillante, tenía menos de veinticinco años (había nacido en 1463) cuando intentó convocar a un congreso mundial de filósofos, iniciativa que fue prohibida por el Papa. En todo caso, escribió en 1486 su *Discurso acerca de la dignidad humana*, una suerte de Manifiesto Humanista, en el que se recrean las palabras que Dios habría dirigido a su primer hombre cuando lo hizo y lo puso en el centro del mundo:

> Oh, Adán, no te he dado ni un lugar determinado, ni un aspecto propio, ni una prerrogativa peculiar con el fin de que poseas el lugar, el aspecto y la prerrogativa que conscientemente elijas y que de acuerdo con tu intención obtengas y conserves. La naturaleza definida de los otros seres está constreñida por las precisas leyes por mí prescriptas. Tú, en cambio, no constreñido por estrechez alguna, te la determinarás según el arbitrio a cuyo poder te he consignado. Te he puesto en el centro del mundo para que más cómodamente observes cuanto en él existe. No te he hecho ni celeste ni terreno, ni mortal

> ni inmortal, con el fin de que tú, como árbitro y soberano artífice de ti mismo, te informases y plasmases en la obra que prefirieses. Podrás degenerar en los seres inferiores que son las bestias, podrás regenerarte, según tu ánimo, en las realidades superiores que son divinas...

Palabras divinas éstas, filosóficamente conjeturadas, a las que acota el autor:

> ¡...oh suma y admirable suerte la del hombre, al cual le ha sido concedido el obtener lo que desee, ser lo que quiera![1]

Para contribuir a la dignificación del hombre, el programa cultural de Pico incluía la integración, bajo la suprema sabiduría del mensaje cristiano, de las tradiciones culturales más elaboradas que se conocían. En sus *Novecientas conclusiones filosóficas*, se propuso establecer las bases teóricas de una paz universal, convocando a todos los sabios y a todos los creyentes, para que se dispusieran a elaborar y coordinar lo mejor de la Biblia, el Evangelio, el Corán, los Oráculos caldeos y la Cábala, junto con las doctrinas de Pitágoras y de Trismegisto, de Platón y de Aristóteles, de los Padres y de los latinos.

Si la afinidad de Moro con Pico fue intelectual y literaria, la relación con Erasmo de Rotterdam fue, además, afectiva y personal. Se encontraron por primera vez en 1499, en ocasión de la llegada del joven sacerdote a Inglaterra. Como almas hermanas, se reconocieron compartiendo el mismo ideal pedagógico, que consistía en formar de manera pareja el espíritu y el corazón, recuperando a los antiguos y retornando a la religión sencilla y solidaria del cristianismo primitivo. Erasmo viajó por Europa y volvió a Londres en 1509, para hospedarse en casa de su amigo, y escribir allí *Elogio de la locura* (*Moriae Encomium*, editado en París, en 1511). En la carta Dedicatoria

---

1. Pico della Mirandola, *Discurso sobre la dignidad del hombre* (trad. de Adolfo Ruiz Díaz), Instituto de Literaturas Modernas, Universidad de Cuyo, Mendoza, 1972, pp. 42-43).

encontramos un ejemplo claro de la admiración que sentía Erasmo por las virtudes morales y por la sabiduría de Moro: «He pensado en tu nombre, Morus, tan cercano al de la locura (*Moria*, en latín), como alejada de ella está tu persona». En una sola frase, y apelando a los juegos de palabras tan caros al estilo humanista, Erasmo hacía referencia al *morosophos* de Luciano, un sabio que aparecía como loco ante los ojos de la mayoría de tontos.[2] Y, al mismo tiempo, daba también testimonio de la convicción de pertenecer a una aristocracia del espíritu, que, por contraste con la antigua nobleza de la sangre, anticipaba el *Sapere aude* (Atrévete a pensar por ti mismo) de la Ilustración kantiana, y aspiraba a negarse como minoría, contribuyendo al mejoramiento general.

Finalmente, en cuanto al conjunto de temas, estrategias de argumentación y estilo discursivo con los que Moro elabora su *Utopía*, conviene tener en cuenta, de un lado, su experiencia profesional como jurista y como funcionario público de jerarquía, y, del otro, el repertorio al que su formación humanista le había dado acceso privilegiado.[3] Entre los tópicos más relevantes se debe mencionar, obviamente, el tema clásico de la ciudad ideal, tratado, entre otros, por Platón y por Cicerón, el del consejero del gobernante, desarrollado por el discípulo de Sócrates en *La República* y en la *Carta VII*, por Séneca, por

---

2. La hipótesis de André Prévost es que la *Utopía* de Moro es el complemento para el *Elogio de la locura*, una especie de elogio de la sabiduría que, por contraposición a la locura, que está por todos lados, no se encuentra en ninguna parte (en griego *u* = partícula de negación, *topos* = lugar). Esta conjetura estaría reforzada por una carta de septiembre de 1516, en la que Moro escribe a Erasmo que le envía «Nuestra Ninguna Parte, en ninguna parte de la cual hay algo que esté bien escrito...» (*Nusquamam nostram nusquam bene scriptam ad te mitto...*». (Cf. André Prévost, la *Introduction* en su edición de *L'Utopie de Thomas More*. Paris, Mame, 1978, p. xxxvi).

3. Seguimos aquí las notas de George Logan, en la Introduction a su edición revisada de *Utopia*. Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

Cicerón y por Plutarco, y actualizado magistralmente por Maquiavelo en *El Príncipe*, el de la problemática relación entre la honestidad y la conveniencia, recurrentemente planteado por el arte de la retórica, y el de las resonancias estoicas y epicúreas presentes en la filosofía moral de los utopienses, y en la actitud del filósofo itinerante Rafael Hitlodeo. Y en lo que se refiere al estilo con el que Moro escribe su «librito... no menos saludable que festivo» (cf. el subtítulo de *Utopía*), conviene tener presente la tradición del *serio ludere* (en latín: jugar en serio, o acerca de lo serio), una actitud del pensamiento que se remonta hasta Platón, pasa, por ejemplo, por Luciano y Apuleyo, y se reactualiza brillantemente en Erasmo, y que consiste en incluir una dosis de ironía y de buen humor en el tratamiento de los asuntos más graves y complejos. Jugar con la inteligencia no es despreciar lo que se discute, sino más bien tomar conciencia de que los temas importantes aceptan más de una perspectiva, y que la que uno mismo está defendiendo, por más honesta y voluntariosa que pueda parecernos, no es más que una aproximación. No por bienhumorados les faltó compromiso a Sócrates o a Tomás Moro, que no dudaron en ofrendar la vida como testimonio de la seriedad con que se tomaban sus convicciones.

Utopía, o la (crítica de la) política inmediata

En noviembre de 1518 la célebre casa editora de Juan Froben, de Basilea, ofrecía al público la cuarta edición de *Utopía*, un producto cultural con forma de libro que, entre la primera y la última página, encerraba, por lo menos, dos mensajes principales, pero bastante contrapuestos entre sí. Uno, el más evidente, y que, con diferentes variaciones, trascendió épocas, geografías y ámbitos, es que se puede –y que vale la pena– pensar la manera óptima de ordenar las cosas en una comunidad política. Este mensaje, a su vez, se compone de dos partes complementarias: la

primera afirma que las repúblicas[4] efectivamente existentes en la Europa del siglo XVI eran una versión muy deformada y maligna, una manera sumamente empobrecida de llevar a la realidad los elevados propósitos contenidos en la idea de república. La segunda, por contraste, despliega ante el lector los fundamentos conceptuales y las principales estructuras (instituciones, creencias, prácticas, costumbres, disposición urbana, etc.) de lo que podría ser una república idealmente perfecta.

El segundo mensaje no es tan frontalmente explícito como el primero, ni ha alcanzado tanta difusión, aunque tampoco se trata de una cuestión esotérica, a la que solamente pueda acceder una minoría de iniciados. Como el anterior, también puede presentarse como la articulación de dos partes complementarias: la primera de ellas da a entender que no todas las prácticas ni todas las personas de la sociedad europea existente, incluyendo a las que disfrutan de cierta preeminencia política, religiosa o intelectual, están insalvablemente corrompidas y negadas para todo lo que sea bueno, bello o verdadero. La segunda, afín a la anterior, se permite dudar de la conveniencia de intentar la aplicación en la sociedad existente de los principios que rigen la constitución de la comunidad ideal. En ciertos momentos textuales de supremo escepticismo, esta manera de ver las cosas se manifiesta como una certeza firme acerca de la radical *in*capacidad de los seres humanos para ser ciudadanos de una república perfecta.

Este ritmo lógico, «si bien tal cosa, en cambio también tal

---

4. En el siglo XVI, la voz latina *Res Publica*, literalmente, «lo que es común», no aludía, como hoy hace pensar el significado que se le dio posteriormente, a esa forma específica de gobierno que respeta el principio de la separación del poder legislativo y del poder ejecutivo. En el contexto de *Utopía*, «República» vale, de un modo más general, como «unidad política autónoma», sin distinción de formas de gobierno. Con ese sentido la tradujimos, y así la usamos también en el presente ensayo.

otra», recorre todo el escrito, y, con un espíritu de franco desencanto, está magistralmente condensado en el nombre mismo de la república perfecta. El prefijo «*U*» que antecede a «*topía*» (del griego *topos*, «lugar») puede interpretarse como partícula negativa y también como contracción de «*Eu*», «buen»,[5] lo cual equivale a sugerir que la república óptima es admirable y hasta deseable, pero, dado que no queda en ninguna parte, hay que admitir que es inhallable, o irrealizable.

Pero ése, decimos, es solamente *uno* de los mensajes que encierra el libro. Si se pone un poco de atención, ya en el título completo de la obra se puede advertir un anticipo de contrapunto:

> Del estado óptimo de una república y de la nueva isla de Utopía.
> Un librito verdaderamente áureo, no menos saludable que festivo, por el muy célebre y elocuente Tomás Moro, ciudadano y *Vice-sheriff* de la ilustre ciudad de Londres.

A primera vista, ya se ve que los calificativos favorables y edificantes van a ser repartidos a ambos lados del istmo. Si bien se nos dice que lo óptimo queda «allá», en una isla que «acá» es casi desconocida, también se afirma que en esta parte del mundo hay, al menos, un ciudadano notable, que además de servir en un cargo de jerarquía al pueblo de una ciudad ilustre, también es capaz de escribir un libro ameno y brillante. Se está diciendo bastante más, en verdad, porque, indirectamente, se está resaltando la decisión de las autoridades de la ciudad de designar en un puesto de importancia política a alguien que cultiva los dones del espíritu, y se está también expresando la confianza en una comunidad potencial de lectores, que estará en condiciones de apreciar la novedad en la medida de su real valía, y de beneficiarse con sus efectos «saludables». Para decirlo con un talante cristiano:

---

5. Cf. *infra*, la sextina laudatoria del poeta Anemolio.

es verdad que un reino de este mundo no puede ser perfecto. Pero también es verdad que este mundo, que (porque) ya ha recibido el mensaje divino de la Salvación, está preparado para albergar a hombres que pueden elaborar los principios de una república ideal, y que, sobre la base de ellos, pueden criticar lo vigente con el propósito de mejorarlo. Londres no es la Nueva Jerusalén, pero tampoco es Sodoma.

Dos mensajes, entonces, y, en el espacio que hay entre ambos, más perplejidad que certidumbre. Servimos en Londres, dice el autor, pero querríamos admirar a Utopía. Conocemos las palabras de Platón y de Cristo, pero no hemos sido capaces de construir una república ni racional ni piadosa. Tal vez uno de los propósitos del libro radique, precisamente, en señalar la ambivalencia radical del alma y de las instituciones humanas. Somos, como luego dirá Kant, habitantes de dos mundos: en uno, las cosas son como son; en el otro, son como deberían ser, y ahí están, con un pie en cada orilla, los hombres responsables, que no quieren resignarse a vivir la vida de los lobos, pero que tampoco consiguen aspirar a portarse como santos.

La Utopía que presenta Tomás Moro está dos veces fuera de la Historia. Una, porque en ella ya no hay cambios sustantivos; siendo perfecta, no podría ni mejorar ni corromperse. La otra, porque ninguno de los personajes del libro se ofrece a proponer una vía de acceso que permita abrigar la esperanza de llegar a realizarla. Pero *el libro* llamado *Utopía*, como intervención filosófica, es decir, como acción espontánea de un espíritu libre, no sólo está inmerso en la historia de la redención, sino que además aspira a revitalizarla. Y lo hace con elementos del humanismo secularizado: las críticas y las propuestas, relativas a la producción y a la distribución de bienes materiales, y a la constitución y la gestión del poder político, no reciben en el texto menos atención que las consideraciones sobre la virtud, o sobre la piedad religiosa. *Utopía* no es todavía una Filosofía de la Historia, porque no se pronuncia con pretendida certeza sobre el camino que llevará

necesariamente hacia una meta que se postula, con convicción absoluta, como lo óptimo. Si al lector contemporáneo le parece, con razón, que anticipa tendencias extremas que han sido plasmadas por el totalitarismo, imaginadas por la literatura de ficción tecnológica, o reivindicadas por la urgencia revolucionaria, también, por razones análogas, podría darle la impresión de que incluye elementos embrionarios de un reformismo moderado, que recela por igual de la fiebre del visionario y de la inercia del conformista.

Repúblicas verdaderas y falsas

Desde el punto de vista formal, el texto *Utopía*, sin considerar los documentos adicionales que lo acompañan en la edición que presentamos, es como un juego de cajas chinas, un relato que contiene otros relatos. En el relato introductorio, más «externo», digamos, hay un personaje que narra en primera persona. Este personaje, que lleva el mismo nombre que el autor real, Tomás Moro, comienza contando las circunstancias de cierto viaje diplomático que debió hacer a la ciudad de Brujas, viaje cuya ocurrencia extratextual puede ser fácilmente corroborada por el lector avisado, ya que el autor era, al momento de la publicación, una persona pública. Terminada la misión, el personaje Tomás Moro dice que se tomó unos días para llegarse (al igual que lo había hecho en la vida real su autor, Tomás Moro) hasta Amberes,[6] donde se encontró con su amigo Pedro Giles (las señas de este personaje también coinciden con las de un amigo del autor, llamado Pedro Giles).

---

6. Los biógrafos coinciden en afirmar que Tomás Moro habría escrito el Libro Segundo de *Utopía* durante su estadía en Amberes, hacia fines del verano de 1515, y que lo habría completado con el Libro Primero durante el otoño y el invierno siguientes, tras su regreso a Londres. Los detalles de la confección del texto no eran, necesariamente, conocidos por todo el público lector, como sí lo era, en cambio, la condición de funcionario de jerarquía de Tomás Moro.

Para propiciar la inclusión de los relatos subsiguientes, la narración introduce a Rafael Hitlodeo. Tal es el nombre del filósofo y viajero portugués que, en la ficción, Giles le presenta a Moro ante las puertas de la iglesia de Santa María. Pero el tercer personaje, si bien compuesto con pinceladas de realidad histórica, ya que Giles cuenta que había acompañado a Américo Vespucio en tres de sus cuatro viajes, ya no tiene su correlato directo en el mundo de la vida extratextual. Los biógrafos del autor inglés Moro no registran en su entorno familiar, social contemporáneo o espiritual, a ningún Rafael Hitlodeo, ni tampoco dan cuenta los estudios históricos de ningún filósofo aventurero que, con algún otro nombre, o nacionalidad, o década de nacimiento, presente con aquel personaje un parecido tan estrecho como el que ostentan Tomás y Pedro con sus respectivos homónimos de comienzos del siglo XVI.

Con los tres protagonistas ya instalados en escena, la narración se desarrollará en tres espacios lógicos bien diferenciados en cuanto a volumen, características y ubicación respecto del punto de vista del lector. Sin prestar, por ahora, demasiada atención al orden en el que se van sucediendo conforme avanzan las páginas, digamos que el primero de ellos es el más cercano, ya que lo conocemos por boca del narrador. Se trata de la charla que mantienen Moro, Giles e Hitlodeo en el jardín de la casa en la que se alojaba el inglés, el mismo día en que se encontraron. De esta conversación, que no es una mera excusa sino que incluye también momentos doctrinales sustantivos, se desprenden los otros dos espacios. Ambos, cada uno a su manera, aparecen como más alejados que el anterior, porque son relatos que introducirá Rafael en diferentes momentos de la charla. Uno de ellos surge a propósito de una pregunta de Moro, que quiere saber si el portugués ha visitado Inglaterra alguna vez. Rafael contesta que sí, y pasa entonces a narrar las peripecias de una conversación filosófica que mantuvo con varias personas, en un encuentro ocurrido en casa del cardenal John Morton, cuando éste ya era Lord Canciller. Este segundo ámbito de la narración, si

bien ficticio como todo lo que incluye al inventado Rafael Hitlodeo, también está compuesto con retazos de realidad: Londres, la época del encuentro (unos meses después de la batalla de Blackheath, en 1497), la figura del cardenal Morton –cercana, además, a la del autor Tomás Moro[7]–, y, obviamente, los tópicos discutidos en el *symposium* son, todos ellos, coordenadas propias del mundo extratextual.

El tercer espacio narrativo ocupa casi todo el Libro Segundo, y consiste, ahora sí, en la minuciosa descripción, realizada por Rafael, de lo que éste ha visto y reflexionado en su prolongada estadía de cinco años en Utopía. Si bien, en lo formal, este tercer ámbito es paralelo al segundo, ya que, como él, es una narración en segundo grado, en lo sustantivo, en cambio, suena mucho más alejado a oídos del lector, porque Rafael no ofrece ninguna precisión geográfica sobre la ubicación de la isla, y tampoco apoya el relato de su experiencia en la república óptima con la presencia de algún personaje homónimo de los de la vida real contemporánea.

Ahora bien, sabemos, porque lo dice Rafael hacia el final del Libro Segundo, que la verdadera razón de que Utopía suene tan alejada de la realidad europea de su tiempo tiene que ver con una cuestión más doctrinal que geográfica. Las repúblicas efectivamente existentes traicionan con su ordenamiento el verdadero significado mencionado por su concepto. Inglaterra, o Francia, por caso, se llaman a sí mismas «*Res Publicae*», pero en ellas nada es común, todo es propiedad privada de unos pocos, que además, son los peores, porque disponen las leyes y las cosas de una manera tal que les permite gozar de poder, de beneficios y de lujos sin ofrecer a cambio más que existencias vanas y licenciosas. Utopía, en cambio, es una república verdadera, porque en ella no existe la propiedad privada. Al ser comunes todas las cosas, se suprimen de raíz las miserias que acompañan a la avidez de riquezas, de lujo y

7. Cf. *supra*, la noticia biográfica.

de poderío. En cierto sentido, vale aquí el *dictum* aristoteliano, según el cual lo que es primero para nosotros es lo último en sí, y lo que es primero en sí es lo último para nosotros. Se puede decir que Utopía es lo último a lo que accedemos, porque para llegar a conocerla y a comprenderla debemos ser capaces de ver más allá de los datos de la experiencia cotidiana y del sentido común. Pero si consideramos las cosas con los ojos del alma, entonces aparece ante nosotros, con toda su claridad, la verdadera realidad de lo que en el orden del ser es lo primero, una república que genera sus prácticas y sus instituciones a partir del respeto, sin residuos, por la verdadera naturaleza de la humanidad y de la justicia.

En Utopía todo es armonía, unidad compleja enriquecida por la coordinación funcional de lo diverso. Lo primero es el cuidado del espíritu, y el orden externo está al servicio del cultivo de las cualidades más elevadas del alma: la piedad, la solidaridad, el conocimiento y la sensibilidad por la belleza. Pero esto no significa menosprecio por la dimensión material y orgánica de la existencia. Reina allí una especie de optimismo metafísico, y entonces consideran los utopienses que una vida virtuosa no tiene por qué ser incompatible con una existencia agradable; hasta lúdica cuando la ocasión lo aconseja, que evite dolores innecesarios y que celebre las alegrías de un cuerpo sano y vigoroso. Los medios instrumentales están diseñados con maestría técnica para lograr la realización de los fines superiores con el mínimo de dispendio en la utilización de los recursos materiales y humanos. Un mismo concepto de optimización racional rige todos los ámbitos de la actividad. La lengua de los utopienses, dice Rafael, expone el pensamiento con fidelidad, y su música exhibe una adecuación perfecta entre el sonido y el asunto que se quiere expresar. La economía es planificada y, junto con el dinero, se han eliminado por completo los mecanismos del mercado: se produce y se trabaja en función de lo que la comunidad necesita, con un margen de reservas adecuado para prever períodos de escasez. Siempre hay pleno empleo, y el exceso

de producción se maneja, en parte, disminuyendo las horas de la jornada laboral, y, en parte, exportando y utilizando el considerable ahorro nacional como elemento determinante en la política exterior. Así como el reconocimiento mutuo no está distorsionado por la exterioridad vana del vestuario lujoso o del ornamento superfluo, así tampoco la resolución de los (pocos) conflictos entre particulares está trabada por un exceso enmarañado de disposiciones legales. En Utopía, significativamente, cada cual está en condiciones de llevar adelante su propio caso. Hay un amplio margen de libertad para decidir el propio oficio, pero no existe la profesión de los abogados.

Rafael Hitlodeo, como un filósofo platónico que regresa a la caverna después de haber visto la luz del sol, asume, *motu proprio*, el papel de embajador extraoficial de la isla, y, siempre que puede, lleva la discusión hacia la comparación entre el modelo óptimo y las diferentes manifestaciones de la vida devaluada y tergiversada que en el mundo conocido se tiene por única, y, por añadidura, valiosa, realidad posible. En su relato de los diálogos que sostuvo en casa del cardenal Morton, el portugués itinerante rememora las polémicas que mantuvo con representantes de la sociedad local acerca de ciertos tópicos que son centrales para hacer más evidente el contraste. Así, el lector recibe una visión críticamente descarnada sobre cuestiones como la pobreza, la delincuencia, la ineficiencia y la injusticia de la pena de muerte, la inutilidad social de la nobleza de sangre y de algunas órdenes religiosas, la política expansionista de los monarcas europeos y sus consecuencias sobre la economía nacional, etc. Y, con un tono más respetuoso y menos mordaz, este tipo de consideraciones también forman parte del intercambio que mantienen Rafael, Giles (que interviene muy esporádicamente) y el narrador Tomás Moro, poniendo especial atención sobre un asunto tan cercano a la realidad de este último como lo es la participación de un humanista en el Consejo Real.

Conocidos y analizados los dos lugares, *topía* y *distopía* aparecen, según como se los mire, como figuras que se explican

–porque se excluyen– recíprocamente. En Inglaterra la vida de la mayoría de las personas resulta miserable, brutal y breve, porque las instituciones y los poderosos que se sirven de ellas logran exactamente lo contrario de lo que pretenden hacer creer que se proponen, es decir, procurar el bienestar general. En Utopía la mayoría de las personas vive feliz todo el tiempo que la naturaleza ha previsto para su existencia, porque, al no haber propiedad privada, se ha neutralizado el principio generador de la sociabilidad europea, causante directo de todos los males políticos, económicos y morales que la caracterizan.

GOBIERNO Y *MOROSOPHIA*

Cuando se quiere lograr una recepción favorable para una idea determinada, suele ser conducente hacer una buena semblanza del mensajero que la anuncia. Y el Hitlodeo de Moro parece ser el caso. Rafael no es utopiense, ni por nacimiento ni por adopción, pero luce cualidades personales sumamente apropiadas para difundir la ideología de la isla. Su memoria es exquisita, y su conversación es vívida y amena. Hombre muy versado en letras y en filosofía, posee una curiosidad y una osadía que impulsan a su mente y a su persona misma a explorar los límites conceptuales y físicos del mundo conocido. Desapegado de los bienes materiales e inmune a la seducción del poder, cuida celosamente de su independencia, para poder mantenerse fiel a sus convicciones sin sentirse obligado por los compromisos que suelen imponer las posesiones y los cargos.

Tomás Moro lo recibe de muy buen grado en su hospedaje porque Rafael viene recomendado por su apreciado Pedro Giles, y, a medida que transcurre el encuentro, va aumentando su admiración por los dichos y por la personalidad del portugués. Tan honda es la impresión que ha causado en nuestro autor lo que escuchó aquel día en Amberes que, tal como leemos en la Carta que envía a Giles en 1516, y que antecede al texto de *Utopía*, Moro ha decidido transmitir lo que recuerda de la charla, sin mayores agregados ni consideraciones:

> Sabrás, desde luego, que he sido relevado de toda tarea de reunir los materiales para el trabajo, y que no tuve que dedicarle ni un pensamiento a su ordenamiento. Sólo hube de repetir lo que, en tu compañía, le escuché relatar a Rafael. De ahí que no tuviera necesidad de preocuparme por el estilo de la narración, ya que su lenguaje no tenía cómo ser sofisticado. En primer lugar, porque era urgido e improvisado. Y, en segundo lugar, porque provenía de una persona que, como sabes, estaba muy poco familiarizada con el latín y con el griego. Por consiguiente, cuanto más se acerque mi estilo al de su descuidada simplicidad, más próximo estará de la verdad, que es lo único que debo cuidar, y que, de hecho, cuido.

Nuevo esfuerzo, entonces, para poner el estilo de la transmisión en sintonía con las cualidades de lo transmitido. Agregar ornamento retórico o elaboración conceptual a la descripción de una sociedad que realiza de manera inmediata los principios de la auténtica naturaleza de lo humano significaría una contradictoria distorsión de la verdad.

Ahora bien, si, en general, no hay razones para pensar que lo óptimo debe excluir necesariamente la existencia de lo más o menos bueno, es evidente, además, que, con todas las diferencias de jerarquía que se quiera postular, siempre hay que suponer, si es que se espera alcanzar un efecto persuasivo, algún mínimo grado de afinidad entre las instancias de la emisión, de la transmisión y de la recepción. Utopía podrá ser lo mejor, pero, por hipótesis, no puede ser *lo único* bueno que existe en el mundo. Están, por ejemplo, los polileritas, pueblo a cuyo sistema penal se refirió elogiosamente Rafael cuando discutía con el jurista en lo del Cardenal. Está Rafael mismo, que algo de bueno tuvo que haber recibido en su educación europea para poder ir, apreciar y volver tan convencido. Y están, desde luego, los personajes de Giles y del Cardenal, a los que se agregará el de Moro, quienes también exhiben suficientes cualidades de humanidad como para merecer muestras de respeto y de afecto por parte del intransigente Hitlodeo. Ellos son repre-

sentantes eminentes de una cierta comunidad espiritual, que comparte criterios de comunicación y evaluación, y de la cual nos brindan un panorama luminoso los diferentes documentos que acompañan a las primeras ediciones de *Utopía*.

Valdría aquí una puntualización. Estas cartas, poemas y demás elementos, llamados usualmente *parerga*, están fuera del texto propiamente dicho, pero se incluyen en una edición que ha sido supervisada y aprobada por el autor. Y aunque es verdad que la mayoría de los documentos anexos lleva la firma datada de personas reales, conviene tomar en cuenta que algunos de ellos son, con toda certidumbre, obra del propio Tomás Moro, y que en otros, se juega gustosamente el juego, y se escribe como si la isla de Utopía o la persona de Rafael tuvieran una existencia de carne y hueso. En la carta a Giles, por ejemplo, Tomás Moro da por efectivamente acontecida la charla de Amberes, y le pide a su amigo que le haga llegar a Hitlodeo el original de *Utopía*, por correo o en persona, para que el filósofo lo corrija, y para que apruebe su publicación. Para aumentar la sensación de realidad, Moro agrega (inventa) que un religioso de su confianza ha solicitado ante el Papa que se lo designe obispo de los utopienses, para mejor servir a la cristiandad. En la Carta donde recomienda el librito al mecenazgo del prestigioso Busleyden, Pedro Giles también mantiene armado su personaje fuera de escena, ya que añade alguna que otra anécdota sobre el encuentro con Hitlodeo en el jardín de Moro, y abunda, todavía, acotando que la cuarteta en lengua utopiense que se publica en la edición (atribuída por los estudiosos al autor Tomás Moro) se la había pasado a él el propio portugués, días después de que Tomás hubo dejado Amberes. Algo similar hace Budé, quien en la Carta donde le agradece a Lupset que le hubiera hecho llegar una copia de *Utopía*, se extiende en consideraciones elogiosas sobre los argumentos que allí se exponen, trata de aportar algunas precisiones geográficas sobre la ubicación de la isla, y elogia la modestia de Moro, quien prefirió relatar todo tal cual lo escuchó para no dar lugar a que Hitlodeo pudiera llegar a ofenderse.

Se puede decir, entonces, que los *parerga*, aunque no pertenecen estrictamente a la obra de ficción que tiene a Moro, Giles y Rafael por personajes protagónicos, tienen la clara intención de reforzar el sentido de su escritura. Ya sea porque adhieren a las líneas principales de sus doctrinas más explícitas, ya porque fueron escritos directamente por Moro, ya porque adoptan, en fin, una postura de franca complicidad con las ficciones que estructuran el relato principal, se advierte a simple vista que los diferentes documentos que acompañan al texto de *Utopía* en su edición de 1518 contribuyen a ratificar el mensaje mentado por su autor. Y el caso es que, como dijéramos más arriba, creemos que se trata de un mensaje compuesto por el diálogo entre *dos* posturas, existencialmente diferentes. Moro/autor es una personalidad mucho más rica y densa que su personaje/Moro. Y aunque este último diga, en algún momento, que no quiere entrar en detalles que lo desvíen de su propósito principal, que es el de transmitir lo que le contó Hitlodeo sobre Utopía, lo que recibe un lector atento es bastante más de lo que expresa el narrador.

De la combinación del texto con los documentos acompañantes se desprenden, obviamente, elogios variados para la organización utopiana y para la personalidad de Rafael. Pero también surgen de ella opiniones recíprocas sumamente favorables acerca de los integrantes del cenáculo virtual: Erasmo habla bien de Froben, Budé habla bien de Lupset, todos se deshacen elogiando a Moro. De un modo u otro, Tomás y sus amigos se creen muy dignos lectores y divulgadores de las doctrinas del libro que están haciendo circular. Es muy cálida y acogedora la manera en que unos a otros se expresan respeto intelectual y afecto personal. Es muy bella la manera en que los tres protagonistas disponen las cosas para pasar la velada en la que compartirán lo que se cuenta en el Libro Segundo, en el jardín, después de cenar, y con orden de que nadie los moleste. Pero que personajes y recomendantes sean contestes en aceptar la superioridad de lo óptimo y en disfrutar el tiempo que pasan discurriendo sobre ello no significa en

modo alguno que tengan pensado abandonar a su suerte las respectivas responsabilidades que cada uno de ellos ha asumido en el mundo real. En particular, no significa que Moro/autor presente a Rafael Hitlodeo –viajero sin familia, posesiones ni cargos– como modelo perfecto de hombre, siendo que él mismo, por ejemplo y por contraste, en la carta a Giles relata, sin sombra de culpa ni de crítica, cómo se siente tironeado por la cantidad de actividades y de compromisos profesionales y familiares a los que debe servir antes de poder reservarse un tiempito para sí y dedicarse al estudio y a la escritura.

Un indicio claro de que la pluma de Moro no toma partido exclusivo por su Rafael lo encontramos en el contrapunto que este último mantiene con el cardenal Morton. Conocemos de sobra, por vigente, la postura denunciante del filósofo aventurero: los mismos causantes deliberados de la miseria de la mayoría de sus compatriotas son los que abogan por castigar con dureza impía a los que, sin culpa, la soportan, y que, empujados por la necesidad, roban para tratar de sobrevivir. Recordemos ahora, brevemente, la postura del entonces Lord Canciller: aprecia la profundidad de los argumentos de su huésped, lo insta a exponerlos con detalle, y hasta se atreve a sugerir que sería partidario de ver la manera de introducir, a modo de experiencia piloto, y con suma prudencia, algunas de las modificaciones propuestas por Hitlodeo en la legislación penal de Inglaterra. Pero el perfil de John Morton se redondea y se enriquece, además, con otras pinceladas: el Cardenal es quien pone su casa y su mesa para que allí se expongan con total libertad doctrinas *muy* críticas del orden en el cual él ocupa un cargo tan elevado. Él es el que modera la conversación, y frena al jurista cuando éste iba a comenzar a refutar, con un discurso que se preveía aburrido e insustancial, las tesis que atacaban al sistema social que él, en parte, está representando. Y, *last but not least*, es el Cardenal el que elegantemente, y sin mayor ceremonia, se retira de la conversación que versa sobre las miserias del universo para intentar ayudar a resolver los problemas de la gente que lo aguarda, como todos los días, en la antesala de su despacho.

El respetuoso contrapunto entre las posturas existenciales de Hitlodeo y de Morton hace las veces de combate preliminar para lo que, a nuestro entender, es la pelea de fondo, que se desarrolla en el episodio siguiente. Moro, impresionado por la lucidez, por la experiencia y por la integridad de Rafael, le sugiere que supere su horror a las Cortes, y que se decida a volcar su sabiduría en beneficio del pueblo, cumpliendo con el ideal platónico de asociar la filosofía con el ejercicio del gobierno. La encendida respuesta de Rafael comienza con el planteo de una paradoja, que es la que determina la problemática de todo el diálogo que está por iniciarse. Dice que, si fuera por ellos, los filósofos se integrarían de buena gana a los gabinetes reales, pero que los reyes, por causa de una educación y de un ambiente corrupto, han quedado convencidos de la validez de ideas viciadas, y, por ello, son simplemente incapaces de escuchar y de entender los consejos de una persona razonable y honesta. Y agrega que tampoco la clase de personas que habitualmente forman parte de un Consejo Real contribuyen a constituir un ámbito de consulta y de discusión favorable para el tipo de cosas que alguien como Rafael tendría para aportar. Lo tomarían por loco si en una reunión en la que se planea la guerra expansiva, o la estrategia de alianzas recelosas, él se pronunciara por una política de acuerdos pacíficos, alegando que un soberano debería intensificar el cuidado de las tierras y el bienestar de los súbditos que ya tiene, en lugar de empobrecer a dos pueblos –el propio y el ambicionado– mediante una guerra de conquista. Y harían oídos sordos a sus críticas, si, por ejemplo, haciendo referencia al modelo de los macarianos, denunciara, por contraste con aquel sistema racional y equitativo, la indignidad que implica aconsejar a un monarca para que sancione leyes y abuse de prerrogativas que sólo tienden a oprimir al pueblo, a negarle justicia y a quitarle su dinero y sus bienes.

En la respuesta del narrador a Hitlodeo aparecerán caracterizadas las dos actitudes existenciales que venimos mencionado, las dos perspectivas contrapuestas que el autor Tomás Moro ofrece al lector para que éste piense las diferentes relaciones

que pueden establecerse entre la filosofía y el poder político. De un lado está lo que el personaje Tomás, con un tono crítico, llama «filosofía escolástica» (*philosophia escholastica*); del otro, la «filosofía más política» (*philosophia civilior*). La primera, que es la que estaría encarnando Rafael, no toma en consideración que los discursos ético-políticos, para tener algún grado de incidencia benéfica, deben ser enunciados en un momento y ante un auditorio apropiados. Cuando hace caso omiso del sentido de la oportunidad, la filosofía de las academias se piensa a sí misma pura, digna y elevada, pero desempeña en verdad un papel patético, como el de quien recita una línea trágica y solemne en una pieza de teatro liviana y grotesca. La otra filosofía, en cambio, es más política, porque es consciente de las verdades que pretende defender, del estado general de la opinión que prevalece en la escena en la que le toca intervenir, y de las responsabilidades que debe asumir. Prefiere la vía indirecta y gradual, que va insinuando de a poco y con prudencia los cambios y las medidas que cree necesarias, al tiempo que factibles, para no tener que verse obligada a abandonar el barco y dejarlo a su suerte en medio de la tempestad.

La claridad del planteo de Moro ayuda a Rafael a terminar de definir y de poner en limpio su propia postura intransigente. Siguiendo la vía indirecta y contemporizadora, dice, una persona honesta sólo conseguiría volverse tan loca como aquellos poderosos y malos a los que, supuestamente, debería tratar de persuadir. Las verdades de la filosofía moral, agrega, al igual que las verdades de Cristo, son unívocas, y no admiten aproximaciones, ni, menos aún, postergaciones. Si no se las respeta tal cual, la participación del filósofo en los asuntos de Estado tendrá efectos perversamente malignos, porque estará dando letra y cobertura a los peores para que hagan el mal con la conciencia limpia. Por lo demás, concluye Rafael, los miembros del gabinete podrán ser inmorales, pero con seguridad no son tontos. Allí las peores decisiones se deben suscribir con firmeza y sin dobleces; argumentar en las deliberaciones con una lógica principista le valdría, razonablemente, ser acusado

de traidor. La conclusión de Hitlodeo es que, cuando las Repúblicas están organizadas a contramano de lo que indica el verdadero bien común, sus Consejos de Gobierno no sólo son inmunes a la verdadera filosofía, sino que, peor aún, tienen poder suficiente como para pervertirla.

Tenemos aquí, entonces, dos posturas opuestas acerca de la cuestión de la relación que debería mantener el filósofo con el poder político. Ambas, surgidas de una pluma que ha mostrado particular aprecio por sus respectivos portadores, se nutren de un mismo suelo ideológico y moral. Extendiendo la vista hacia la pequeña comunidad de sentido delineada en los *parerga*, podemos decir, para simplificar el planteo, que *Utopía* es una obra escrita, protagonizada y leída, en principio, por hombres que conocen los legados de Atenas y de Jerusalén. Y, si bien este círculo de personas reales e imaginarias constituye una comunidad de *sentido* porque sus integrantes coinciden en venerar el tesoro recibido, también constituyen una comunidad de *discusión*, porque mantienen diferencias fundadas en cuanto al alcance de los efectos benéficos que hayan tenido tales legados sobre el ordenamiento político y social, y, por ende, en cuanto a los cursos correctos de acción que de tales diferencias se desprenden. Rafael, por un lado, parece animado por una lógica del todo o nada, que cancela toda posibilidad de cooperación genuina entre el filósofo y el gobernante: en una república corrupta (es decir, existente), tal relación sería imposible; en una república perfecta, sería superflua. En la perspectiva que él encarna, las verdades de la fe y de la razón sólo pueden germinar en el interior de unas pocas conciencias, que se limitan a dar testimonio de su virtud con una actitud de crítica y de repliegue solitariamente altruista. Pero, no obstante el pesimismo implicado por esta postura, la opción parece incluir algún matiz de gradualismo, ya que, después de todo, Hitlodeo vuelve de Utopía, y pone mucho entusiasmo en contar a sus amigos las maravillas que conoció.

El personaje Moro, por el otro lado, parece creer que lo mucho o poco que pueda haber de bueno en el mundo de los

hombres sólo se podrá conservar y, eventualmente, acrecentar, si las almas que cuidan del legado contenido en los mejores libros inspirados por la razón y por la revelación persisten en su esfuerzo para intervenir en el diseño, en la construcción y en la dirección de las ciudades de esta tierra. Razón y piedad, en su perspectiva, se combinan para recomendar el dinamismo contradictorio de la vida activa antes que la pureza inerte de la vida contemplativa.

¿Cómo tercia en esta disputa entre sus personajes el autor, filósofo, funcionario, inglés y católico Tomás Moro? Al momento de publicarse el texto, todo parece indicar que se estaría inclinando por una *philosophia civilior*. Y no solamente por la corroboración extratextual que supone el hecho de que él efectivamente trabaje, como jurista pero también como humanista, en el Consejo de Su Majestad, sino, principalmente, porque *escribe* su libro sobre la República de Utopía, involucrando, además, en esta empresa cultural el prestigio de sus amigos más queridos y respetados. Publicar *Utopía* para darle *toda* la razón a Rafael sería cometer una autocontradicción performativa, equivalente a decir «ahora no estoy hablando», o «nadie debe prescribir nada»; sería aceptar mansamente, y hasta propiciar, la triste suerte del *morosophos*, quien, amargado y resentido, se venga de los necios que lo toman por loco negándoles, en lo que de él dependa, la oportunidad del despertar. El alegato de Hitlodeo contra la hipocresía y el cinismo que imperan en los gabinetes conlleva una ofensa directa contra Moro y contra el Cardenal, cuya inclusión en la trama se justifica, precisamente, por su condición de servidores del Gobierno. Pero, más todavía, la reivindicación de la *morosophia* implica, en última instancia, la impugnación de la legitimidad de todos los poderes constituidos, porque acusa a sus agentes de tolerar y de promover en el nombre de Cristo formas de vida que el Salvador condenó expresamente.

Ahora, claro, el genio, que es rico y complejo, no suele habitar en personalidades lineales. Si atendemos al último lustro de su existencia, podemos decir que, ante el giro de

los acontecimientos, la conducta de Tomás Moro se fue "rafaelizando" cada vez más. Sirvió a su soberano hasta que la conciencia le dijo basta, y entonces prefirió renunciar a la Cancillería del Reino antes que verse obligado a contribuir con su pericia retórica a la justificación de lo que, para él, eran las peores decisiones. Como los utopienses cuando van a la guerra, amó la vida, pero no hasta «el grado tan inmoderado de aferrarse a ella de modo avaro y vergonzoso si el honor exige que se la entregue». Como su personaje, Moro también debe haber deseado más de lo que en verdad esperaba que algún día los hombres (de Inglaterra) pudiesen llegar a construir una comunidad justa, piadosa y feliz.

El autor de *Utopía* escribió un libro muy poderoso. En él diseñó la constitución de una de las figuras más caras al espíritu moderno y, al situarla fuera del Espacio, aportó significativamente al combate que estaba comenzando a sostener la justicia para llegar a darse una realidad en el Tiempo. Agente histórico él mismo, Tomás Moro creyó, como tantos otros, que moría por servir a Dios, cuando, en realidad, estaba ofrendando la vida por un poder humano que había perdido el acceso privilegiado a la verdad de su mensaje.

JOSÉ LUIS GALIMIDI

Cronología

1450	Gutenberg imprime la Biblia.
1453	Caída de Constantinopla; ingreso de textos griegos antiguos en Occidente.
1477 (¿1478?)	Nace Tomás Moro en Londres.
1482-1490	Asiste a la Escuela de St. Anthony.
1485	Muere Ricardo III; accede al trono Enrique VII.
1490-1492	Moro sirve en la casa del cardenal Morton.
1492	Descubrimiento de América.
1494	Moro ingresa al New Inn a estudiar Derecho.
1496	Se publica *Discurso sobre la dignidad del hombre*, de Pico della Mirandola.
1499	Moro conoce a Erasmo.
1504	Integra el Parlamento.
1504 ó 1505	Moro se casa con Joan Colt.
1505-1507	Se publican los relatos de viaje al Nuevo Mundo de Américo Vespucio.
1509	Muere Enrique VII; accede al trono Enrique VIII. Erasmo escribe *Elogio de la Locura* (publicado en 1511).
1510	Moro es nombrado *Vice-sheriff* de Londres; se publica la biografía, traducida por Moro, *Life of Johan Pycus, earl of Myrandula.*
1511	Muere Joan Colt: Moro se casa con Alice Middleton.
1512-13	Guerra de Enrique VIII contra Francia.
1513	Maquiavelo escribe *El príncipe* (publicado en 1532).
1515	Moro integra la embajada a Flandes, conoce a Peter Giles, comienza a escribir *Utopía.*
1516	Primera edición de *Utopía* (en latín), en Lovaina. Erasmo publica su traducción al latín del Nuevo Testamento, al que intitula *Novum Organum.*

1517	Segunda edición de *Utopía*, en París; Lutero da a conocer sus Noventa y cinco tesis en Witemberg.
1518	Moro se integra al Consejo de Enrique VIII; tercera y cuarta ediciones de *Utopía*, en Basilea.
1521	Moro recibe el título de Caballero.
1523	Moro es designado *Speaker* de la Cámara de los Comunes; escribe su defensa del rey contra Lutero, *Vindicatio Henrici VIII.*
1529	Moro publica *A Dialogue Concerning Heresies*, en contra de Tyndale y de Lutero; lo nombran Lord Canciller de Inglaterra (primer laico que ocupa el cargo).
1532	Moro renuncia a su cargo como Canciller.
1533	Enrique VIII se casa con Ana Bolena, y es excomulgado.
1534	Moro se niega a jurar lealtad al Acta de Sucesión; lo encarcelan en la Torre de Londres.
1535	Juzgan a Moro, lo declaran culpable de traición y lo decapitan.
1536	Decapitación de Ana Bolena; muere Erasmo.
1551	Primera traducción al inglés de *Utopía*, por Ralph Robinson.
1557	Primera edición de la Obra Completa de Tomás Moro en inglés.
1565	Primera edición de la Obra Completa de Tomás Moro en latín.
1935	El Papa canoniza a Tomás Moro.

Bibliografía

A) Obras de Tomás Moro

The Yale Edition of the Complete Works of Thomas More, 15 vols. Ed. L. Martz and R. Sylvester, New Haven and London, 1963-1997.

Selected Letters, Ed. E. Rogers, New Haven and London, Yale University Press, 1961.

Prévost, André, *L'Utopie de Thomas More*. Présentation, texte original, apparat critique, exégèse, traduction et notes: André Prévost et Nouvelles editions Mame, París, 1978.

Utopia (ed. G. Logan and R. Adams), Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

B) Algunas otras ciudades del pensamiento

Platón, *República* (385 a. C.).

San Agustín, *La ciudad de Dios* (412-426).

Juan Valentín Andrea, *Cristianópolis* (1619).

Tomasso Campanella, *La ciudad del sol* (1623).

Francis Bacon, *Nueva Atlántida* (1627).

James Harrington, *República de Oceana* (1656).

Henry Neville, *La isla de Pines* (1668).

Charles Fourier, *Nuevo mundo industrial* (1829).

William Morris, *Noticias de ninguna parte* (1890).

Herbert George Wells, *Una Utopía moderna* (1905).

C) Estudios y lugares de consulta

Bloch, E., *L'Esprit de l'Utopie*. Paris, Gallimard, 1977.

Davis, J. C., *Utopía y la sociedad ideal*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Fubini, R., *Umanesimo e secolarizzazione. Da Petrarca a Valla*. Roma, Bulzoni, 1990.

Geritz, A., *Thomas More: An Annotated Bibliograph of Criticism, 1935-1997.* Wesport and London, Greenwood, 1998.

Hexter, J.H., *More's* Utopia, *The Biography of an Idea.* Princeton University. Press, 1952.

Horkheimer, M., *Historia, metafísica y escepticismo.* Murcia, Alianza, 1982.

Imaz, E., *Topía y distopía.* México, Tezontle, 1943.

Lasky, M., *Utopía y revolución.* México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Lakowski, R., *Bibliografía sobre* Utopía. http://www.shu.ac.uk/emls/01-2/lakomore.html

Logan, G., *The Meaning of More's «Utopia».* Princeton, Princeton University Press, 1983.

Manheim, K., *Ideología y utopía.* Madrid, Aguilar, 1966.

Marc'hadour, G., *Thomas More et la Bible.* Paris, Vrin, 1963.

Moreau, P., *La utopía: derecho natural y novela del Estado.* Buenos Aires, Hachette, 1986.

Moreana, A Bilingual Quarterly (desde 1963). Dir. G. Marc'hadour.

Prévost, A., *Tomás Moro y la crisis del pensamiento europeo.* Madrid, Palabra, 1972.

Schmitt, C. et al., *The Cambridge History of Renaissence Philosophy.* Cambridge University Press, 1988.

Servier, J., *Histoire de l'Utopie.* París, Gallimard, 1967.

Surtz, Ed., *The Praise of Pleasure, Philosophy, Education, and Communism in More's* Utopia. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1957.

Venturi, F., *Utopia e riforma nell'Illuminismo.* Turin, Einaudi, 1970.

Anexo

Otras sociedades del pensamiento

Llamar «utópico» al género que incluye indiscriminadamente a todas las ciudades creadas por el pensamiento escrito es una costumbre lingüística que puede resultar engañosa. Una utopía es una sociedad perfecta, en la que la vida de los hombres es justa, buena, piadosa y bella. Pero si la connotación privativa del prefijo griego *u* ha de tener algún significado, esta ciudad, por alguna razón intrínseca, no puede ser realizable. Con referencias más o menos precisas a este núcleo semántico, se suele tildar de utópicos a ciertos libros por atención a dos clases de consideraciones, que, en realidad, son opuestas entre sí: o bien porque, inconsciente de la imposibilidad, su autor propone como proyecto (político, pedagógico, económico, social, etc.) algo que, en el mejor de los casos, sólo puede aspirar a valer como criterio de evaluación negativa para lo que está existiendo; o bien, porque, consciente del abismo radical que separa a lo real de lo óptimo, el autor elabora una fantasía que invierte las penosas condiciones de la sociedad a la que efectivamente pertenece. Si la segunda acepción –la del desencanto pesimista– es, conceptualmente, la más atinada, la más usual es la primera –la del optimismo ingenuo, o irresponsable–, que es, también, la que, con diferentes imprecisiones, ha permeado hacia el lenguaje cotidiano. A menudo se usa el adjetivo «utópica» para cualificar una situación que se considera valiosa, deseable y factible, aunque de realización muy difícil o improbable. Y no es extraño escuchar a un político en campaña que, entusiasmado, propone a la ciudadanía que lo acompañe en el intento

de realizar su utopía. Una opción intermedia legítima sería, al proponer, por ejemplo, una «utopía revolucionaria», querer significar que se debe tratar de cambiar radicalmente el orden de las cosas para lograr una sociedad óptima, que hoy, por el peso oprimente de lo establecido, distorsiona la percepción de las relaciones de fuerza y, en general, del potencial humano, y entonces aparece como irrealizable.

En cualquier caso, la subsunción de los ejemplos literarios concretos bajo la categoría en cuestión no es sencilla. *Utopía* de Tomás Moro, por ejemplo, ¿es un texto utópico? Sí, pero sólo en parte. Ya nos hemos extendido bastante en el ensayo preliminar sobre el hecho de que, si bien el título del libro se refiere a la constitución óptima de una república, también conviene reconocer que el autor propone perspectivas interesantes sobre muchos aspectos de la vida del mundo real, como, por ejemplo, el de la relación responsable entre el hombre de la cultura y el poder efectivo. Sin mencionar el hecho obvio de que los sueños idílicos de una época, o de una clase, son las pesadillas de otras, está también la dificultad de que en las sociedades imaginarias de la historia de las letras suelen faltar, de a uno o de a varios, ciertos elementos esenciales para lo utópico, como la optimidad, la imposibilidad, la deseabilidad, o hasta la sociabilidad misma. Las antologías y las entradas de los diccionarios y enciclopedias suelen incluir como «utopías» composiciones de lo más variadas: descripciones completas y detalladas de un Estado populoso perfecto, relatos de las vicisitudes de un pequeño grupo de náufragos en una isla alejada de las rutas marítimas habituales, proyectos políticos que expresan su enérgica vocación de realización, pinturas tenebrosas de un futuro despóticamente tecnologizado, y así sucesivamente.

A vuelo de pájaro, entonces, con trazo grueso y a mano alzada, ofrecemos a continuación un módico y arbitrario recorrido por algunas de las que preferimos llamar *sociedades del pensamiento.*

El punto de partida obligado, siempre que se considere legítimo saltearse, por ejemplo, las descripciones poéticas de

las edades míticas de Hesíodo, son las dos ciudades de Platón. En *La República*, Sócrates describe una *polis* ideal, con un régimen en el que los bienes materiales, y también las mujeres, están a disposición de toda la comunidad. La educación y, en general, toda la organización de las funciones y las tareas está dispuesta en estricta correspondencia con las virtudes y las partes del alma. Planeada y dirigida por filósofos, esta república resulta óptima porque se orienta según la suprema idea del Bien. Pero, como todo lo que ha sido generado, tiende a decaer y a corromperse, siguiendo el ciclo clásico de la declinación en las formas de gobierno, que pasa, sucesivamente, de la timocracia a la oligarquía, a la democracia y a la tiranía. Para procurar, precisamente, el modo de asegurar la estabilidad de la ciudad contra la corrupción del devenir, Platón propone en *Las Leyes* una combinación de regímenes: monarquía y democracia. Abandona también la comunidad de los bienes, y dispone una distribución igualitaria de propiedades para cada familia. Temeroso de las influencias del exterior, diseña un sistema riguroso de disciplina interna, que restringe el intercambio con los extranjeros, y asigna suma preponderancia a la función rectora de la piedad y de la religión.

En línea moderadamente platónica, pero incorporando la novedad decisiva del Evangelio, Agustín, obispo de Hipona y posterior santo de la Iglesia, escribe a comienzos del siglo quinto *La ciudad de Dios*. Obra polémica, fue pensada para responder a las objeciones paganas que atribuían a la cristianización de Roma las causas principales de las derrotas ocasionadas por la invasión de los bárbaros. Ilustrando el combate que han venido sosteniendo los dos principios espirituales desde la caída de los ángeles, Agustín muestra la oposición que existe entre la ciudad mística de las almas creyentes y predeterminadas, de un lado, y la ciudad del hombre descreído, del otro. El texto, a la vez, es una interpretación teológica de la historia del mundo, que transcurre, lineal y progresiva, desde la Creación hasta la segunda venida del Salvador.

Contemporáneo de Tomás Moro, el humanista y peda-

gogo valenciano Juan Luis Vives, que había, precisamente, dedicado un comentario del *De Civitate Dei* al monarca Enrique VIII, escribió en 1529 *Concordia y discordia en el lenguaje humano*, un alegato político en pro de la paz universal. Cierra el siglo XVI la *Arcadia*, fábula alegórica de Sir Philip Sydney (1590). Las primeras décadas del siguiente siglo XVII, como es sabido, ofrecen varias continuaciones célebres del intento moreano por diseñar la ciudad perfecta, tratando de conjugar lo mejor de las ciencias morales con el renovado impulso de la investigación de la naturaleza. En 1619, el alemán Juan Valentín Andrea escribe su *Cristianópolis*, modelo de comunidad espiritual luterana, que también integra los adelantos de la ciencia y la técnica para cubrir las necesidades básicas materiales de todos los habitantes. Con un talante similarmente basado en la ciencia de la naturaleza, pero en clave católica, Tomasso Campanella, en 1623, ofrece *La ciudad del sol*, en la cual la filosofía coordina la funcionalidad armoniosa del conocimiento y la religión. Francis Bacon, por su parte, estimulado por la creciente esperanza de poder dominar la naturaleza para ponerla al servicio de la vida humana, ubica *Nueva Atlántida* (1627) en una isla del océano Pacífico, y la imagina como un régimen tecnocrático, que ha suprimido los dispendios irracionales de la aristocracia iletrada. En 1648, Samuel Gott escribió, en forma anónima, la *Nueva Jerusalén*, que presenta una sociedad ideal fundada por judíos convertidos al cristianismo que se reestablecen en Tierra Santa. Un poco más adelante, el republicano James Harrington, ferviente admirador de Maquiavelo y de Hobbes, escribe *La República de Oceana* (1656), que, sobre la base del estudio detenido de la historia de los regímenes políticos, postula un modelo en el que la estabilidad depende del grado de correspondencia que exista entre las formas de gobierno y las modalidades de distribución de la riqueza y de la propiedad de la tierra.

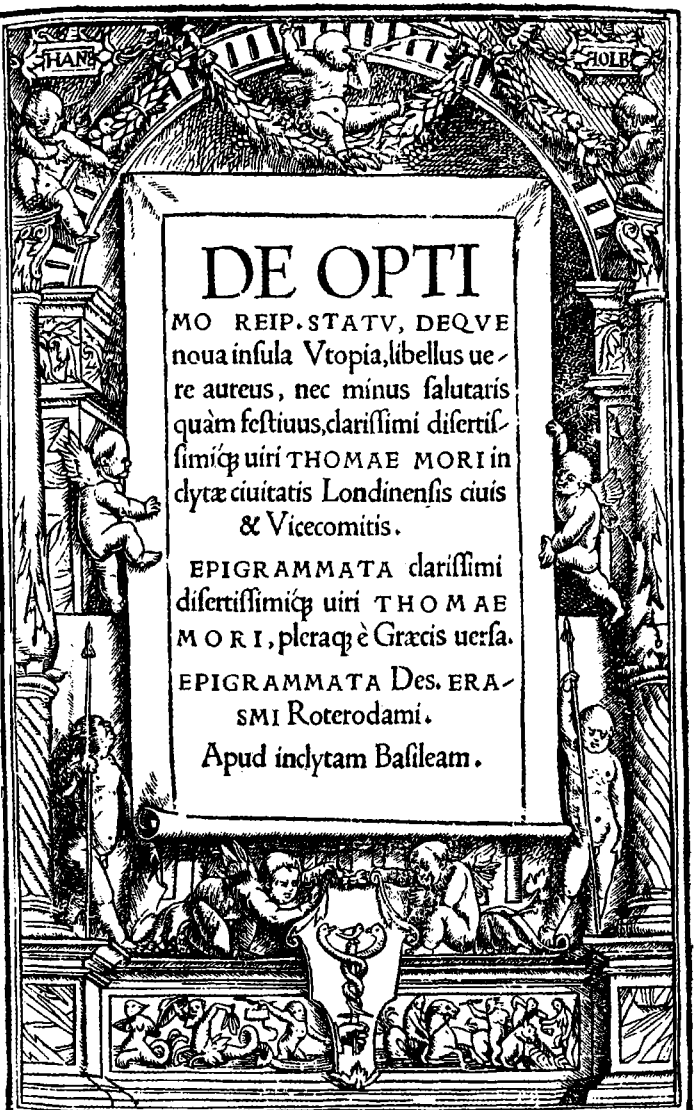
Avanzando hacia el siglo XIX, es ineludible mencionar la obra de Robert Owen, que, por ejemplo, en *Una nueva visión de la sociedad* (1813) traza los lineamientos principales del

llamado socialismo utópico. Empeñado en combatir el fenómeno del pauperismo, Owen propone un sistema económico y educativo libre del influjo pernicioso de la religión, en el cual los miembros de la sociedad comparten fraternalmente tanto las cargas de la tarea como los frutos de la labor, y los placeres del descanso. Similar indignación por los efectos nefastos del modo de producción y distribución capitalista lleva a Charles François Marie Fourier, por su parte, a postular la reconstrucción de la sociedad sobre la base de un modelo de asociaciones comunales de productores, llamadas falansterios. El cambio propuesto por Fourier en, por ejemplo, *Nuevo mundo industrial* (1829), no sería necesariamente revolucionario, sino que, siguiendo el ritmo de etapas determinadas por la propia naturaleza del mundo social, iría adaptando estas formas comunitarias de producción a los diferentes regímenes de gobierno. Puede encontrarse otro ejemplo de república ideal, con un régimen democrático y comunista, y un fuerte énfasis en la vigilancia estatal sobre la educación de los niños, para prevenir la influencia negativa de doctrinas atrasadas e idólatras, en el *Viaje a Icaria* (1840), de Étienne Cabet. Para una revisión crítica de estos intentos, obviamente, está el escrito clásico de Federico Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, de 1892.

Ya terminando el siglo XIX, y en clave más bien literaria, aunque con fuerte contenido crítico, cabe mencionar los escritos de Theodor Hertzka, *Visita a la tierra libre, o el nuevo paraíso reconquistado*, de 1884, y *Tierra de libertad, una anticipación social*, de 1889, las *Noticias de ninguna parte* (1890) del poeta socialista William Morris, con su visión de una sociedad rural igualitaria, en la que la actividad artística es la resultante natural de una vida social y laboralmente plena, y la novela de Edward Bellamy, *Mirando hacia atrás: 2000-1887*, en la que se presenta un fraterno orden socialista ubicado en la ciudad de Boston. Para ilustrar, finalmente, las diferentes variaciones que asumió el motivo utopiano en la primera mitad del siglo XX, puede pensarse en el sueño (después

realizado) de un Estado territorial para el pueblo judío que plantea Theodor Herzl en *Vieja y nueva tierra* (1903), en las *Anticipaciones* y en la *Utopía moderna* del novelista, sociólogo e historiador Herbert G. Wells, y en las angustiantes distopías totalitarias de Aldous Huxley, en *Un mundo feliz* (1932), y de George Orwell, en *1984* (1949).

Utopía



DE OPTI

MO REIP. STATV, DEQVE noua insula Vtopia, libellus ue- re aureus, nec minus salutaris quàm festiuus, clarissimi disertis- simiq; uiri THOMAE MORI in clytæ ciuitatis Londinensis ciuis & Vicecomitis.

EPIGRAMMATA clarissimi disertissimiq; uiri THOMAE MORI, pleraq; è Græcis uersa.

EPIGRAMMATA Des. ERA- SMI Roterodami.

Apud inclytam Basileam.

Del estado óptimo de una República
y de la nueva isla de Utopía.
Un librito verdaderamente áureo, no menos saludable que
festivo, por el muy célebre y elocuente Tomás Moro,
ciudadano y *Vice-sheriff* de la ilustre ciudad de Londres.
Epigramas del muy célebre y elocuente Tomás Moro,
la mayor parte, traducidos del griego.
Epigramas de Desiderio Erasmo
de Rotterdam.
En la ilustre Basilea.[1]

Erasmo de Rotterdam manda saludos a Juan Froben,[2] padre muy querido de su ahijado

Hasta ahora, siempre había tenido un altísimo concepto de todos los escritos de mi amigo Moro, aunque, en cierto modo, cabía desconfiar de mi propio juicio, dada la cercanía de

---

1. La estructura del texto que aquí se presenta toma como base la cuarta edición de *Utopía*, en latín, realizada en Basilea, en noviembre de 1518, en la Casa de Juan Froben. Es la última que supervisaron Erasmo y Moro, y a la cual el autor habría otorgado su *ne varietur*. Acompañando la traducción de *Utopía* propiamente dicha, por tanto, se traducen también todos los documentos que aparecieron con ella, en su orden original. Las otras tres ediciones, rápidamente agotadas, fueron, por orden cronológico: Lovaina, 1516, publicada por Thierry Martens; París, 1517, al cuidado de Thomas Lupset, y Basilea, ya por Juan Froben, marzo de 1518. Para la traducción al castellano, tuvimos a la vista la edición bilingüe (latín-francés) que ofrece la completísima edición de André Prévost y la versión en inglés, estándar en el mundo anglosajón, de la edición de Yale, al cuidado de Edward Surtz (cf. Bibliografía).

La autoría de las notas marginales que acompañan al texto original de *Utopía* son atribuidas por los especialistas a Erasmo. En su grandísima mayoría, están escritas en latín, salvo unas pocas, que incluyen algunas palabras en idioma griego, y que en nuestra traducción agregamos entre corchetes.

2. Juan Froben (1460-1527). Segunda generación de una de las familias

nuestra amistad. Pero al ver que todos los estudiosos suscriben anónimamente mi opinión, y que aprecian en un grado aún más alto que yo la inteligencia divina de este hombre, y no porque lo amen más sino porque penetran con mayor profundidad en sus méritos, siento mi opinión plenamente confirmada y ya no vacilo en decir abiertamente lo que pienso. ¡Qué maravilloso estado habría alcanzado su afortunada disposición si su genio se hubiese desarrollado en Italia, si hubiese dedicado toda su energía al servicio de las Musas, madurando gradualmente hasta llegar a su pleno florecimiento! En sus primeros años, jugaba con epigramas, y escribió muchos siendo todavía un niño. Nunca salió de Bretaña, exceptuando un par de ocasiones en que sirvió a su príncipe como embajador en Flandes. Además de sus responsabilidades como marido y jefe de familia, de su empleo público y de los ríos de casos jurídicos, está siempre tan atareado con tantos y tan importantes asuntos de Estado que cuesta entender que consiga hacerse de tiempo para los libros.

Es por esto que te envío estos *Ejercicios* y su *Utopía*, para que, si lo crees conveniente, tu sello editorial los recomiende al mundo y a la posteridad, pues es tal la autoridad de tu firma que basta que un libro sea publicado por la casa Froben para que todos los estudiosos lo reciban con beneplácito. Me despido de ti, de tu excelente suegro, de tu querida esposa y de tus deliciosos niños. Asegúrate de que Erasmo, el pequeño hijo que compartimos, se críe y eduque en medio de los mejores libros.

Lovaina, 25 de agosto de 1517.

---

más importantes de imprenteros, trabajó con los escritos de Erasmo hasta el momento de su muerte.

Guillermo Budé saluda a Tomás Lupset de Inglaterra[3]

Estimado Lupset, el más estudioso en tre los jóvenes: he contraído contigo una deuda enorme por haber recibido de ti la *Utopía* de Tomás Moro, un libro sumamente entretenido y provechoso. Recientemente me habías solicitado que hiciera lo que, por mi cuenta, yo estaba más que dispuesto a hacer, es decir, leer los seis libros de Galeno, *Del cuidado de la propia salud*, traducidos del original por el médico Tomás Linacre,[4] hombre igualmente entendido en ambos idiomas, quien los ha dotado de una latinidad tal que, si todos los trabajos de aquél autor (que, por sí mismos comprenden, a mi entender, toda la ciencia de la medicina) fueran vertidos en un latín semejante, la profesión médica ya no tendría necesidad de conocer el griego. Tomo el hecho de que me hayas confiado los manuscritos de Linacre durante todos estos días como un acto de suma generosidad; su lectura me ha proporcionado un enorme beneficio, y anticipo beneficios aún mayores de la lectura del volumen impreso que estás a punto de gestionar en los talleres de esta ciudad. Por todo esto, ya tenía yo una deuda importante contigo; pero además, como apéndice o suplemento de tu regalo anterior, me envías la *Utopía* de Moro, hombre de la más fina inteligencia, del carácter más agradable y de la experiencia más profunda en la ponderación de las cosas humanas.

---

3. Guillermo Budé (1648-1540), uno de los humanistas franceses más notables de su época. Tomás Lupset (c. 1498-1530) supervisó una de las traducciones de *Utopía.*

4. Tomás Linacre (1460?-1524), humanista de Oxford, traductor de Galeno.

Me llevé este libro conmigo cuando viajé a mi país, y lo tenía en la mano mientras trajinaba, en una actividad constante, revisando la tarea de los trabajadores (pues sabrás, sin duda, o habrás oído, al menos, que desde hace unos dos años estoy completamente absorbido por el cuidado de mis propiedades en el campo); pero cuando comencé a leerlo quedé tan fascinado, aprendiendo y reflexionando acerca de las costumbres de los utopienses, que descuidé y hasta me olvidé de mis propios asuntos. ¡Qué absurdo, pensaba, es todo este afán por mantener una propiedad, toda esta preocupación por acumular más y más!

Y sin embargo, aunque este apetito afecta a toda la especie humana, como un escondido parásito que se nos mete en la carne desde nuestro nacimiento mismo, todavía no ha sido descubierto ni comprendido. Podría decirse que estamos obligados a admitir que el verdadero propósito de la instrucción y de la profesión jurídica consiste en hacer que cada persona se comporte con una calculada malicia con el vecino, al que lo unen lazos de ciudadanía, y a veces, hasta de sangre. Siempre se está tomando algo, quitando, reclamando, exprimiendo, deshaciendo, extrayendo, torciendo, birlando, escamoteando, regateando, hurtando, asaltando; a veces con la tácita complicidad de las leyes, a veces con la sanción directa, siempre intentando conseguir lo que se desea y hacerlo propio.

Esto es particularmente frecuente en aquellos países donde existe una doble jurisdicción, determinada por los códigos de la ley civil y de la ley canónica. Todo el mundo sabe que, por causa de sus antecedentes e instituciones, se ha establecido la opinión de que solamente los hombres avezados en las artes –o, mejor, en las artimañas– del derecho, que saben tender trampas para los ciudadanos desprevenidos, maestros de la prosa legal –es decir, del engaño–, exponentes de una justicia perversa, confusa e injusta, que sólo esa clase de hombres, en fin, han de ser considerados como los sumos sacerdotes de la justicia y de la equidad. Están calificados para decir de manera perentoria lo que sea justo y bueno; tienen la autoridad y –lo

que es una cuestión mucho más importante– el poder para decidir qué le corresponde a cada cual, qué no le corresponde, cuánto puede poseer y por cuánto tiempo lo puede mantener. Toda esta situación es cosa aceptada por la opinión común, viciada por ilusiones. Y dado que tienen los ojos nublados casi hasta la ceguera, la mayor parte de los hombres se inclinan a pensar que para servir plenamente a la justicia basta que se hayan cumplido los requisitos de la ley, o que cada uno haya recibido lo que la ley le asigna.

Pero si se midieran nuestros derechos con la regla de la verdad y con las prescripciones de la simplicidad evangélica, no habría nadie tan necio o tan falto de juicio como para no reconocer, e incluso (si fuese forzado a ello) admitir, que entre ambos criterios existen diferencias enormes. La justicia está tan alejada de lo que dispensan los decretos papales, tanto los de nuestros días como los de hace mucho tiempo, y la verdadera equidad dista tanto de lo que se expresa en las leyes civiles y en los decretos reales, como la norma establecida por Cristo, fundador de nuestra condición humana, observada por sus discípulos, dista de los decretos y regulaciones de quienes piensan que la perfección de la felicidad humana y el sumo bien se encuentran en las bolsas de oro de Creso y de Midas. Si entendemos por justicia, en cambio, lo que se entendía en otras épocas, esto es, el poder de dar a cada uno lo que le corresponde, deberemos concluir que en nuestros días ésta ya no tiene existencia pública, o deberemos confesar que (excusando la expresión) la justicia es como la criada que reparte las sobras de la cena. Y esto es cierto tanto en lo que respecta a nuestros modernos gobernantes como en las relaciones que existen entre nuestros vecinos y compatriotas.

Desde luego, están los que argumentan que nuestras leyes derivan de un código antiguo y auténtico (al que llaman derecho natural), según el cual, cuanto mayor sea la fuerza de un hombre, mayor la cantidad de bienes que le corresponden, y cuanto mayor la cantidad de bienes, mayor la autoridad que deberá ejercer sobre sus semejantes. El resultado de esta

lógica es que ahora se acepta, como principio del derecho de gentes, que hombres que no representan ninguna utilidad para sus vecinos y compatriotas –siempre que puedan mantener a todos los demás enredados en marañas contractuales y en complicadas cláusulas testamentarias (cuestiones éstas que, ante los ojos de la multitud ignorante, lo mismo que ante los de los estudiosos humanistas que viven como buscadores retirados y desinteresados de la verdad, aparecen como una combinación de nudos gordianos y de charlatanería vulgar, cosas ciertamente muy poco dignas de admiración)–, se acepta, pues, que tales hombres tengan ingresos equivalentes a los de un millar de ciudadanos ordinarios, es decir, a los de toda una ciudad, o aun mayores. Y que adquieran una reputación honorable, como hombres prósperos, de valía, magníficos emprendedores. Esto pasó en todas las épocas en las que las costumbres, las instituciones y los pueblos establecieron que un hombre debe tener supremo poder y autoridad en la medida en que haya conseguido acaparar para sí y para los suyos la fortuna personal más grande que le sea posible. Y el proceso es acumulativo, puesto que sus hijos, y los hijos de sus hijos, se esfuerzan por incrementar su herencia de manera gigantesca, al tiempo que cortan del modo más tajante todos los lazos de parentesco, ya sean de sangre o por matrimonio.

Pero el fundador y guardián de toda propiedad, Cristo, legó a sus seguidores una regla pitagórica de caridad mutua y de propiedad en común. Y no sólo eso, sino que además la confirmó de modo inconfundible, cuando Ananías fue sentenciado a muerte por violar la regla de la propiedad común.[5] Con esta disposición, me parece que Cristo ha socavado –al menos entre sus propios discípulos– las bases de todo el cuerpo legal recientemente compilado en tan vastos volúmenes. Y, sin embargo, es este último derecho el que vemos erigirse como

5. Ananías vendió una propiedad «y se guardó una parte del precio», por lo cual Pedro lo recriminó, y aquél cayó muerto (Hechos 5: 1-5).

fortaleza de la sabiduría y gobierno de nuestros destinos.

En la isla de Utopía, en cambio, la cual también escuché llamar Udepotía,[6] se dice (si hemos de creer lo que se cuenta) que, por una maravillosa buena fortuna, se han establecido las costumbres cristianas y la auténtica sabiduría, tanto en la vida privada como en las prácticas públicas, y que se ha mantenido su observancia hasta nuestros días. Esto se ha logrado porque allí se aferran tenazmente a tres reglas divinas: equidad en la distribución de cosas buenas y malas para todos los ciudadanos (o, si prefieres, igual condición de ciudadanía para todos), permanente e inquebrantable devoción por la paz y por la tranquilidad, y desprecio absoluto por el oro y por la plata. Estos tres principios son (por así decir) los escudos que protegen contra toda estafa, impostura, artimaña, trampa o engaño. Quisieran los dioses, con sus poderes divinos, que estos tres pilares de la constitución de Utopía fueran establecidos con firmeza en la convicción de todos los mortales. De inmediato seríamos testigos de la retirada del orgullo, de la avaricia, de la competencia idiota y de casi todos los ataques mortales de nuestro infernal adversario. La inmensa cantidad de todos esos volúmenes legales, que ocupan a tantas mentes brillantes y sólidas durante toda su existencia, se volvería al instante espacio vacío, alimento para gusanos, o envoltorio de papel en las tiendas del mercado.

Por los dioses inmortales, me pregunto qué santidad especial protegió a los utopienses, logrando que su isla fuera el único sitio que resistió durante tantos siglos el asedio, sigiloso o abierto, de la avaricia y de la codicia. ¿Qué es lo que evitó que la justicia y la modestia sucumbieran ante la embestida enemiga del descaro y de la falta de pudor? Pluguiese a Dios todopoderoso, en su bondad infinita, haber dispensado un tratamiento tan gracioso a todas esas regiones que extraen sus títulos de Su sagrado nombre. Seguramente que la avaricia,

---

6. Del griego *oudepote*, «nunca».

vicio que en nuestros días pervierte y rebaja a tantos espíritus que podrían haber sido sanos y vigorosos, se iría para siempre, y que volvería la era dorada de Saturno. Se podría afirmar, inclusive, que Arato y los demás poetas antiguos estaban equivocados cuando decían que la Justicia había abandonado la tierra, y que se había instalado en el Zodíaco. Si hemos de creerle a Hitlodeo, en vez de haber partido hacia los cielos debe haberse quedado en la isla de Utopía.

De hecho, he descubierto, después de investigar el asunto, que Utopía está situada fuera de los límites del mundo conocido. Tal vez sea una de las Islas de la Fortuna, cercana a los Campos Elíseos. Como señala el mismo Moro, Hitlodeo no ha dicho exactamente dónde se encuentra. Aunque está dividida en una cantidad de ciudades, todas ellas forman una confederación llamada Hagnópolis,[7] un pueblo que, satisfecho con sus costumbres y posesiones, y favorecido con el don de la inocencia, lleva una vida casi celestial, apenas por debajo del cielo mismo, pero muy por encima de la bruma y de las tormentas de este mundo conocido, el cual, por causa de las constantes disputas de los hombres, tan violentas y amargas como necias y fútiles, está siendo arrastrado por una catarata procelosa hacia el abismo.

El conocimiento de esta isla se lo debemos a Tomás Moro, quien en nuestros días difundió este ejemplo de existencia feliz y de norma para el buen vivir. Él, en verdad, atribuye el descubrimiento a Hitlodeo, a quien le asigna todo el mérito. De este modo, si Hitlodeo es el arquitecto de la nación utopiense, el fundador de las costumbres e instituciones de quien se ha tomado y traído hasta nosotros la regla de una vida feliz, Moro, con toda certeza, es el decorador, que adornó la isla y sus instituciones sagradas con la gracia de su estilo y la elegancia de su discurso. Es él quien ha modelado la república de los hagnopolitas y quien la configuró como un ejemplo y como

7. Ciudad Santa.

una norma general, agregando todos esos toques que confieren belleza, orden y autoridad a una obra magnífica. Pero, sin embargo, él insiste con que solamente le corresponde la parte de un humilde artesano. Evidentemente, se cuidó mucho de dejar bien claro que en la factura del libro le cabe un papel secundario, para no dar lugar a que Hitlodeo se quejara de Moro por haberse apresurado a usurpar una gloria que le corresponde a aquél, gloria, por otra parte, que ahora podría estar disfrutando si se hubiese decidido a escribir él mismo sobre sus viajes. *Temía, por supuesto, que Hitlodeo, quien por propia voluntad estaba morando en la isla de Utopía, podría volver algún día y reclamar a Moro su falta de lealtad al dejarle solamente las migajas del crédito por su descubrimiento. Una convicción así es característica de los hombres sabios y virtuosos.*[8]

Puesto que el mismo Moro es hombre de mucho peso, cuya palabra reviste gran autoridad, no puedo más que fiarme de él en lo que atañe a Pedro Giles de Amberes. A pesar de que no conozco personalmente a Giles, más allá de los comentarios elogiosos que me han llegado acerca de su capacidad y de su carácter, lo tengo en alta estima porque es amigo íntimo de Erasmo, hombre de letras sumamente distinguido, que ha contribuido tanto a toda clase de estudios, tanto sagrados como profanos. Con él he mantenido una larga relación epistolar, y hemos establecido una estrecha amistad.

Hasta pronto, mi querido Lupset, y apenas te sea posible dale mis saludos, por carta o en persona, a Linacre, ese pilar del nombre británico en todo lo que concierne a los buenos estudios, aunque, a esta altura, espero que ya será tanto vuestro como nuestro. Él es uno de los pocos hombres de quien me daría mucho placer, si fuese posible, obtener una buena opinión. Cuando estuvo aquí causó una impresión muy honda y favorable, en mí y en Jean Du Ruel, mi amigo y compañero

---

8. En el texto original de la carta de Budé, escrito en latín, las partes que aquí se destacan con cursiva están en idioma y caracteres griegos.

de estudios. Siempre he de admirar y de emular su cuidadosa diligencia y su excelencia en el conocimiento.

Dale también mis mayores respetos a Moro, como ya te dije antes, por carta o personalmente. En mi opinión, su nombre, como ya expresara en otras ocasiones, merece figurar entre los primeros que considera la diosa Minerva; en particular, lo amo y lo respeto por lo que ha escrito acerca de esta isla del Nuevo Mundo, Utopía. Nuestra propia época y las que vendrán descubrirán en su narración un cantero, por así decir, lleno de conceptos elegantes y útiles del que podrán extraer prácticas para introducir y adoptar en sus propias naciones. Hasta pronto.

París, 31 de julio (1517).

SEXTINA[9] ACERCA DE LA ISLA DE UTOPÍA, ESCRITA POR ANEMOLIO,[10] POETA LAUREADO Y SOBRINO DE HITLODEO, POR PARTE DE SU HERMANA

Utopía me llamaron los antiguos, por estar tan alejada,
Émula, en nuestros días, de la ciudad platónica,
Tal vez incluso superior (pues lo que aquélla sólo en letras
Dibujara, yo además lo hice patente,
Con hombres, recursos y óptimas leyes),
Eutopía[11] es el nombre con que merezco ser nombrada.

---

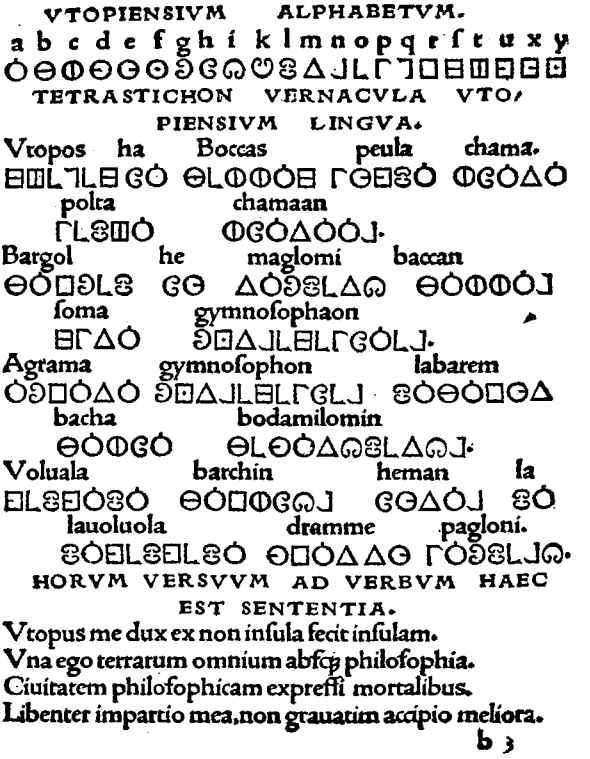
9. Transcribimos a continuación la versión original en latín:
HEXASTICHON ANEMOLII POETAE LAVREATI, HYTLODAEI EX SORORE NEPOTIS IN VTOPIAM INSULAM
Vtopia priscis dicta, ob infrequentiam,
Nunc ciuitatis aemula Platonicae,
Fortasse uictrix (nam quod illa literis
Deliniauit, hoc ego una praestiti,
Viris & opibus, optimisque legibus)
Eutopia merito sum uocanda nomine.

10. Del griego *anemolios*: «ventoso». No consta la identidad del verdadero autor del sexteto, pero por su factura y estilo, los filólogos tienden a atribuirlo al mismo Tomás Moro.

11. En griego: «el buen lugar».

Amaurotũ vrbs.
Fons Anydri.
Ostium anydri
Hythlodaeus.

Alfabeto de la lengua de Utopía y poema en lengua utopiense



Esta es la traducción literal del poema:

Utopo, el jefe, hizo de mí una isla, lo cual no era.
Única entre todas las tierras, sin filosofía,
Presenté a los mortales la ciudad filosófica.
Generosamente comparto lo mío, sin pesar acepto lo que es mejor.

Al muy distinguido gentilhombre, Don Jerónimo de Busleyden[12], rector de San Pedro en Aire y consejero del católico[13] Rey Carlos, manda sus saludos Pedro Giles[14] de Amberes

Mi estimado Busleyden: el otro día Tomás Moro (quien, como bien sabes en razón de la estrecha amistad que mantienes con él, es una de las luces más brillantes de nuestra época) me envió su *Isla de Utopía*. Se trata de un lugar hasta ahora conocido por muy pocos, pero que debería ser conocido por todos, ya que supera en mucho a la República de Platón. Es un trabajo muy interesante, con relatos vívidos y descripciones cuidadosas, escrito por un hombre de gran elocuencia. Al leerlo, siento que percibo las cosas con mayor claridad todavía que cuando las escuchaba directamente de boca de Rafael Hitlodeo, pues, efectivamente, yo estuve tan presente en su discurso como lo estuvo Moro mismo. A decir verdad, Hitlodeo no recurrió a grandes ornamentos expresivos para decir lo suyo; quedó perfectamente claro que no estaba repitiendo apenas lo que había escuchado de

---

12. Jerónimo Busleyden (c. 1470-1517): importante dignatario de la Iglesia, con desempeño diplomático en Roma, Inglaterra, Francia y Utrecht. Preboste del Capítulo de Aire, en Artois, favoreció en general el desarrollo de los estudios humanistas, brindó hospitalidad al propio Moro, y contribuyó a la fundación del Colegio de las Tres Lenguas en Lovaina.

13. El título de «Rey católico» le fue otorgado a Carlos en Bruselas, después de la muerte de Fernando, en 1516.

14. Pierre Gilles, o Petrus Aegidius, en latín: humanista flamenco, amigo, colega y colaborador de Moro en Amberes, ciudad en la que fue secretario general del Tesoro en 1510.

otros, sino que estaba describiendo exactamente lo que había visto de cerca, con sus propios ojos, y lo que durante mucho tiempo había experimentado en su propia persona. Considero que tiene un conocimiento de las naciones, de los pueblos y de sus asuntos más amplio que el del propio Ulises. No ha nacido alguien como él, estimo, en los últimos ochocientos años; a su lado, parece que Vespucio no hubiese visto nada. Dejando de lado el hecho de que siempre se describe mejor lo que se ha conocido que lo que sólo se sabe de oídas, se ve que este hombre tenía una habilidad especial para contar. Y así y todo, cuando vuelvo a contemplar las mismas cosas pero dibujadas por la pluma de Moro, me siento tan impresionado que, por momentos, me parece estar viviendo en Utopía. Me cuesta creer, por todos los cielos, que Rafael haya visto en sus cinco años de estadía en la isla todo lo que nos muestra la descripción de Moro. Cada tramo de su relato contiene tantas maravillas que no sé de qué asombrarme primero. Tal vez esto se deba a su espléndida memoria, que le permite recitar casi palabra por palabra cualquier cosa que haya escuchado alguna vez; o a su pensamiento juicioso, que se remonta hasta orígenes completamente ignorados por el hombre corriente para dar cuenta de los males que existen en las repúblicas, y de los bienes que podrían existir. O, finalmente, puede que me maraville la fuerza y la amplitud de su expresión, que ha acumulado tanto material, presentándolo en un latín puro y vigoroso. Y esto es más notable aún en una persona que, como él, está tan ocupada con asuntos públicos y particulares. Pero, desde luego, nada de todo esto puede sorprenderte, mi erudito Busleyden, ya que en tu relación cercana con él has podido apreciar el más que humano, el casi divino ingenio de nuestro autor.

Por lo demás, no tengo nada que añadir a lo que él escribió. Solamente me ocupé de que el libro incluyera una cuarteta escrita en lengua utopiense, que Hitlodeo me había mostrado después de que Moro se fuera. A eso le adjunté el alfabeto de los

utopienses, y también agregué unas pocas notas marginales.[15]

En cuanto a las dificultades para ubicar la isla, Rafael no intentó en modo alguno omitir tal información, sino que apenas la mencionó de pasada, como dejando el tema para otra ocasión. Pero un lamentable accidente impidió que ambos pudiéramos entender lo que él nos dijo. En efecto, mientras Rafael estaba hablando sobre el particular, entró un sirviente de Moro y le comentó algo al oído, y, a pesar de que yo estaba prestando atención a esa parte del relato, más, si se quiere, que a cualquier otra, justo en ese momento, un comensal tuvo un acceso de estornudos, causado, supongo, por un resfrío que se habrá pescado a bordo, e hizo tanto ruido que se me escaparon las pocas precisiones que nos brindara Hitlodeo. No descansaré, sin embargo, hasta no conseguir plena información acerca de este punto, para poder darte ya no la orientación general, sino su latitud exacta. Y esto, siempre que nuestro amigo Hitlodeo esté sano y salvo, pues ya escuché varias historias sobre él. Algunas, que aseguran que murió en su viaje de regreso, otras, que alcanzó a llegar a su hogar, pero que, no pudiendo tolerar las costumbres de sus compatriotas, sintió nostalgia por la vida de Utopía, y regresó a la isla.

Es verdad, por supuesto, que el nombre de la isla no se encuentra en las cartas de los cosmógrafos, pero el mismo Hitlodeo tenía una respuesta elegante para ello. Decía que, o bien el nombre que le habían asignado los antiguos a la isla fue cambiado más tarde, o bien nadie la había descubierto. En nuestros días se descubren toda clase de tierras que los viejos geógrafos nunca mencionaron. Y, de todas maneras, ¿cuál es el caso de acumular tantos argumentos para autenticar el relato, siendo que contamos con la palabra del mismo Moro?

---

15. En las ediciones de 1517 y de 1518 aparecen, en efecto, unas glosas marginales, que en la portada, no obstante lo afirmado por Giles en esta carta, se atribuyen a Erasmo.

Por lo demás, su vacilación en publicar el libro me lleva a reconocer su modestia, y a rendirle el debido homenaje. Por mi parte, me parece que en modo alguno esta obra debería permanecer guardada por mucho tiempo, y que correspondería hacerla llegar a manos de todos los hombres, sobre todo si es tu patrocinio el que que la recomienda al mundo entero, ya sea porque las dotes de Moro te resultan particularmente evidentes, ya sea porque nadie hay más idóneo que tú en el recto consejo sobre la cosa pública, a la que te has dedicado durante tantos años, y en la cual tu sabiduría y tu integridad te han valido los más grandes elogios.

Salud y ventura, Mecenas de los estudios y gloria de nuestro siglo.

Amberes, 1° de noviembre de 1516.

ÁS MORO A PEDRO GILES, SALUDOS

rgüenza, mi querido Pedro Giles, enviarte este
rca de la República de Utopía después de casi
ɔ estoy seguro de que lo esperabas dentro del
ıedio. Sabrás, desde luego, que he sido relevado
ɛ reunir los materiales para el trabajo, y que no
ırle ni un pensamiento a su ordenamiento. Sólo
r lo que, en tu compañía, le escuché relatar a
que no tuviera necesidad de preocuparme por
arración, ya que su lenguaje no tenía cómo ser
primer lugar, porque era urgido e improvisado.
lugar, porque provenía de una persona que,
:aba muy poco familiarizada con el latín y con
ɔnsiguiente, cuanto más se acerque mi estilo al
a simplicidad, más próximo estará de la verdad,
que debo cuidar, y que, de hecho, cuido.
ıerido Pedro, que todas estas circunstancias me
complicaciones que la tarea que me quedó por
ınima. Si hubiese sido de otro modo, la reco-
denamiento del material habrían exigido una
de tiempo y de aplicación, aun para un talento
el menor ni el más ignorante. Si hubiera hecho
nto quedase escrito con justeza y elocuencia,
lo cumplir el cometido sin un gasto importante
aplicación. Pero, tal como se dieron las cosas,
ɛnsados los arduos cuidados que habría debido
ɔ que sólo me quedaba escribir lo que escuché,
ɛs dificultades.
ıunque esta tarea es pequeña, mis otras labores
ɔ prácticamente todo descanso. Estoy perma-
ıpado con asuntos legales, ya sea demandando,

ya recibiendo demandas; fijando montos como árbitro, o decidiendo casos como juez. A éste le hago una visita de cortesía, a aquél, otra de negocios. Dedico casi toda mi jornada en público a los asuntos de otras personas, y lo que resta, a los míos propios. Para mí mismo, es decir, para el estudio, no me queda absolutamente nada.

Cuando vuelvo a casa, debo hablar con mi esposa, conversar con mis hijos y departir con los sirvientes. Cuento toda esta actividad como otra tarea más por cumplir, y bien que debe ser cumplida, a menos que quieras ser un extraño en tu propio hogar. Por otra parte, se debe tratar de ser lo más amable posible con aquellos que la naturaleza, la suerte, o la propia elección han determinado que sean tus compañeros en la vida, cuidando siempre que la extremada amabilidad no los eche a perder, o que tu indulgencia no vuelva señores a los sirvientes.

En medio de estas ocupaciones que te menciono se me escurre el día, el mes, el año. ¿Cuándo, entonces, encontrar el tiempo para escribir? No he dicho una palabra sobre el sueño, o sobre las comidas, que a mucha gente le toman tanto tiempo como el dormir, ¡y eso que el dormir se lleva casi la mitad de la vida de un hombre! De modo, pues, que sólo guardo para mí mismo el tiempo que le escatimo al sueño y a las comidas. Lentamente, entonces, ya que este tiempo es muy escaso, y, sin embargo, por fin, ya que este tiempo *es* algo, he completado *Utopía*, y te la envío, querido Pedro, para que la leas y me adviertas por cualquier cosa que se me haya podido escapar.

A este respecto, no desconfío demasiado de mí mismo. (¡Querría ser tan bueno en inteligencia y conocimiento cuanto poco deficiente soy en memoria!) De todos modos, no soy tan confiado como para creer que no me haya olvidado nada. Como ya sabes, Juan Clement, mi pupilo y sirviente, también estuvo presente en la conversación. En realidad, nunca permito que se ausente de cualquier charla que pueda resultar provechosa, pues de este retoño, viendo que ya han comenzado a brotar verdes ramas en literatura griega y latina, espero que

algún día se obtendrá una cosecha no desdeñable. Y ha hecho que me sienta dudoso en un punto.

Según yo recuerdo, Hitlodeo había declarado que el puente que atraviesa el río Anydro en Amaurota tiene una extensión de quinientos pasos. Pero mi Juan dice que deberían restarse doscientos pasos, ya que la anchura del río a esa altura no supera los trescientos. Trata, por favor, de recordar. Si concuerdas con él, adoptaré el mismo criterio, y creeré que era yo el equivocado. Si no te acuerdas, mantendré, como lo vengo haciendo, lo que me parece recordar. Así como tendré sumo cuidado en no poner en el libro nada que sea incorrecto, así también, si existiera alguna duda, diré una falsedad de buena fe antes que una mentira intencional, pues antes prefiero ser honesto que prudente.

Notar la diferencia teológica entre mentir y decir una mentira

De todas maneras, te será fácil remediar este defecto si lo consultas con el mismo Rafael, personalmente o por carta. Debes hacerlo, además, a cuenta de otra duda que ha surgido, aunque no sé si por culpa mía, o tuya, o de Rafael. Olvidamos preguntar, y él olvidó decir, en qué parte del Nuevo Mundo queda Utopía. Lamento que se haya omitido este asunto, y estaría dispuesto a pagar una suma considerable por la información, en parte porque me avergüenza bastante ignorar en qué mar se sitúa la isla de la que tanto hablo, y en parte porque hay muchos entre nosotros, y, en particular, un hombre devoto, teólogo de profesión, que arden en deseos extraordinarios de visitar Utopía. Y no por el mero placer del ocio y la curiosidad de ver lugares nuevos, sino con el propósito de cultivar y promover nuestra religión, que ha comenzado allí tan auspiciosamente.

Para realizar su plan de manera adecuada, se ha decidido a hacer arreglos como para lograr que el Papa lo envíe, y, más aún, para que lo nombren obispo de los utopienses.

Santa ambición

El hecho de que deba operar para conseguir la prelatura no le provoca ningún escrúpulo, ya que la considera un oficio sagrado, que no obedece a ninguna consideración de honor o de ganancia, sino a motivos piadosos.

Te ruego, por tanto, querido Pedro, que te comuniques con Hitlodeo, si puedes, personalmente, y, si ya se ha ido, por carta, y te asegures de que mi trabajo no incluye nada falso, ni omite nada verdadero. Me inclino a pensar que lo mejor sería que le mostraras el libro mismo. Nadie está más habilitado que él para corregir algún error, pero tampoco podrá hacerme este favor si no lee todo lo que escribí. Además, de esta manera podrás percibir si acepta con placer o soporta con desagrado el hecho de que yo haya realizado este trabajo. Si él ha decidido escribir sus propias aventuras, puede que tal vez no quiera que yo también lo haga. Ciertamente, por dar a conocer la República de Utopía, no querría ganarle de mano, ni tampoco quitarle a su narración la flor y el encanto de la novedad.

De todos modos, a decir verdad, yo mismo no he terminado de decidir si lo he de publicar. Tan variados son los gustos de los mortales, tan malhumorado el carácter de algunos, tan desagradecida su disposición, tan equivocados sus juicios, que las personas que con alegría y placer disculpan las propias inclinaciones salen mucho mejor paradas que aquellas que se atormentan y angustian para publicar algo que pueda proporcionar beneficio o placer a sus semejantes, quienes, sin embargo, lo reciben con desprecio o con ingratitud. Muchos hombres ignoran el estudio; otros muchos lo desprecian. El bárbaro rechaza por discordante todo lo que no es bárbaro. Los diletantes desprecian por trivial todo lo que no venga adornado con expresiones obsoletas. Algunos sólo aprueban lo que es antiguo; la gran mayoría admira solamente su propio trabajo. Éste es tan severo que no tolera una broma; aquél es tan insípido que no soporta una agudeza. Algunos son tan aburridos que recelan de la sátira, como recela del agua quien fue mordido por un perro rabioso. Otros son tan volubles que sentados elogian una cosa y de pie, su contraria. Esta gente se sienta en las tabernas, y con la copa en la mano critica el talento de los autores. Pontificando a placer, condenan a cada autor por sus escritos, como si los des-

Ingrato juicio de los hombres

Llama ñatos a quienes no tienen nariz

ntras ellos mismos se quedan a cubierto, detrás
ıego. Son tan tersos y lampiños
ı ni un cabello por el cual un
to podría ser atrapado. Hay otros, todavía, tan
:uanto más se deleitan con un trabajo, menos
ır. No difieren de los invitados
ɛ, después de haber disfrutado
e suculento, se retiran sin dar
ıfitrión. ¡Ve y anímate, pues, a agasajar a tu costa
paladar tan delicado, de gusto tan variado, de
memoriosa y agradecida!

Proverbio

Admirable comparación

mi querido Pedro, en cumplir con Hitlodeo el
ɛncomiendo. Más adelante, podré modificar lo
ta. De todos modos, ya está todo escrito, y es
para volverme atrás. En caso, entonces, de que
ıenta en su publicación, en la redacción de lo
ré el consejo de mis amigos, y entre ellos, desde
ɛl primero.

ı saludo, mi dulce Pedro Giles, a ti y a tu óptima
:me como siempre me has querido, pues yo te
ɛ nunca.

Io. Clemens. Hythlodæus. Tho. Morus. Pet. Aegid.

SERMONIS QVEM

RAPHAEL HYTHLODAEVS VIR EXIMIVS, de optimo reipublicæ ſtatu habuit, liber primus, per illuſtrem uirũ Thomam Morum inclytæ Britanniarũ urbis Londini & ciuem, & uicecomitem.

VVM NON EXIGVIMO menti negocia quædam inuictiſſimꝰ Angliæ rex HENRICVS eius nominis octauus, omnibus egregij principis artibus ornatiſſimus, cũ ſereniſſimo Caſtellæ principe CAROLO controuerſa

d nuper ha

)EL EXIMIO RAFAEL HITLODEO SOBRE L ESTADO ÓPTIMO DE UNA REPÚBLICA

Libro Primero

ustre Tomás Moro, *ciudadano y* Vice-sheriff *de la famosa ciudad de Gran Bretaña, Londres.*

ıcible de los Reyes de Inglaterra, Enrique VIII, con todas las cualidades de un monarca modelo, isputa sobre ciertas cuestiones de peso con Su Carlos, Príncipe de Castilla. Con el propósito de encias, me envió en comisión a Flandes, como ciado al incomparable Cuthquien acababa de nombrar, eneplácito de todos, Guardián de los Rollos. mo no diré nada, no porque tema que el m amigo recibirá poco crédito, sino porque conocimiento son demasiado grandes como sible que yo lo alabe, y demasiado conocidos, sea necesario hacerlo; a medar la impresión, como dice e querer iluminar el sol con una lámpara. ábamos en Brujas, según se había acordado unto con los hombres que el Príncipe había a conducir sus asuntos, todas personas ex- l jefe de la delegación era el Burgomaestre de sonalidad magnífica. Pero la voz cantante y la orrespondían a Jorge de Themsecke, Preboste ore elocuente por naturaleza y por aplicación, ruido, además, en el derecho, y de consumada

Cuthbert Tunstal

Proverbio

destreza en la diplomacia, en la cual combinaba una habilidad innata con una dilatada experiencia. Cuando, después de un par de encuentros, se vio que había ciertos puntos sobre los que no podíamos acordar suficientemente, se despidieron de nosotros por unos días y partieron hacia Bruselas, en busca de una directiva oficial del mismo Príncipe.

Entretanto, apenas me lo permitieron mis obligaciones, me corrí hasta Amberes. Mientras permanecí allí, el mejor bienvenido entre mis visitantes fue Pedro Giles, natural de Amberes, hombre honorable de elevada posición en su ciudad natal, y merecedor, además, de las más altas dignidades. Se trata, en efecto, de un hombre joven, distinguido tanto por su conocimiento como por su carácter, sumamente virtuoso y cultivado, de exquisita cortesía a la vez que abierto de corazón y afectuoso con los amigos, tan leal y sincero que no sería fácil encontrar uno o dos que se le equiparen, en cualquier aspecto, en cuanto a las perfecciones de la amistad. Su modestia es inusual; nadie menos inclinado a engañar, poseedor de una sabia y sencilla naturalidad. Por lo demás, su conversación es tan pulida e ingeniosa, sin recurrir a la ofensa, que su deliciosa compañía y su discurso acogedor aliviaron mi nostalgia, y ayudaron a que olvidara momentáneamente la separación de mi hogar, mi esposa y mis hijos, a quienes estaba ansioso por volver a ver, pues ya hacía más de cuatro meses que estaba ausente.

Pedro Giles

Un día asistí al servicio divino en Notre Dame, la iglesia más bella de la ciudad, y también la más concurrida. Al terminar la misa, me disponía a regresar a mi alojamiento cuando me lo encontré conversando con un extranjero, hombre de edad avanzada, de tez bronceada por el sol, con una larga barba y una capa colocada al descuido sobre sus hombros, cuyo vestuario y continente me parecieron los de un capitán de barco.

Apenas me vio, Pedro se acercó a saludarme. Mientras intentaba retribuirle sus saludos, me llevó a un costado y, señalando al hombre con quien lo había visto conversar, me dijo:

–¿Ves a ese hombre? Estaba a punto de presentártelo.

–Habría sido muy bienvenido –dije– en honor a ti.

–No –dijo– en honor a él, si lo conocieras. No existe hoy otro mortal con vida que, como él, pueda ofrecerte un relato de pueblos y tierras desconocidas, tema sobre el cual sé que estás siempre dispuesto a escuchar.

–Bien –dije–, mi conjetura no estaba equivocada. Apenas lo vi ya supe que era un capitán de barco.

–Pues en esto sí que te equivocas –me respondió–, porque su navegación no fue como la de Palinuro, sino como la de Ulises, o mejor, como la de Platón. Este Rafael Hitlodeo[16], tal el nombre de su familia, no es poco versado en latín, y sabe bastante griego. Ha estudiado esta lengua más que el latín porque se dedicó sin reservas a la filosofía, y considera que en esta disciplina poca cosa hay escrita en latín que valga la pena, exceptuando algunos tratados de Séneca y de Cicerón. En el hogar –es portugués– legó el patrimonio que le correspondía a sus hermanos y, ansioso por ver el mundo, se unió a su amigo Américo Vespucio, al que acompañó en los últimos tres o cuatro viajes que ahora son materia universal de lectura, aunque en el viaje final no regresó con él. Insistió y hasta importunó a Américo para conseguir el permiso de ser uno de los veinticuatro que se quedaron en el fuerte, en el punto más alejado del último viaje. Lo dejaron, así, seguir su camino, más preocupado, como estaba, por la travesía que por el sepulcro. Tiene siempre dos dichos a flor de labio: «A quien no tiene sepulcro lo cubre el cielo», y «La distancia al cielo es la misma desde cualquier lado». De no haber contado

---

16. El nombre ficticio del protagonista de *Utopía* es ejemplo eminente del modo en que Tomás Moro propone juegos, paradojas y contradicciones. Rafael es el nombre de un ángel de la Biblia, que cura las enfermedades y protege a los viajeros.
Hythlodaeus, el apellido, es la composición de dos términos griegos: *hytlos* = palabrerío vano, y *daios* = experto.
Hitlodio, el filósofo griego que trae la novedad de una lejana república óptima, es un ángel que cura, pero también es un experto en decir naderías.

con el favor de Dios, esta actitud suya le habría costado cara. No obstante, cuando, tras la partida de Vespucio, se aventuró con cinco compañeros del fuerte a través de cinco países, llegó por casualidad hasta Ceilán, desde donde luego alcanzó Calcuta. Allí se encontró, convenientemente, con algunas naves portuguesas, y finalmente regresó a casa, superando todas las previsiones.

Apotegma

Cuando Pedro terminó su informe, le agradecí la amabilidad de tomarse tantos cuidados para que yo pudiera tener una conversación placentera, y me volví hacia Rafael. Después de saludarnos y de intercambiar las cortesías habituales en el primer encuentro entre personas extrañas nos encaminamos hacia mi estancia. Allí, en el jardín, sobre un montículo cubierto de pasto suave, nos sentamos a conversar.

Contó cómo, después de la partida de Vespucio, él y los amigos que habían quedado en el fuerte comenzaron poco a poco a tener encuentros y acuerdos que los congraciaron con los nativos, hasta que no sólo no hubo peligro de parte de ellos sino que, inclusive, ganaron el favor y la admiración de un jefe (cuyo nombre y procedencia he olvidado). Merced a la generosidad de este último, él y sus cinco compañeros consiguieron abundantes provisiones y pertrechos de viaje y, mejor aún, un guía confiable para que los condujera en su travesía (que incluía trechos por agua, en balsa, y trechos por tierra, en carro) hasta los dominios de otros jefes, con cuidadosas recomendaciones favorables. Después de muchos días de viaje, dijo, encontraron pueblos, ciudades y repúblicas populosas con instituciones excelentes.

Es cosa segura que, por debajo del ecuador y a ambos lados de la línea hasta donde se extiende la órbita del sol, hay desiertos enormes, abrasados por un calor permanente. En todas direcciones abundan las regiones deprimentes y tenebrosas, sin cultivo ni atractivo natural, habitadas por bestias salvajes y por serpientes, o por hombres no menos salvajes y dañinos que las bestias. Pero si se avanza un poco más, el país comienza a adquirir gradualmente un aspecto más lozano, el

clima se hace menos atroz, el suelo se cubre con una hierba verde y suave, y el carácter de las criaturas vivientes se vuelve menos salvaje. Se encuentra uno, finalmente, con pueblos, ciudades y aldeas que mantienen un tráfico continuo por mar y por tierra no solamente entre ellos, o con sus vecinos, sino también con países lejanos.

Tuvieron allí oportunidad de visitar muchos países en varias direcciones, pues cada embarcación que se encontraba lista para zarpar estaba muy bien dispuesta a recibir a Rafael y a sus compañeros como pasajeros. Las naves que vieron en esa etapa del viaje tenían la carena plana, y eran impulsadas por velas hechas de papiro o de mimbres unidos, y, en algunos casos, de cuero. También encontraron, más adelante, naves con quillas en punta y velas de lienzo, similares en todo a las nuestras.

Los marineros eran diestros en su conocimiento de los mares y del clima. Pero nos contó que se ganó su favor extraordinario al mostrarles el uso de la aguja magnética, de la que eran ignorantes, al punto de que no se aventuraban sin recelo en los mares más allá de los meses del verano. Ahora, confiados en el magneto, desafían temerariamente al clima invernal. De esta manera, lo que parecía ser un gran beneficio para ellos, puede transformarse, merced a la imprudencia, en un gran daño.

Sería muy largo desarrollar todo lo que dijo haber visto en cada lugar, y no es el propósito de este trabajo. Tal vez en otra ocasión contaremos su historia, en especial los eventos que puedan resultar de utilidad a los lectores, y, sobre todo, las previsiones sabias y prudentes que encontró por doquier en las naciones que conviven de una manera civilizada. Sobre estos asuntos le preguntamos con interés, y él nos respondió con disposición no menos atenta. No sentíamos demasiada curiosidad, en cambio, respecto de sus andanzas de viajero. Escilas, el hambriento Celeno, Lastrigón, el devorador de pueblos, y otros monstruos similares son bastante comunes, pero ciudadanos buenos y sabiamente educados no se encuentran por ninguna parte.

Ciertamente, así como nos llamó la atención acerca de ciertas costumbres malsanas que mantenían aquellas naciones nuevas, así también mencionó un número no menor de hábitos que nuestras propias ciudades, naciones, razas y reinos podrían tomar como ejemplo para corregir sus errores. A todo esto, como ya dije, tendré que referirme en alguna otra ocasión. Ahora me propongo relatar solamente lo que nos contó acerca de las maneras y costumbres de los utopienses, comenzando por la conversación que lo llevó a mencionar aquella república por primera vez.

Rafael había mencionado, con gran lucidez, las muchas faltas que encontraba en uno y otro hemisferio, y había comparado las medidas sabias que se habían tomado para remediarlas, tanto entre nosotros como entre ellos. Recordaba las maneras y costumbres de cada nación como si hubiese pasado toda su vida en lugares que había visitado apenas. Pedro le expresó su sorpresa de este modo:

–Me pregunto, mi querido Rafael, por qué no te pones al servicio de algún rey. Estoy seguro de que ninguno te recibiría de mal grado, dado que tú eres capaz no solamente de entretener a un rey con tu conocimiento y tu experiencia de hombres y de lugares, sino también de asistirlo con tu consejo. Así, no estarías solamente sirviendo a tus propios intereses sino que serías de gran ayuda para la prosperidad de tus familiares y amigos.

–En cuanto a mis familiares y amigos –respondió–, no me preocupan mayormente, pues pienso que ya he cumplido a conciencia mi deber para con ellos. Las posesiones, que otras personas no resignan a menos que se encuentren viejas y enfermas –y aun así sólo las sueltan de mala voluntad cuando ya no pueden retenerlas– las he repartido entre mis parientes y amigos cuando todavía era joven. Creo que deberían estar satisfechos con mi generosidad, sin esperar ni requerir que, además, tenga que entrar como sirviente de algún rey para beneficiarlos.

–Finas palabras –declaró Pedro–. Pero no quise decir que

fueras sirviente, sino que te emplearas para servir a un rey.

–Entre una cosa y la otra sólo hay una sílaba de diferencia –observó.[17]

–Sin embargo, estoy convencido –continuó Pedro– de que, cualquiera sea el nombre que le des a este modo de vida, es la manera adecuada de beneficiar a la gente, no solamente como individuos privados, sino como miembros de una república, al tiempo que contribuyes a la prosperidad de tu propia situación.

–¿Y para prosperar –dijo Rafael– estoy obligado a recurrir a medios que mi alma aborrece? Así como estoy, vivo como me place, lo cual imagino con seguridad que muy raramente sucede con vuestros grandes cortesanos. Por lo demás, ya son muchos los que cortejan la amistad de los grandes, así que no sería una gran pérdida que tuvieran que pasársela sin mí y sin uno o dos más como yo.

–Bien –dije yo entonces– es evidente que tú, mi querido Rafael, no tienes ambiciones de riqueza ni de poder. Ten la certeza de que no admiro ni respeto menos a un hombre con tu espíritu que a cualquiera de los más encumbrados y poderosos. Pero me parece que harías algo valioso para ti y para este espíritu tuyo generoso y verdaderamente filosófico si orientaras tu vida en forma de aplicar tu talento e industria al interés público, aunque esto implicara algunas desventajas personales. Y esto sólo se puede hacer con provecho siendo consejero de un gran monarca y haciendo que observe, como seguramente harías, conductas rectas y honorables. Del monarca, como de una fuente inagotable, fluye sobre el conjunto de la nación todo lo que hay de bueno o de malo. Y tú posees, por una parte, un conocimiento tan completo, y, por la otra, tanta experiencia en los asuntos de gobierno, que, aunque no

---

17. El verbo conjugado, *inservias*, en latín, tiene una sílaba más que *servias*. Lo primero implica un trabajo profesional, lo segundo, una condición de sirviente, menospreciada en el pasaje por Rafael.

tuvieras tanta experiencia, en un caso, o tanto conocimiento, en el otro, de todas maneras serías un integrante excelente en el consejo de cualquier rey.

–Te equivocas dos veces, mi querido Moro –dijo–, una, en cuanto a mi persona, y la otra, en cuanto al asunto en cuestión. No tengo la capacidad que me adjudicas, y aunque la tuviera, no perturbaría mi paz y mi tranquilidad intentando promover el interés público. En primer lugar, prácticamente todos los monarcas prefieren ocuparse en asuntos de guerra –tema en el cual no tengo ni deseo tener incumbencia alguna– antes que en honorables actividades de paz, y se preocupan mucho más acerca de cómo adquirir nuevos reinos, por la fuerza o por la astucia, que en administrar correctamente los que ya tienen. En segundo lugar, entre los consejeros reales, cada cual, o bien es –efectivamente– tan sabio como para no necesitar del consejo de otro, o bien cada cual se cree tan sabio como para no condescender en intentar aprovecharlo, exceptuando el caso en el que prestan su acuerdo a los dichos más absurdos del primer favorito del rey, a quien se adhieren como parásitos, y de quien buscan ganar la amistad mediante la adulación. Ciertamente, es propio de la naturaleza humana que cada hombre tenga en más los propios descubrimientos, así como el cuervo y el burro estiman que sus crías son las más bellas.

En presencia de personas que recelan de los descubrimientos de otros, o que siempre prefieren los propios, si alguien llegara a proponer algo que leyó que se hacía en otros tiempos, o que vio que se hace en otros lugares, quienes lo escuchen se comportarán como si su entera reputación de sabiduría estuviese amenazada, y como si fueran a quedar como lelos absolutos a menos que puedan encontrar alguna falta en la novedad. Y cuando todos los intentos hayan fallado, el último recurso será una observación como ésta: «Nuestros mayores eran felices con esta costumbre, y pluguiese al cielo que nosotros tuviéramos su sabiduría». Y entonces, como si su comentario hubiera sido una brillante conclusión para toda la discusión, volverán a sentarse, dando a entender, desde luego, que sería muy peligroso

creerse en cualquier asunto más sabio que nuestros mayores. A decir verdad, no solamente acostumbramos ignorar con absoluta serenidad las ideas excelentes de nuestros mayores, sino que tampoco dejamos pasar la oportunidad de aferrarnos al modo equivocado en que hayan podido encarar alguna situación. Muchas veces me he encontrado con estos prejuicios vanidosos, ridículos y obstinados, en diferentes lugares, y una vez, incluso, en Inglaterra.

–¿Qué –pregunté–, has estado alguna vez en nuestro país?

–Sí –contestó–, pasé allí algunos meses, no mucho después del desastroso final de la insurrección de los ingleses del oeste en contra del rey, la cual fue sofocada con la lamentable ejecución de todos ellos. Desde aquella época, he quedado obligado con el Reverendo Padre Juan Morton, Cardenal Arzobispo de Canterbury, luego también Lord Canciller de Inglaterra. Era un hombre, mi querido Pedro (pues Moro ya sabe de él, y no necesita de mi información), que merecía respeto tanto por su prudencia y virtud como por su autoridad. De estatura media, no aparentaba la avanzada edad que tenía. Su continente inspiraba respeto antes que temor. Su conversación era agradable, aunque seria y digna. Disfrutaba poniendo a prueba a quienes le caían bien, de una manera frontal pero no dañina, para calibrar su presencia de ánimo y su agudeza mental. Lejos de toda insolencia, le complacía encontrar en los demás tales disposiciones, pues las consideraba afines a las de su propia naturaleza, y adecuadas para ejercer un cargo oficial. Su discurso era pulido y directo. Conocía profundamente el derecho, tenía una pericia incomparable y una memoria asombrosa, ya que había desarrollado sus extraordinarias cualidades naturales mediante el aprendizaje y la práctica.

El Rey confiaba mucho en su consejo, y la república parecía depender en gran medida de él mientras yo estuve allí. Previsiblemente, ya desde su temprana juventud había sido llamado de la escuela directamente a la corte, pasando toda su vida entre importantes asuntos públicos y soportando muchas y variadas vicisitudes de fortuna, de modo que, en medio de tantos y tan

grandes peligros, adquirió esa sagacidad del hombre de Estado que, una vez aprendida, ya no se olvida con facilidad.

Un día en que me encontraba sentado a su mesa, se había invitado también a un laico, conocedor de las leyes de tu país. De algún modo, esta persona encontró la oportunidad para comenzar a alabar la estricta justicia con que se trataba a los ladrones. Contaba cómo se los ejecutaba en todas partes; a veces, decía, había hasta veinte ahorcados en una sola hilera, y agregaba que lo que más lo sorprendía era que, a pesar de que muy pocos escapaban al castigo, por alguna causa el país seguía infestado de ladrones. Yo acostumbraba expresar mis opiniones sin reserva en la mesa del Cardenal, así que le dije:

Leyes poco equitativas

–No tendría usted que sorprenderse, pues esta manera de castigar a los ladrones excede lo justo y no beneficia de forma alguna el bien público. Es una pena demasiado dura para el robo, y, al mismo tiempo, no es un recurso disuasivo suficiente. El puro robo no es una ofensa tan grave que merezca ser castigada con la muerte, y no hay pena suficiente que logre disuadir del robo a quien no tiene otro medio para ganarse la vida. En este aspecto no solamente su país sino gran parte de los de nuestro mundo se asemejan a los malos maestros de escuela, que prefieren golpear antes que instruir a sus alumnos. Disponen castigos graves y terribles para el ladrón cuando habría sido mucho mejor proveerle de alguna forma de ganarse la vida, de modo tal que no se encontrase en la terrible necesidad de tener primero que robar, y luego de morir por ello.

Medidas que podrían tomarse para que no hubiera tantos ladrones

–Nosotros –dijo el hombre– disponemos previsiones para esta situación. Están las tareas manuales. Está el trabajo en el campo. Ellos podrían mantenerse por sí mismos con estas tareas si no prefiriesen voluntariamente ser delincuentes.

–No –me opuse–, no escapará usted tan fácilmente. No diremos nada de los que vuelven mutilados a casa de las guerras en el extranjero, como ocurrió recientemente con los ingleses

en la batalla de Cornualles, y no hace mucho en la guerra con Francia. Perdieron los miembros al servicio de la República o al del Rey; su incapacidad les impide ejercer sus oficios, y su edad, aprender uno nuevo. A estos hombres, digo, no los tomaremos en cuenta porque las guerras son esporádicas, pero consideremos qué pasa en el día a día.

Actualmente hay un gran número de nobles que no solamente viven como zánganos perezosos del trabajo de otros, como por ejemplo del de los colonos de sus tierras, a quienes esquilman al máximo aumentando el arriendo (pues ésta es la única economía que conocen, siendo por lo demás tan dispendiosos que, algunos, terminan pidiendo limosna), sino que también arrastran tras de sí una multitud de sirvientes igualmente perezosos, que nunca han aprendido un oficio con el que ganarse la vida. Si muere su amo, o si se enferman ellos mismos, a estos hombres se los echa de la casa al instante, pues se mantiene de mejor grado al holgazán que al enfermo, y a menudo también ocurre que el heredero no está en condiciones de mantener una servidumbre tan nutrida como la que tenía su padre.

Estas personas comienzan inmediatamente a morir de hambre, a menos que se dediquen a robar. Y, en verdad, ¿qué más podrían hacer? La vida errante les deja las ropas raídas y les deteriora la salud, y enfermos y desaliñados como están, ningún gentilhombre se dignará a emplearlos, y tampoco se animará a hacerlo un campesino. Estos últimos saben muy bien que un hombre que ha sido criado entre la pereza y el lujo, y que se acostumbró a pavonearse con espada y broquel, despreciando a toda la vecindad y creyendo estar por encima de todo el mundo, difícilmente podrá prestar un servicio honesto a un hombre pobre, con pala y azada, por un salario magro y una comida frugal.

–Pero ésta –me replicó el laico– es justo la clase de hombre que más debemos estimular. Su espíritu es más elevado y noble que el de los artesanos y el de los campesinos, y de ellos dependen la fuerza y el nervio de nuestro ejército cuando estamos en guerra.

–Por supuesto –respondí–, de igual modo podría decirse que, para mejor proveer a la guerra, tenemos que criar ladrones. Mientras tengan ustedes hombres como éstos, es seguro que nunca dejará de haber ladrones. Es más, el ladrón no suele ser el peor de los soldados, así como el soldado tampoco es el menos listo de los ladrones, tan bien se compadecen ambas ocupaciones. De todos modos, este defecto tan frecuente no es peculiar de ustedes, sino que es común a casi todos los pueblos.

Francia, en particular, está siendo asolada por una plaga todavía más gravosa. Aun en tiempos de paz (si es que se los puede llamar así), todo el país está acosado por una multitud de mercenarios, que han sido arrendados porque los franceses tomaron el ejemplo de ustedes, los ingleses, y creen que es bueno mantener sirvientes holgazanes. Estos astutos necios[18] piensan que la seguridad pública depende de que siempre haya dispuesta una guarnición fuerte y confiable, integrada mayormente por veteranos, ya que desconfían de los novatos. Esta actitud los obliga a buscar constantemente pretextos para la guerra, sólo por no tener soldados sin experiencia, y es así que siempre se están cortando gargantas, para que, como dijo Salustio, «la mano o la mente no se ablanden por falta de práctica». Sin embargo, Francia ya aprendió a su propia costa lo peligroso que es mantener bestias tan salvajes, lo mismo que Roma, Cartago, Siria, y muchas otras naciones. No solamente la autoridad suprema de estos países sino también sus tierras y hasta sus ciudades han sido destruidas más de una vez por los ejércitos permanentes propios.

Males que acompañan a los ejércitos permanentes

Ahora bien, cuán innecesario es mantenerlos se prueba claramente con esta consideración: ni siquiera los franceses, preparados asiduamente desde la infancia en el manejo de las armas, pueden presumir de haber llevado siempre la mejor

---

18. «Morosophos»: mitad necio, mitad sabio. Término acuñado por Luciano de Samosata, y retomado por Erasmo en *Elogio de la locura.*

parte contra los reclutas de ustedes. No quiero abundar sobre el asunto, por no parecer un adulón descarado. Pero, en todo caso, ni los artesanos de pueblo ni los rudos campesinos parecen muy aterrados por aquellos holgazanes sirvientes de los gentilhombres, exceptuando a los que tengan un cuerpo inadecuado para la lucha y la bravura, o a aquellos cuyo espíritu se haya quebrado por falta de apoyo familiar. En consecuencia, no hay peligro de que los sirvientes, cuyos cuerpos alguna vez fueron fuertes y vigorosos (ya que los gentilhombres sólo se dignan corromper a lo más selecto), y que se debilitaron con la pereza, o se ablandaron con ocupaciones femeninas, se tornen inhumanos si se les enseña a ganarse la vida en tareas honestas y se los ejercita en labores viriles.

De cualquier modo, no me parece en absoluto conveniente que la República, por la eventualidad de una guerra, mantenga a una multitud de gente así, que se la pasa perturbando la paz. Nunca hay guerra si no se la elige, y se debería tomar mucho más en cuenta la paz que la guerra. Sin embargo, no es la guerra la única situación que vuelve necesario el robo. Existe otra que, tal como lo veo, es peculiar de ustedes, los ingleses.

–¿Y cuál es? –preguntó el Cardenal.

–Sus ovejas –contesté–, habitualmente tan dulces y que se alimentan con poco, están comenzando, según me dicen, a resultar tan costosas y salvajes que devoran a los mismos seres humanos y devastan y despueblan los campos, las casas y los poblados. Por todas partes de la región donde se produce la lana más fina y costosa hay nobles, gentilhombres, e incluso algunos abades –santos varones–, que ya no se satisfacen con las rentas anuales que sus predecesores obtenían de las propiedades. No les basta, en su vida suntuosa y perezosa, con abstenerse de hacerle algún bien a su país; también necesitan hacerle, positivamente, un mal. No dejan ni una porción para el cultivo, circundan cada parcela para la pastura, derriban las casas y destruyen las aldeas, dejando en pie solamente la iglesia para usarla de corral. Y, como si no hubiese suficiente cantidad de tierras desperdiciadas como cotos de caza y reservadas para

los juegos, esta buena gente convierte toda habitación humana y toda tierra cultivada en un desierto.

En consecuencia, para permitir que un glotón insaciable, plaga maldita de su propia tierra natal, pueda unir campo con campo y rodear miles de acres con una sola cerca, se expulsa a los campesinos. Algunos, engañados mediante fraudes, o avasallados por la violencia, son despojados de toda su propiedad, o si no, fatigados por tanta injusticia, se ven obligados a malvender. De una manera o de otra, se fuerza a estos pobres diablos a dejar sus hogares: hombres y mujeres, maridos y esposas, huérfanos y viudas, matrimonios con niños pequeños, familias que no son ricas pero sí numerosas, ya que el trabajo en el campo requiere muchas manos. Deben alejarse, digo, del único lugar querido y conocido, y ya no encuentran refugio donde guarecerse. Venden por migajas los enseres de la casa que, de cualquier modo, tampoco les habrían procurado gran cosa si hubiesen podido esperar hasta que llegase una oferta.

Después de haberse gastado esas pocas monedas vagando de un lugar a otro, todo lo que les queda es robar y ser ahorcados –con toda justicia, dirá usted–, o seguir vagando y mendigar. Y aun en este último caso terminan yendo a prisión por vagancia perezosa, cuando en verdad, por más dispuestos que estén a ofrecer su fuerza de trabajo, no hay nadie que los emplee. Pues no hay trabajo en el campo –para el cual han sido preparados– si no queda tierra para cultivar. Un solo pastor es suficiente para apacentar el rebaño en una tierra que antes, en su labranza, empleaba muchos brazos.

Como resultado de esta situación el precio del alimento ha aumentado desmesuradamente en muchas localidades. En verdad, el precio de la lana cruda ha subido tanto que la gente pobre, que antes tejía paños, ahora no la puede comprar, y así también muchas personas han quedado ociosas. Otra causa de ello es que, luego de que se dispusieron casi todas las tierras para la pastura, una plaga aniquiló a una gran cantidad de ovejas, como si Dios, para castigar la codicia, hubiese enviado una peste sobre ellas, la cual, en verdad, debería haber caído

con más justicia sobre las cabezas de sus propietarios. Sin embargo, por más que crece el número de las ovejas, su precio no disminuye un ápice, ya que, a pesar de que no puede hablarse de monopolio cuando los vendedores son más de uno, sí se puede decir que hay un oligopolio, pues todas las ovejas han quedado en manos de unos pocos hombres, y éstos, que ya son ricos, no tienen necesidad de vender si no quieren, y sólo quieren cuando se les paga el precio que piden.

A esta altura, todas las clases de ganado están igualmente sobrevaluadas por motivos similares, y todavía más, puesto que, con la disminución del espacio dedicado a los trabajos de granja, ya no queda nada con qué alimentarlas. Los ricos ya no se ocupan de criar ganado bovino como lo hacen con el ovino, sino que compran afuera terneros baratos, los engordan, y los vuelven a vender caros en el mercado local. En mi opinión, este descalabro de su sistema todavía no ha sido advertido. Por ahora, los tratantes de hacienda suben los precios sólo en las plazas donde venden el ganado, pero cuando, dentro de un tiempo, se hayan llevado de las localidades donde lo compran más cabezas de las que allí se pueden criar y reponer, la oferta en los puestos de venta comenzará a decaer, y se empezará a notar la escasez.

De esta manera, la codicia inescrupulosa de unos pocos está arruinando la cosa misma en virtud de la cual su isla alguna vez fue considerada sumamente afortunada. El precio del alimento está provocando que cada señor se saque de encima tanta servidumbre como le sea posible, y entonces, pregunto, ¿qué otra cosa les queda más que mendigar, o –si tienen un espíritu animoso– hacerse ladrones?

Por si fuera poco, al lado de esta miseria desgraciada se exhibe un lujo desenfrenado. No solamente los sirvientes de los nobles, sino también los artesanos, y hasta los mismos campesinos, en verdad, todas las clases por igual, se entregan a la ostentación de los vestidos suntuosos y a la extrema indulgencia en la mesa. ¿No es, acaso, cierto, que los antros, los burdeles, y esos otros sitios tan malos como los burdeles, a saber: tabernas,

vinerías, cervecerías, junto con todos esos perversos juegos de azar como los dados, los naipes, el *backgammon*, el tenis, los bolos, o el tejo, drenan rápidamente las bolsas de los parroquianos, y los empujan a robar las de los demás?

Eliminen ustedes estas plagas ruinosas. Dicten leyes para que los que destruyen las granjas y las aldeas tengan que restituirlas, o si no, para que sean entregadas a gente que esté dispuesta a recuperarlas. Restrinjan el derecho de los ricos a comprar todo afuera, y también la licencia para ejercer esta clase de monopolio con que ahora se benefician. Disminuyan la cantidad de perezosos. Vuelvan a estimular el trabajo agrícola y el trabajo textil, que haya tareas honestas para emplear con utilidad a esa turba de ociosos, tanto a los que se han vuelto ladrones por culpa de la pobreza como a los sirvientes inútiles, o despedidos, que, tarde o temprano, también terminarán robando. Con toda seguridad, y hasta que pongan remedio a estos males, no tendrá caso que sigan presumiendo de la justicia con la que castigan el robo. Una justicia así es más aparente que verdaderamente justa, o beneficiosa. Si permiten que sus jóvenes se críen de mal modo y que su carácter se corrompa más y más, y si después, cuando están crecidos, los castigan por cometer los crímenes que ya desde su infancia se podía anticipar que cometerían, ¿qué otra cosa están haciendo, pregunto, sino formar primero ladrones, para después castigarlos?

Al tiempo que yo decía estas cosas el laico se estaba preparando para replicarme, y se disponía a utilizar el método habitual de los querellantes, que se preocupan más por repetir cuidadosamente lo que se les ha dicho que por responderlo, en tanto estiman la propia memoria.

–Ciertamente, señor –comenzó–, que ha hablado usted bien, considerando que, como extranjero, apenas pudo escuchar alguna que otra cosa aislada sobre estos asuntos, sin tener de ellos un conocimiento exacto, punto que voy a poder demostrar en pocas palabras. En primer lugar, repetiré ordenadamente todo lo que usted ha dicho; luego, mostraré en qué sentido la ignorancia de nuestras condiciones ha hecho que usted se engañe; finalmente,

derribaré y destruiré uno por uno todos sus argumentos. Así que, pues, para empezar con lo que acabo de anunciar, hay cuatro puntos en los que me parece que...

–Detente –interrumpió el Cardenal–, es evidente que si comienzas de esa manera la réplica no tomará pocas palabras. Te relevaremos, pues, de la preocupación de tener que elaborar tu respuesta ahora mismo, pero haremos reserva de tu derecho a hacerlo en nuestro próximo encuentro, el cual me gustaría poder arreglar para mañana, siempre que tú y que Rafael no tengan previstas otras ocupaciones.

Describe el modo con que el Cardenal acostumbraba poner a los charlatanes en su sitio

Ahora estoy ansioso porque me digas, mi querido Rafael, por qué piensas que el robo no debería ser castigado con una penalidad extrema, y qué otra pena te parece más adecuada para el bien público. Estoy seguro de que ni siquiera tú crees que la falta deba quedar sin castigo. Si así como estamos, con la pena capital, los hombres se precipitan hacia el robo, ¿qué fuerza y qué temor podrá detener a los criminales si se les asegura la vida? Si fuese mitigada la pena se sentirían tan invitados al delito como si se les estuviese ofreciendo una recompensa.

–Sin la menor duda –respondí–, reverendo y amable padre, creo que es injusto que un hombre deba perder su vida porque otro perdió su dinero. En mi opinión, ni todos los bienes juntos que la fortuna pueda habernos concedido pueden equipararse con la vida de un solo hombre. Si me dicen que la pena corresponde, más que por la cantidad de dinero robada, por la ofensa contra la justicia y por el quebrantamiento de la ley, entonces contestaré que esta justicia extrema está extremadamente equivocada. No deberíamos aprobar leyes dignas de Manlio[19], que justifican el uso de la espada

Leyes manlianas, expresión tomada de Livio

19. Referencia a dos cónsules sumamente rigurosos, Manlius Imperiosus y su hijo, Manlius Torquatus, de quienes da cuenta el célebre historiador romano Tito Livio.

ante la falta más leve, ni tampoco normativas del tipo estoico, que asignan una sola medida a todas las ofensas, sin hacer diferencia entre matar a un hombre y sacarle una moneda, ya que, si la equidad tiene algún significado, no puede haber semejanza alguna entre ambos casos.

Dios dijo «No matarás», ¿y mataremos nosotros tan livianamente a un hombre por haber tomado un poco de cambio? Si el mandamiento divino que prohíbe el homicidio no se ha de aplicar cuando la ley humana así lo disponga, ¿cómo podrá evitarse que los hombres, cuando les convenga, acuerden en admitir la violación, el adulterio, o el perjurio? Dios le negó al hombre el derecho de tomar no solamente la vida de un semejante, sino también la suya propia. Sin embargo, los hombres, mediante consentimiento mutuo, acuerdan en que, en determinados casos, pueden disponer de la vida de los demás. Ahora bien, si este acuerdo entre los hombres ha de liberarlos de la obligación para con el mandamiento divino, a pesar de que no haya en este sentido ningún precedente establecido por el mismo Dios, ¿será entonces que la ley de Dios tendrá validez sólo en tanto lo permita la ley del hombre? Terminará resultando que, del mismo modo, serán los hombres quienes determinen hasta qué punto les conviene que sean obedecidos los demás mandamientos de Dios.

Finalmente, la misma ley de Moisés, severa y dura como es –originariamente creada para esclavos, que luego fueron libres pero testarudos–, castigaba el robo con la multa y no con la muerte. No creeremos que Dios, en su nueva ley de misericordia, con la que manda como un padre sobre sus hijos, nos otorga una licencia para ser más crueles unos con otros.

Estas son las razones por las que considero que este castigo no corresponde. Por otra parte, seguramente que todos se darán cuenta de cuán absurdo y hasta peligroso resulta para la república que un ladrón y un asesino reciban el mismo castigo. El ladrón ve que corre el mismo peligro si lo condenan por un simple robo que por homicidio, y esta sola consideración ya lo lleva a matar al hombre al que, de otro modo, sólo le

habría robado. Además de que su riesgo ya no aumenta si lo atrapan, está más seguro si elimina a su víctima, y tiene mayores esperanzas de ocultar su delito si no deja tras de sí nadie que pueda contar el cuento. Así, cuanto más nos esforzamos por aterrorizar a los ladrones con una crueldad excesiva, más los estamos incitando a destruir a los ciudadanos honestos.

En cuanto a la repetida cuestión de cuál sea la forma más aconsejable de castigo, a mi juicio, es más fácil encontrar una buena que una mala. ¿Por qué dudar de que una buena forma de castigar los crímenes sea la que ya sabemos que tuvo buen favor entre los romanos, los mayores expertos en el manejo de la república? Cuando un hombre era declarado culpable de crímenes atroces lo condenaban a estar encadenado de por vida, picando piedras y cavando en las minas de metal.

Sin embargo, en lo que concierne a este asunto, no conozco sistema mejor que el que, en el curso de mis travesías, observé que aplican en Persia, en el pueblo de los llamados polileritas, una nación numerosa y bien gobernada, y que, exceptuando el hecho de que pagan un tributo anual al rey de los persas, es libre y autónoma en su legislación. Están lejos del mar, rodeados casi totalmente por montañas, y se abastecen con los frutos de su propia tierra, que no es infértil. En consecuencia, raras veces visitan otros países, o son visitados por ellos. Siguiendo una política establecida desde hace mucho tiempo, no intentan aumentar sus territorios, y los que ya poseen están fácilmente protegidos de toda agresión con las montañas y con el tributo. Totalmente libres del gasto militar, viven una vida más confortable que espléndida, y más feliz que famosa, pues incluso su nombre, creo, es apenas conocido por alguien más que sus vecinos cercanos.

La república de los polileritas, entre los persas

En esos dominios, las personas condenadas por robo deben ofrecer una reparación a aquél a quien le hayan robado y no, como se acostumbra en los demás lugares, al príncipe, el cual, consideran, tiene tan poco derecho a la cosa robada como el mismo la-

Tomemos nota, ya que hacemos otra cosa

drón. Si lo robado se ha perdido, el valor equivalente se toma de los bienes del ladrón, dejando el resto intacto y al cuidado de su esposa e hijos, mientras el convicto realiza trabajos forzados. A menos que el robo haya sido violento, no se los confina en prisión ni se les ponen grilletes, sino que, sin cadenas, se los emplea en tareas públicas. A los convictos perezosos o que se niegan a trabajar no se los encadena, sino que se los estimula con el látigo. Si trabajan bien, no tienen por qué temer insultos ni daños. El único control consiste en que, cada atardecer, luego de que se ha pasado lista, se los encierra en sus barracas.

Exceptuando el servicio permanente, sus vidas no son duras. Por ejemplo, dado que son servidores públicos, su alimentación, que es adecuada, corre por cuenta de todos, y varía según la zona. En algunos distritos, lo que se gasta en ellos proviene de la caridad. Este método puede parecer precario, pero los polileritas son tan solidarios que es el que mejor provee a las necesidades. En otros sitios, se disponen sumas fijas del presupuesto oficial. En otros, cada contribuyente paga una tasa especial al efecto. En unas pocas localidades, los convictos no trabajan para la comunidad, sino que, cada vez que un particular necesita emplear a un jornalero, toma en la plaza del mercado a uno de ellos y acuerda una paga, que es levemente inferior a la del trabajo libre. El empleador tiene permiso para azotarlos si no quieren trabajar. El resultado de todo el sistema es que los convictos nunca quedan ociosos, y que, además de ganarse el propio sustento, aportan al tesoro público.

Pero hoy en día son los servidores de la nobleza los que se arreglan así

Visten ropas de un color que no usa nadie más. No se les afeita todo el cabello, sino solamente un sector por encima de las orejas, a una de las cuales le cortan el lóbulo. Sus amigos los pueden proveer con alimentos, bebidas y ropas del color indicado. Es delito capital que alguien les dé dinero, y también que ellos lo acepten. Es igualmente punible que un hombre libre reciba, por cualquier motivo, un solo penique de parte de un convicto, o que un esclavo (pues éste es el nombre

que les dan a los convictos) toque un arma. En cada distrito los esclavos se distinguen con una marca especial, y es un delito capital quitársela, lo mismo que salirse de los límites del territorio, o hablar con un esclavo de otro distrito. No es menos grave planear una fuga que fugarse efectivamente, y el castigo por la connivencia en el plan es la muerte para el esclavo, y la esclavitud para el hombre libre. Por otro lado, hay recompensas para los informantes: dinero para el hombre libre, libertad para el esclavo y perdón e inmunidad para ambos por su complicidad. El propósito de esto es que nunca sea más fácil realizar un plan maligno que arrepentirse de haberlo ideado.

Éstas son las leyes y éste es el procedimiento en la materia. Es sencillo ver que son humanitarios y ventajosos. El fin de la ira pública es destruir los vicios pero salvar a las personas, y tratarlas de modo tal que por necesidad se vuelvan buenas y que, durante el resto de sus vidas, reparen el daño que hayan cometido antes.

Existe tan poco temor de que puedan reincidir en sus antiguos hábitos que los viajeros que deben emprender una jornada prolongada se sienten más seguros si toman como guía a un esclavo, el cual van cambiando en cada nuevo distrito que atraviesan. Un convicto no tiene con qué cometer un crimen, no posee armas; el dinero sólo le serviría para ser detectado; si lo atrapan, el castigo es ineludible, y tampoco tiene esperanzas de escapar a un sitio seguro. ¿Cómo podría ocultar su condición de fugitivo, si su apariencia es tan diferente de la de la gente común? Hasta desnudo lo delataría el corte en su oreja.

Desde luego, podría pensarse en el peligro de que se unieran todos, y conspiraran contra la república. Pero para ello, sería imprescindible que los esclavos de un distrito se comunicaran con los de los demás distritos, y los interesaran en el asunto. Y es tan difícil coordinar una conspiración que los demás no querrán ni escuchar hablar de ello. Menos aún se atreverán a informar del plan a sus compañeros de cautiverio, pues ya saben cuán peligroso es ocultarlo, y cuán provechoso es

delatarlo. Por otra parte, nadie ha perdido la esperanza de llegar a recuperar la libertad si acepta su castigo con espíritu obediente y resignado, y si da muestras de querer reformar su vida en el futuro. En verdad, todos los años una cantidad de convictos recupera la libertad que se han merecido por virtud de su conducta sumisa.

Al terminar mi relato agregué que no veía razón para que este método no pudiese ser adoptado en Inglaterra con provecho mayor que el del sistema de justicia que mi oponente había puesto a tan elevada altura. El abogado me replicó:

–Nunca podrá establecerse un sistema así en Inglaterra sin comprometer a toda la república en un serio peligro.

Al tiempo que decía esto, movía su cabeza con un gesto irónico, y después se quedó en silencio. El resto de los presentes asentía. Ahí intervino el Cardenal:

–No es fácil adelantar si resultaría bien o mal, puesto que no hay ninguna experiencia en tal sentido. Si una vez pronunciada la sentencia de muerte, el Rey ordenase que se pospusiera la ejecución, y, limitando los privilegios del santuario, se intentara este nuevo sistema, entonces, si se pudiera probar su utilidad, sería correcto convertirlo en ley. En caso de que fallara, ejecutar en ese momento a los que ya habían sido condenados no sería más dañino para el bien común ni más injusto que hacerlo ahora mismo. Entretanto, no veo qué pueda ocurrir de malo con el intento. Más aún, estoy seguro de que sería provechoso tratar a los vagabundos de manera similar, ya que, a pesar de nuestra severa legislación en su contra, no hemos logrado ningún progreso.

Apenas el Cardenal terminó de hablar, todos comenzaron a alabar las mismas ideas que antes habían recibido con desprecio cuando las había sugerido yo, sólo que poniendo énfasis en lo relativo a los vagabundos, ya que ésa era la parte que había agregado Su Eminencia.

Tal vez sería mejor suprimir lo que sucedió después, porque fue bastante absurdo. Pero lo relataré de todos modos, ya que no fue algo malo en sí mismo, y, de alguna manera, tuvo que ver con lo que se estaba discutiendo.

Diálogo festivo entre un fraile y un bufón

Se encontraba presente uno de aquellos parásitos de los nobles, que trataba de imitar a un bufón, sólo que su imitación era muy cercana a la realidad. Con sus ocurrencias intentaba causar gracia, pero más que de sus bromas, los comensales se reían de su persona. Con todo, de vez en cuando atinaba a dar en el blanco con una observación divertida, confirmando el proverbio que postula que de tanto tirar los dados se termina obteniendo una buena mano. Uno de los invitados dijo:

–La propuesta de Rafael contempla bastante bien la situación de los ladrones. El Cardenal agrega sus precauciones para con los vagabundos. Sólo restaría considerar las medidas de previsión que se deben adoptar para cuidar a aquellos a quienes la enfermedad o la vejez les impide ganarse la vida con su trabajo.

–Con vuestro permiso –se ofreció el parásito–, voy a poner esta cuestión en los términos apropiados. Estoy sumamente ansioso por alejar a esa clase de gente de mi vista. Siempre me molestaron con sus lamentos, aunque, en verdad, nunca acertaron con la melodía que lograra arrancarme del bolsillo una sola moneda. Unas veces, porque no quiero dar, otras, porque no tengo nada. Últimamente han comenzado a ser más astutos. Cuando me ven pasar ya no me dicen nada, y se ahorran el esfuerzo. Ya no esperan nada de mí, no más, por el Cielo, que si fuese un cura secular. Por mi parte, querría una ley que obligara a distribuir a todos los mendigos entre los monasterios benedictinos, y que se los convirtiera en los llamados hermanos laicos. A las mujeres las obligaría a hacerse monjas.

Dicho frecuente entre los mendigos

El Cardenal sonrió y dejó pasar la broma, pero el resto se tomó en serio el asunto. Un cierto fraile teólogo estaba tan divertido con esta burla sobre los curas seculares y sobre los monjes que él, usualmente tan serio, y hasta hosco, empezó también a hacer bromas:

–No –decía–, ni siquiera así te vas a librar de los mendigos, a menos que también adoptes previsiones para nosotros los

–Pero si ya nos hemos ocupado de ustedes –respondió el parásito–. Su Eminencia propuso una medida excelente cuando dijo que los vagos deberían ser obligados a trabajar, porque, vamos, de todos los vagos, ustedes son los peores.

Los comensales, observando de reojo al Cardenal y viendo que éste no tomaba esta broma de peor modo que las demás, comenzaron a reír con ganas, exceptuando al fraile. Éste último, inundado por la avalancha de pullas, se puso tan furioso que comenzó a insultar al bufón. Lo llamó granuja, calumniador, y hasta «hijo de perdición», citando aquel terrible pasaje de las Sagradas Escrituras. Aquí el bufón ya se encontraba en su elemento:

–No te enojes, mi querido fraile. Está escrito: «Con tu paciencia poseerás tus almas»[20].

A los cual respondió el fraile (cito sus mismas palabras):

–No estoy enojado, pájaro de patíbulo, o, al menos, no peco, pues ya dijo el salmista: «Enójate, y no peques».

Que mantenga el decoro

En este punto el Cardenal sugirió gentilmente al fraile que apaciguara sus emociones, pero éste le respondió:

–No, mi Señor, hablo como debo, movido por un buen celo. Pues sólo los hombres santos han tenido este buen celo; y así dice la Escritura: «El celo de tu casa me devora»[21], y las iglesias resuenan con el himno: «Los que se mofaban de Eliseo cuando ascendía hacia la casa de Dios sintieron el celo del calvo», del mismo modo en que lo sentirá este hombre burlón, desdeñoso y procaz.

–Es posible –dijo el Cardenal–, que te anime un sentimiento apropiado, pero creo que actuarías, si no con más santidad,

---

20. El bufón modifica la cita bíblica según su momentánea conveniencia. En verdad, el pasaje, en el cual Cristo anima a sus seguidores a que resistan la persecución, reza: «Vuestra constancia salvará vuestras almas» (Lucas, 21, 19).

21. Salmo 68, 10 (Vulg.).

al menos con más sabiduría si no descargaras tu ira contra el sinsentido de este hombre, evitando provocar un duelo necio con un necio.

–No, mi Señor –replicó–, no sería esa una conducta más sabia. El mismo Salomón, el más sabio de todos los hombres, dice: «Responde al necio según su necedad»[22]. Le estoy mostrando el foso en el que caerá si no toma buen recaudo, pues si aun siendo muchos los que se mofaban de Eliseo, que sólo era un calvo, sintieron su ira, cuánto más no sentirá un solo bufón que se mofa de muchos frailes, entre los cuales se cuentan varios calvos. Además, tenemos la bula papal que decreta la excomunión de todo aquel que se burle de nosotros.

El Cardenal comprendió que la discusión sería interminable, y despidió con un gesto al parásito, al tiempo que, con sumo tacto, cambiaba el rumbo de la conversación. Poco después, se levantó de la mesa, y, dirigiéndose hacia la audiencia en la que tomaba las peticiones diarias de su gente, dio el encuentro por terminado.

–Mira, mi querido Moro, el pesado relato con que te he cargado. Habría tenido vergüenza de contártelo todo si no me lo hubieses pedido con tanta insistencia, y si no lo hubieses escuchado con tanta atención, sin perderte nada. En verdad, debería haber sido un poco más conciso, pero pensé que con los detalles podría darte una idea cabal de la actitud que tuvieron los que al principio habían mostrado su rechazo por todo lo que dije, pero que luego, al ver que el Cardenal no lo desaprobaba, cambiaron su juicio, y, en su afán de adularlo, comenzaron a festejar las bromas del parásito, a quien su amo no hacía callar. A partir de esta reacción podrás juzgar qué poca atención prestarían en la Corte a mi persona y a mis consejos.

–Con seguridad, mi querido Rafael –comenté–, que me has dado un gran placer, pues todo lo que has dicho ha sido inteligente e ingenioso. Además, mientras te escuchaba no

---

22. Prov. 26, 5.

solamente sentí que volvía a estar en mi tierra natal, sino también que volvía a mi juventud, tan dulcemente me recordaste al Cardenal, a cuya Corte ingresé de niño para educarme. Veo que eres devoto de su memoria, y no te imaginas cuánto más de lo mucho que ya me siento apegado a ti me acerca esto a tu persona. De todas maneras, mantengo mi forma de pensar, y sigo creyendo que, ya que no es posible persuadirte para que ilumines las cortes de los reyes con tu presencia, al menos podrías contribuir al bienestar de la república con tus consejos. Esta última es la parte más importante de tu deber, como del de todo hombre de bien. Tu autor favorito, Platón, opina que las repúblicas sólo alcanzarán la felicidad cuando los filósofos se conviertan en reyes, o los reyes en filósofos.[23] ¡Qué lejos quedará la felicidad si los filósofos no se dignan siquiera a impartir sus consejos a los reyes!

–No son tan mezquinos –respondió– como para no estar bien dispuestos a hacerlo (en verdad, ya muchos lo han hecho al publicar sus libros), siempre que los gobernantes estén dispuestos a escucharlos. Pero, sin duda, Platón tenía razón al anticipar que si los reyes no se volvían hacia la filosofía nunca admitirían el consejo de los filósofos de la corte, porque desde la juventud se los satura e infecta con ideas equivocadas. Esta verdad la tomó de su propia experiencia con Dionisio. Si yo propusiera medidas beneficiosas a algún rey y tratara de arrancar de su mente las semillas del mal y de la corrupción, ¿no crees que intentarían desterrarme, o, al menos, ponerme en ridículo?

Supón, por un momento, que integro el consejo privado del rey de Francia. Se hacen reuniones en el máximo secreto; el círculo de sus consejeros más astutos, presidido por el rey en persona, analiza en conjunto las maquinaciones que le permitirán mantener el dominio sobre Milán y recuperar el control sobre Nápoles, que le viene siendo esquivo; de

De modo encubierto, exhorta a los galos a que no intenten conquistar Italia

23. Rep. 5, 473.

allí, avanzar sobre Venecia y subyugar así a toda Italia; luego, anexar Flandes, Brabante y, finalmente, todo Burgundy, junto con la usurpación del territorio de otras varias naciones.

En estas reuniones, uno aconseja que se firme un tratado con los venecianos, que durará tanto como el rey juzgue conveniente, que se les informe de las intenciones de Su Majestad, y que, incluso, se los haga depositarios de parte del botín, el cual podrá ser reclamado cuando todo haya sucedido de acuerdo con lo planeado. Otro recomienda que se contraten mercenarios alemanes, aquél, que se aplaque a los suizos con dinero, y el de más allá, que se repare con una oferta razonable en oro la majestad ofendida del Emperador. Otro más opina que se debería llegar a un acuerdo con el rey de Aragón, y que, como prenda de paz, se le debería ceder el reino de Navarra, que pertenece a un tercero. Y todavía hay uno que propone que el príncipe de Castilla sea tentado con la posibilidad de una alianza matrimonial y que algunos nobles de su corte sean trasladados al lado francés con una pensión fija.

Mercenarios suizos

Mientras tanto, subsiste la cuestión más compleja de todas: ¿qué se debe hacer con Inglaterra? Todos concuerdan en que deberían iniciarse negociaciones de paz, en que debería fortalecerse con nuevos lazos una alianza que siempre ha sido débil, y en que se debería llamar amigos a los ingleses, al tiempo que se sospecha de ellos como enemigos. Se debería avisar a los escoceses y prepararlos para la primera oportunidad de volverse contra los ingleses. Más aún, se debería tomar contacto con algunos nobles exiliados en secreto –ya que los tratados lo prohíben– y apoyar su reclamo por la corona, de modo que Francia pueda tener bajo control a un rey en el que no confía.

En una reunión así, digo, en la que personas tan distinguidas se esmeran y rivalizan unas con otras por presentar propuestas bélicas, ¿qué pasaría si un sujeto insignificante como yo se levantara y aconsejara lo contrario? Supón que dijera que debe dejarse en paz a Italia. O que argumentara que no debemos excedernos de nuestros límites, porque el reino de Francia es

ya demasiado extenso para que pueda ser bien gobernado por un solo hombre, y el rey no debería soñar con incorporar nuevos dominios. Supón, entonces, que les cuento las decisiones que tomaron los acorianos, que poblaban la región continental que queda al sud-sudeste de la isla de Utopía.

Ejemplo que se ha de tomar en cuenta

Sucedió una vez que habían ido a la guerra para obtener un reino del cual su rey pretendía ser heredero legítimo en virtud de un antiguo lazo de matrimonio. Lograda la conquista, comprendieron que no les costaría menos trabajo mantenerlo que el que les había costado conseguirlo. Nunca dejaban de brotar en el pueblo así adquirido semillas de rebelión interna, o de invasión externa. Vieron que tendrían que pelear constantemente por ellos o contra ellos, y que estarían obligados a mantener un ejército permanente. Mientras tanto, eran saqueados por impuestos excesivos, su dinero era llevado a otro país, vertían su sangre por la pequeña gloria de otro, la paz no estaba más próxima que antes, la guerra minaba la moral interna, la inclinación al robo se estaba convirtiendo en una segunda naturaleza, las matanzas de la batalla estimulaban las conductas criminales y las leyes eran despreciadas. Todo ello porque el Rey, ocupado con la carga de dos reinos, no podía atender con propiedad a ninguno.

Finalmente, viendo que no había otro modo de terminar con estos desarreglos, se reunieron en consejo, y con toda cortesía pidieron a su rey que se decidiera por alguno de los dos reinos. No podía mantener ambos, le dijeron, porque era demasiada gente para ser gobernada por medio rey, así como nadie querría compartir con otro los servicios de un mulero. El valiente rey, entonces, se vio obligado a contentarse con su propia tierra, y dejó la nueva en manos de uno de sus amigos, el cual, poco después, fue derribado.

Más todavía, supón que yo demostrase que todo este afán bélico, con el que el rey de Francia estaba conmocionando a tantas naciones, después de drenar todos sus recursos y de destruir a su pueblo, terminaría en nada, y que, en consecuencia,

más le valdría cuidar de su reino ancestral, y tratar de hacerlo tan próspero y floreciente como fuese posible, amando a sus súbditos y siendo amado por éstos, viviendo entre ellos y gobernándolos con dulzura, y abandonando todo propósito sobre otros reinos, dado que ya poseía más de lo suficiente. ¿Qué recepción crees que tendría, mi querido Moro, un discurso como éste?

–Sin duda, ninguna muy favorable –admití.

–Bien; prosigamos, entonces –continuó–. Imagina a los consejeros de algún rey discurriendo con él sobre el modo de aumentar su tesoro. Uno pondera el valor del dinero cuando tiene que pagar, y lo desprecia cuando tiene que recibirlo, con la doble ventaja de que puede saldar una deuda grande con una suma pequeña y puede recibir una suma grande por el pago de una deuda pequeña. Otro sugiere que se finja una guerra como pretexto para recaudar abundantes impuestos y luego, cuando sea conveniente, que se anuncie la paz con ceremonias solemnes, para que las gentes simples del pueblo crean que su compasivo monarca quiso detener el derramamiento de sangre humana.

Otro consejero le recuerda a su rey cierta ley antigua y roída por las polillas, que ha dejado de aplicarse, y que, olvidada por todos, es continuamente transgredida. Su Majestad debería disponer multas para penar la transgresión, ya que no existe fuente de recursos más abundante y más honorable que la que se presenta con la máscara de la justicia. Otro más recomienda que se prohíban, con fuertes penalidades, muchas prácticas, y, especialmente, aquellas que perjudican al pueblo. A continuación, se podrán vender dispensas a aquellos a quienes la prohibición haya afectado en sus intereses. De este modo se gana con facilidad el favor del pueblo y se obtiene un doble beneficio: en primer lugar, cobrando las multas a los que, por ambición, violaron la disposición, y, en segundo lugar, vendiendo privilegios. A no dudarlo, cuanto más alto sea el precio, mejor quedará el rey, que aparecerá como si detestara tener que ceder a un súbdito privado un privilegio

que es contrario al bienestar general, y que solamente lo hace a cambio de una compensación muy alta.

Otro lo persuade de que debería tener de su lado a todos los jueces, para que en cada proceso fallen en favor de la Corona. Debería instalarlos en palacio e invitarlos a debatir sus asuntos en su presencia. Nunca habrá un caso tan evidentemente injusto en el que alguno de ellos, por deseo de no contradecirlo, por vergüenza de repetir la opinión de algún otro, o simplemente por conseguir su favor, no logre idear una voltereta con la que pervertir el sentido de la ley. Cuando los jueces debatan e intercambien opiniones sobre una cosa que en sí misma es tan clara como la luz del día, y cuando la misma verdad sea objeto de duda, el rey dispondrá de una opción que le permita interpretar la ley en favor de su propio interés. Todos prestarán su asentimiento, por vergüenza o por miedo. Luego, se comunicará solemnemente la decisión desde el estrado. Nunca faltará, por lo demás, un pretexto para fallar en favor del rey. Para esto le bastará al juez que le asistan, o bien la equidad, o bien la letra de la ley, o bien algún significado retorcido de la palabra escrita, o, lo que en última instancia supera el poder de toda ley y de todo juez decente, la indisputable prerrogativa real.

Un dicho de Craso

Todos los consejeros aceptan y suscriben la famosa máxima de Craso: no hay oro suficiente para el gobernante que tiene que mantener un ejército. Más aún, el rey, por más que quiera, no tiene cómo provocar daño alguno, porque es dueño de todo lo que los hombres poseen, así como de los hombres mismos, y sólo pertenece a un particular aquello que la gracia de su rey no le ha quitado. Es de sumo interés para el rey que esto último sea lo más pequeño posible, ya que su garantía consiste en el hecho de que el pueblo no se vuelva insolente con la riqueza y la libertad. Estos bienes los hacen menos pacientes para soportar órdenes duras e injustas, mientras que, por otra parte, la pobreza y la necesidad doblegan su alma, los vuelven pacientes y eliminan en los oprimidos el espíritu amplio de la rebelión.

En este punto, supón que me volviera a levantar y dijera

que consejos de esta clase son a la vez deshonrosos y peligrosos para el rey, puesto que no solamente su honor, sino también su seguridad personal depende más de la riqueza del pueblo que de la suya propia. Supón que demostrara que al rey se lo elige para beneficio del pueblo y no del rey mismo, para que su labor y su esfuerzo les procure una vida buena, libre del mal y de la injusticia. Que, por esta misma razón, corresponde al rey cuidar más del bienestar de su pueblo que del suyo propio, así como corresponde al pastor, en tanto pastor, alimentar antes a sus ovejas que a sí mismo.

Los meros hechos revelan que están completamente equivocados al pensar que la pobreza del pueblo es garantía de paz. ¿Dónde encontrarás más peleas que entre los mendigos? ¿Quién es más propenso a la rebelión que el que se encuentra disconforme con su modo presente de vida? ¿Quién se dispone con mayor temeridad a producir disturbios, con la esperanza de obtener ventajas de una forma o de otra, que el que no tiene nada que perder? Si un rey resulta tan despreciable o tan odioso para sus súbditos que no puede mantener el dominio más que con malas artes, con el saqueo y con la confiscación, reduciéndolos a la mendicidad, seguramente será mejor para él renunciar al trono antes que conservarlo con tales medios, medios que tal vez le permitan conservar el nombre de la autoridad, pero que le hacen perder su majestad. No es propio de la dignidad de un rey ejercer su autoridad sobre una multitud de mendigos, sino sobre un conjunto de hombres prósperos y felices. Este era, sin duda, el sentir de aquel espíritu noble y amplio, Fabricio, que dijo que prefería gobernar un pueblo rico antes que ser rico él mismo. No hay duda de que una persona que disfruta, ella sola, de una vida de placer y autoindulgencia mientras la rodean los sollozos y los lamentos de los demás, más que guardar un reino, está vigilando una prisión.

Podemos decir, en suma, que así como es incompetente el médico que no logra curar una enfermedad sin provocar otra, así también debe admitirse que no sabe cómo gobernar a hombres libres el que sólo puede reformar la vida de los

ciudadanos privándolos de las cosas buenas de la vida.

El rey, por su parte, haría bien en corregir su propia indolencia y arrogancia, pues, por lo general, estos dos vicios hacen que su pueblo lo desprecie o lo aborrezca. Que viva de lo que es suyo, sin dañar a nadie. Que adecue sus gastos a sus entradas. Que controle el desorden y el delito, y que, educando correctamente a sus súbditos, impida preventivamente la difusión de prácticas que, de otro modo, se verá después obligado a castigar. Que no se apure por aplicar leyes que han caído en desuso, especialmente aquellas que, olvidadas hace tiempo, ya nadie echa de menos. Que nunca tome en compensación por daños nada que una corte le impediría tomar a una persona privada, porque eso sería un acto de astucia tortuosa.

Admirable ley de los macarianos

¿Qué pasaría si les comentara la ley de los macarianos,[24] un pueblo cercano a Utopía? Su rey, el primer día en que asume el oficio, debe jurar con solemnes sacrificios que nunca habrá en sus arcas más que mil libras de oro, o su equivalente en plata. Ellos dicen que esta ley fue instituida por un rey muy bueno, que se ocupaba más de los intereses de su país que de su propia riqueza, con el objeto de impedir que el tesoro real acumulara tanto dinero como para provocar escasez entre la gente. Comprendió que esa suma era suficiente para que un rey pudiera enfrentar una rebelión, o una invasión extranjera. No lo era, sin embargo, como para animarse a intentar la conquista de otras tierras. Esto último era el propósito principal de la legislación. El segundo objetivo era el de prever cualquier merma circunstancial de dinero en las transacciones cotidianas de los ciudadanos. Pensaba, también, que, dado que el rey estaba obligado a desprenderse de toda suma que excediera el límite fijado por la ley, nunca tendría ocasión de cometer injusticia.

Proverbio

Un rey así sería temido por los malvados y amado por los bondadosos. Para decirlo de

24. Del griego, *mákar*, bienaventurado.

una vez, si yo tratara de proponer estas ideas y otras similares a hombres tan inclinados hacia lo contrario, estaría contando mi historia a los sordos.

–No dudo de que así sería –acordé con él–, y tampoco me sorprende. A decir verdad, yo tampoco creo que debas arrojar esta clase de ideas o de consejos sobre la cabeza de gente que ya sabes de antemano que nunca las escuchará. ¿Qué beneficio podrían causar estas ideas novedosas, cómo podrían penetrar en la mente de personas que ya han sido tomadas por convicciones contrarias? En el coloquio familiar entre amigos cercanos esta filosofía escolástica no carece de encanto, pero en el Consejo del Rey, donde se debaten grandes asuntos con suma autoridad, no hay lugar para tales consideraciones.

Filosofía escolástica

–Esto es, justamente, lo que yo quería significar hace un momento –me respondió– al decir que entre los gobernantes la filosofía no tiene lugar.

–Bien –indiqué–, eso es cierto, pero para la filosofía escolástica, que cree que cualquier cosa es adecuada para cualquier sitio. Pero existe otra filosofía, más política,[25] que reconoce el escenario, se adapta al libreto, y desempeña su papel de un modo honesto y adecuado. Esta es la filosofía que deberías cultivar. De lo contrario, tendríamos el caso de una comedia de Plauto, con sirvientes y esclavos lanzándose pullas triviales, en la que, de improviso, entras tú a escena, caracterizado como filósofo, y recitando aquel pasaje de la *Octavia*, en el que Séneca discute con Nerón. ¿No habría sido preferible asumir el rol de un personaje sin palabras antes que recitar un texto absolutamente inapropiado, provocando una mezcla sin sentido de tragedia con comedia? Estarías perturbando y arruinando una representación en curso con una intervención irrelevante, por más elevada que pueda

Admirable comparación [δμοίωσις mira]

Personaje mudo [κωφὸν πρόσωπου]

25. «Sed est alia philosophia civilior».

ser en sí misma tu contribución. Cualquiera sea el tipo de obra, debes representar tu personaje tan bien como puedas, y no debes echarla a perder simplemente porque crees que hay otra que reviste mayor interés.

Con las cosas de la república, y en el Consejo de los monarcas es lo mismo. Aunque no puedas extirpar de raíz opiniones equivocadas, aunque no puedas modificar según el dictado de tu córazón vicios establecidos de antiguo, aun así debes evitar desertar de la república. No se debe abandonar la nave en medio de la tempstad sólo porque no consigues dominar los vientos.

Por otra parte, tampoco debes forzar a las personas a que acepten ideas nuevas y extrañas, opuestas a sus convicciones. Por el contrario, debes tratar de acercarte por la vía indirecta, manejando las cosas con cuidadoso tacto. Lo que no puedas volver bueno, debes al menos tratar de que sea lo menos malo posible. Para que todo esté perfectamente bien sería necesario que todos los hombres fueran buenos, condición ésta que no tengo grandes esperanzas de que acontezca hasta dentro de mucho tiempo.

–Con esta vía tuya –me respondió–, sólo conseguiré compartir la locura de los lunáticos mientras trato de que se curen. Si hemos de atenernos a la verdad, es necesario que hable de la manera que te describí. Por lo que sé, puede que decir falsedades sea el parlamento de un filósofo, pero por cierto que no es el mío. A pesar de que mi texto puede ser mal recibido por esos consejeros, y caerles desagradable, sigo sin entender por qué tiene que resultar ridículo hasta el punto de la necedad.

Instituciones de los utopienses

¿Qué pasaría si les comentara el tipo de cosas que Platón ideó para su república, o que los utopienses llevan a la práctica en la de ellos? Aunque estas instituciones fueran superiores (y a no dudarlo que lo son), sin embargo parecerían ridículas porque, mientras que aquí existe el derecho de propiedad privada, allí todas las cosas son comunes.

A las personas que ya se han decidido a marchar por el

camino opuesto, nunca les caerá bien uno que les haga señas para que vuelvan y les señale los peligros que hay más adelante. Pero, dejando de lado este aspecto, ¿qué hay en mi discurso que no sea apropiado u obligatorio para ser difundido en todo lugar? Si hemos de abandonar por inusuales o absurdas todas las cosas que la moral pervertida de los hombres ha terminado haciendo que parezcan extrañas, entonces los cristianos deberemos hacernos los distraídos con todas las doctrinas de Cristo. Pero el caso es que Él nos prohibió tal disimulo, porque su mandato fue, justamente, que lo que Él musitó a oídos de sus discípulos debía ser proclamado abiertamente desde los techos de las casas.[26] La mayor parte de sus enseñanzas está mucho más alejada de la moral de la especie humana que el contenido de mi discurso. Pero los predicadores, hombres astutos, al ver que a la gente le disgustaba profundamente ajustar su moral a la regla de Cristo, y siguiendo, supongo, tu consejo, acomodaron su doctrina a la moral de la gente, como si se tratase de una regla de plomo blando, que se puede deformar hasta que ambos bordes coincidan. No veo qué es lo que se ha ganado con este método, exceptuando el hecho de que ahora los hombres pueden ser malos sin sentirse incómodos.

El avance que se lograría si yo fuese al Consejo de los príncipes sería igualmente magro. Pues debería sostener, o bien una opinión diferente, lo cual equivaldría a no poder expresar ninguna, o bien una igual al resto, y entonces, como dice el Mición de Terencio, estaría alentando su locura. En cuanto a esa vía indirecta tuya, no logro ver su conveniencia. Entiendo que me aconsejas que intente, si no puede hacerse todo bien, que, al menos maneje la situación con tacto y, en la medida de mi capacidad, trate de que las cosas se hagan lo menos mal que sea posible. Pero en la corte no hay lugar para el disimulo, y tampoco puede uno allí cerrar los ojos. Se deben aprobar abiertamente los peores consejos y suscribir los decretos más

---

26. Mateo 10, 27; Lucas 12, 3.

ruines. Alguien que diera apenas un apoyo tibio a los consejos viles sería considerado un espía, y hasta un traidor.

Más aún, no hay manera de hacer algún bien, porque te encuentras rodeado de colegas que corromperían con facilidad al mejor de los hombres antes de que se los pueda reformar. En esta compañía vil, o bien serías seducido, o bien, conservando la integridad y la inocencia, serías blanco de las pullas y del desprecio de los demás. De modo que ya puedes ver qué lejos llegarías con tu vía indirecta.

Por esta razón, Platón demuestra con una comparación muy fina por qué los filósofos están en lo correcto cuando se abstienen de participar en la administración de la república. Ven cómo las personas salen a las calles y se empapan con la lluvia constante, y sin embargo no pueden persuadirlas de que se metan adentro y se cubran de la tormenta. Saben que, si salen ellos también, no lograrán nada bueno, más que empaparse junto con el resto. Por tanto, ya que no pueden remediar la locura de los demás, se quedan a cubierto y se contentan con no mojarse.[27]

Con todo, mi querido Moro, para decirte con candidez lo que siente mi corazón, me parece evidente que dondequiera que haya propiedad privada y donde todos los hombres midan todas las cosas por su precio en efectivo, será prácticamente imposible que una república tenga justicia o prosperidad, a menos que creas que es justo que todas las mejores cosas fluyan hacia las manos de los peores ciudadanos, o que es signo de prosperidad que pocos se repartan todo. Y ni siquiera esos pocos podrán vivir tranquilos mientras los demás padecen la miseria.

En consecuencia, cuando en mi corazón considero las muy sabias y sagradas instituciones de los utopienses, que, con muy pocas leyes, disponen las cosas de modo tan apropiado que la virtud es recompensada y que, con una distribución equitativa, permiten que todos los hombres tengan de todo y

27. Pl. Rep. 6, 496.

en abundancia, y cuando comparo su política con la de tantas naciones del resto del mundo, donde siempre aparecen nuevas ordenanzas sin que se logre un orden correcto, naciones en las que un hombre llama su propiedad privada a todo lo que haya adquirido, pero en las que todas estas leyes, burladas a diario, no son suficientes para que alguien pueda conservar sus bienes, o defenderlos, o siquiera distinguirlos de los de otro que, a su vez, se los quiera disputar (cosa que se corrobora fácilmente por los innumerables, siempre renovados e interminables litigios judiciales), cuanto más considero, repito, todas estas cosas, más cercano me siento de Platón, y menos me sorprende que se haya negado a elaborar leyes para los pueblos que rechazaran una legislación que dispusiera para todos una participación igual en el disfrute de todos los bienes.

Este hombre sabio, seguramente, previó que la única vía para el bienestar general consiste en la preservación de la igualdad en todos los aspectos. Y dudo mucho de que esto último pueda suceder donde cada uno tenga la propiedad exclusiva de todo cuanto posee. Allí donde cada hombre pretende la propiedad absoluta de todo lo que consiga tener en su poder, por más abundantes que sean los bienes, éstos sólo serán disfrutados por un puñado, que dejará al resto en la miseria. Sucede así, por lo general, que cada clase termina viviendo un destino que merecería la otra, ya que los ricos son codiciosos, inescrupulosos e inútiles, mientras que los pobres, que son discretos y simples, benefician mucho más a la república que a sí mismos con su labor cotidiana. Estoy plenamente persuadido de que no habrá distribución justa y equitativa, y tampoco felicidad en los asuntos humanos hasta que la propiedad privada sea absolutamente abolida. Mientras ésta perdure, la gran mayoría y, a la vez, la mejor parte, de la humanidad seguirá soportando una pesada e ineludible carga de pobreza e infortunio.

Admito que esta carga podría llegar a aligerarse, pero sostengo que nunca será eliminada por completo. Se podría, tal vez, sancionar una disposición que prohibiera a las personas

poseer más de una cierta extensión de tierras, o tener una entrada de dinero mayor que una cierta suma. Se podría legislar para que el rey no fuera demasiado poderoso, o el pueblo demasiado insolente. De modo semejante, los cargos públicos no serían solicitados mediante presentes, ni puestos a la venta, ni cubrirían extravagantes gastos personales. Se evitaría, así, que surgiera, en primer lugar, la tentación de incluir en ellos, mediante fraude y saqueo, los gastos privados, y, en segundo lugar, la necesidad de designar en dichos cargos solamente a hombres de fortuna, cuando sería mejor pensar para ello en hombres capaces. Con esta clase de legislación, sostengo, estos males podrían llegar a aliviarse y a hacerse menos agudos, como sucede con los cuerpos que soportan una enfermedad ya incurable, pero que subsisten por efecto de la administración continua de medicinas. Pero no habrá esperanza de cura y de retorno a una condición verdaderamente saludable mientras los particulares sigan siendo amos absolutos de sus propiedades. Con ese esquema, al tratar de curar a una parte, se está empeorando a la otra, y, en verdad, la mejoría de un miembro siempre provoca la enfermedad de otro cuando sólo se puede dar al primero lo que se le quita al segundo.

–Sin embargo –me aventuré a decir–, yo soy de la opinión contraria. La vida no puede ser satisfactoria donde todas las cosas son comunes. ¿Cómo podrá haber suficiente cantidad de recursos si cada uno le escatima su esfuerzo a la tarea de producción? Los hombres no tendrán la motivación de la ganancia personal y se volverán indolentes al descansar en la industria de los demás. Más todavía, cuando el pueblo se vea aguijoneado por la necesidad y ni aun entonces se permita que cada cual retenga legalmente para sí lo que haya ganado, ¿no crees que habrá un riesgo constante de revuelta y de violencia? Y esto será así desde el momento en que se habrá eliminado la autoridad de los magistrados y el respeto por sus cargos, porque, en verdad, no logro concebir cómo puede haber autoridad y respeto entre hombres de una única condición.

–No me sorprende –me respondió–, que veas las cosas de

esta manera, puesto que no tienes ninguna imagen de lo que te cuento, o, si la tienes, es falsa. Deberías haber estado conmigo en Utopía, y haber visto personalmente, tal como yo las vi, sus maneras y sus costumbres, pues viví entre ellos más de cinco años, y nunca habría querido dejarlos, de no haber sido por la necesidad de dar a conocer el nuevo mundo. En ese caso, digo, admitirías sin reparos no haber conocido nunca un pueblo tan bien ordenado.

–Pero ni aun así –objetó Pedro Giles– te resultará sencillo convencerme de que en el nuevo mundo hay un pueblo mejor ordenado que los que hay en el que conocemos. Imagino que en este último hay espíritus igualmente excelentes, como así también repúblicas más antiguas que las que pueda haber en el nuevo mundo. En estas repúblicas, la vida humana se ha visto beneficiada por una experiencia muy prolongada, y esto sin mencionar los descubrimientos que han tenido lugar entre nosotros, y que ninguna mente humana pudo siquiera imaginar.

–En cuanto a la antigüedad de las repúblicas –contestó–, tendrías una opinión más fundada si hubieses leído los relatos históricos de aquel mundo. Si hemos de darles crédito, ya había ciudades entre ellos antes de que hubiese hombres entre nosotros.[28] Además, todo invento de la inteligencia, o todo hallazgo de la suerte, pudo haber sucedido tanto allí como acá. Sin embargo, tengo por seguro que, aunque podamos superarlos en agudeza mental, somos muy inferiores a ellos en cuanto a la constancia y la industriosidad.

De acuerdo con sus crónicas, hasta el momento de nuestro desembarco nunca habían tenido noticia de nuestras actividades (ellos nos llaman los ultra-equinocciales), exceptuando una vez, hace mil doscientos años, en que una nave desviada por la tempestad encalló en la isla de Utopía. Eran unos romanos y egipcios, que naufragaron en sus costas y se quedaron para

---

28. Literalmente: «... prius apud eos erant urbes, quam homines apud nos...»

siempre en la isla. Observa ahora cómo aprovecharon los utopienses esta oportunidad. No quedó arte útil del Imperio de Roma que ellos no aprendieran de los extranjeros del barco encallado, o que no terminaran descubriendo por sí mismos una vez que hubieron adquirido los principios de su ciencia, tanta fue la ventaja que obtuvieron de la única vez que unos pocos hombres de nuestras playas desembarcaron en las de ellos.

Pero si un azar similar ha traído a alguien desde sus costas a las nuestras, el hecho ha sido olvidado de forma tan completa como seguramente será olvidado por las futuras generaciones el hecho de que yo una vez he estado allí. Y, del mismo modo en que ellos, con un solo encuentro, se apropiaron inmediatamente de todos nuestros avances, supongo que pasará mucho tiempo antes de que adoptemos siquiera alguna de las prácticas que funcionan mejor allá que acá. Esta es la razón principal, creo yo, por la cual, a pesar de que no somos inferiores a ellos ni en inteligencia ni en recursos, sin embargo su república está más prudentemente administrada y florece con más felicidad que la nuestra.

–Si es así, mi querido Rafael –dije–, te ruego y hasta te imploro que nos ofrezcas una descripción de aquella isla. No seas parco; preséntanos por orden el territorio, los ríos, las ciudades, sus habitantes, sus tradiciones, sus costumbres, sus leyes, en suma, todo aquello que creas que nos gustaría saber. Anda pensando que queremos conocer todo cuanto aún ignoramos.

–Nada me dará más placer –declaró–, ya que tengo los hechos bien a la mano. Pero la descripción nos tomará un tiempo.

–En tal caso –sugerí–, vayamos primero a cenar. Ya luego podremos tomarnos todo el tiempo que queramos.

–Aceptado –me respondió.

Así, pues, que nos levantamos y entramos a cenar. Después volvimos al mismo lugar, nos sentamos en el mismo banco, y dimos orden a los sirvientes de que nadie nos interrumpiera. Pedro Giles y yo instamos a Rafael a que cumpliera lo prometido. En cuanto a él, al vernos tan dispuestos y ansiosos por

escucharlo, se quedó callado unos instantes, y luego comenzó a relatarnos lo que sigue.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBER PRIMVS.

greſſu quicquid à nobis cõmode inuentum eſt, fecerunt ſuum: Sic diu futurum puto, priuſquã nos accipiamus quicquam, quod apud illos melius quàm nobis eſt inſtitutum. Quod unum maxime eſſe reor in cauſa, cur quum neq; ingenio, neq; opibus inferiores ſimus eis, ipſorum tamen res quàm noſtra prudentius adminiſtretur, & felicius efloreſcat. Ergo mi Raphaël inquam, quæſo te atq; obſecro, deſcribe nobis inſulam. nec uelis eſſe breuis, ſed explices ordine agros, fluuios, urbes, homines, mores, inſtituta, leges, ac deniq; omnia, quæ nos putes uelle cognoſcere. putabis autem uelle quicquid adhuc neſcimus. Nihil, inquit, faciam libentius, Nam hæc in promptu habeo, ſed res ocium poſcit. Eamus ergo inquam, intro pranſum, mox tempus noſtro arbitratu ſumemus. Fiat inquit. Ita ingreſſi prandemus, pranſi, in eundem reuerſi locum, in eodem ſedili conſedimus, ac iuſſis miniſtris, ne quis interpellaret, ego ac Petrus Aegidius hortamur Raphaelẽ, ut præſtet quod erat pollicitus. Is ergo ubi nos uidit intentos atq; auidos audiendi, quum pauliſper tacitus & cogitabundus aſſediſſet, hunc in modũ exorſus eſt.

PRIMI LIBRI FINIS.

SERMONIS QVEM

RAPHAËL HYTHLODAEVS DE OPTIMO REIP. STATV HABVIT, LIBER SECVNDVS, PER THOMAM MORVM CIVEM ET VICECOMITEM LONDINENSEM.

*

Sit⁹ & forma Vtopiæ nouæ insulæ.

VTOPIENSIVN INSVLA in media sui parte (nam haec latissima est) millia passuũ ducẽta porrigitur, magnũq; per insulæ spacium nõ multo angustior, fines uersus paulatim utrinq; tenuatur. hi uelut circumducti circino quingentorum ambitu mil lium, insulam totam in lunæ speciem renascentis effigiant. Cuius cornua fretum interfluens, millibus passuum plus minus undecim diriimit, ac per ingens inane diffusum, circumiectu undiq; terræ prohibitis uentis, uasti in morem lacus stagnans magis quàm sæuiens, omnẽ propè eius terræ aluũ pro portu facit. magnoq; hominum usu naues quaquà uersus transmittit. fauces hinc uadis, inde saxis formidolosæ. In medio fermè interstitio

DISCURSO DE RAFAEL HITLODEO SOBRE EL ESTADO ÓPTIMO DE UNA REPÚBLICA

Libro Segundo

por Tomás Moro, *ciudadano y* Vice-sheriff *de Londres.*

La isla de los utopienses tiene en el centro –su parte más ancha– una extensión de doscientas millas, mantiene un poco menos de esa medida durante casi toda su longitud, y se estrecha hacia los extremos. Éstos dibujan un arco de quinientas millas de circunferencia, y confieren a la isla un aspecto como de luna nueva, con cuernos separados por un estrecho de unas once millas, que da entrada a una bahía muy amplia. La tierra que la rodea detiene los vientos, formando así un gran lago, más suave que agitado, lo cual convierte casi todo el centro del país en un puerto capaz de recibir embarcaciones desde todas las direcciones, con gran conveniencia para sus habitantes.

Ubicación y forma de la nueva isla de Utopía

La boca de la bahía es peligrosa, por sus bancos y arrecifes. Casi en el centro hay un peñasco enorme, pero no entraña mayor riesgo porque es visible. Sobre él se construyó una torre, ocupada por un vigía. Los demás accidentes están ocultos bajo el agua, y son muy traicioneros. Sólo los nativos conocen el curso de los canales, y para el extranjero no es nada fácil entrar en la bahía sin la guía de un piloto utopiense. En verdad, la entrada es complicada, aun para ellos mismos, por eso deben guiarse por medio de señales que ponen en la costa. Con sólo cambiarlas de lugar, podrían conducir hacia la destrucción a toda una flota enemiga, por más numerosa que ésta fuera.

Lugar con defensas naturales, cuidado con una sola guarnición

La estratagema de cambiar las señales

En el borde externo de la isla hay muchos puertos naturales. Sin embargo, todo el territorio aparece tan bien protegido, por la naturaleza o por la técnica, que unos pocos defensores bastarían para rechazar a una fuerza poderosa que viniera desde el mar.

Las crónicas antiguas afirman –y así lo confirma la visión sobre el propio terreno– que alguna vez la isla no estuvo totalmente rodeada por las aguas. Utopo, que le dio su nombre al conquistarla (hasta entonces se llamaba Abraxas[29]), y que elevó a sus habitantes rústicos y rudos hasta el grado de perfección en civilidad y humanidad que hoy los hace superiores a casi todos los demás mortales, obtuvo una victoria apenas pisó la tierra. Y entonces ordenó una excavación de quince millas en el lado en que la península comunicaba con el continente, para que el mar la rodeara por completo. Para evitar que los nativos tomaran el trabajo como una desgracia, ordenó también a sus propios soldados que colaboraran en la tarea. Distribuida la labor entre tantos brazos, la empresa se terminó con increíble rapidez, y maravilló y aterró a los pueblos vecinos, que al principio se habían burlado del proyecto.

La isla se llama Utopía por el jefe Utopo

Esta tarea fue más ardua que cortar el istmo

Se hace fácilmente lo que es común a todos

En la isla hay cincuenta y cuatro ciudades, todas ellas espaciosas y magníficas, idénticas en idioma, tradiciones, costumbres y leyes. También son similares en el trazado, y –tanto como permite la naturaleza del terreno– en apariencia. Nunca distan de la más cercana menos de

Las ciudades de la isla de Utopía

El parecido favorece la concordia

---

29. Abraxas, término secreto que refiere a lo divino, acuñado por el gnóstico Basílides de Alejandría, cerca del año 130 d. C. La metafísica de Basílides combinaba elementos aristotélicos, estoicos y cristianos. El término Abraxas aparece en el *Elogio de la locura*, donde Erasmo dice que habitarán el cielo de los abraxianos los que se nieguen a vivir la vida de los locos.

veinticuatro millas, pero tampoco están tan aisladas como para que una persona no pueda cubrir el trayecto de una a otra en una sola jornada de andar a pie. Una vez al año, cada ciudad envía tres ciudadanos ancianos y con experiencia para reunirse en Amaurota.[30] En este lugar, ubicado de manera conveniente para todos los distritos en el centro del país, se discuten los asuntos de interés común. Se la considera la ciudad capital, y también la principal.

Entre sí, las ciudades no tienen una gran separación

Las tierras están tan bien asignadas que cada ciudad tiene, al menos, doce millas de campo alrededor. Algunas, en las zonas más alejadas, tienen mucho más. Ninguna ciudad pretende extender su territorio de influencia, pues se consideran menos dueños que agricultores de la tierra que ocupan.

Distribución de los campos

Lo que origina la peste en todas las repúblicas

En todas las zonas rurales hay, distribuidos en intervalos adecuados, establecimientos agrícolas equipados con implementos de labranza. Están ocupados por ciudadanos que viven allí por turnos. Ninguna granja tiene menos de cuarenta hombres y mujeres, además de dos siervos que pertenecen a la tierra. Los dirigen un amo y una señora, de espíritu serio y de edad madura. Por sobre cada grupo de treinta granjas manda un filarca.[31]

El primer cuidado es la agricultura

Una vez al año, en cada establecimiento hay veinte agricultores que regresan a la ciudad, después de haber cumplido allí con dos años de servicio. En su reemplazo, llegan otros veinte, que son instruidos por los que ya tienen un año de antigüedad, y cierta experiencia en las tareas del campo. Ellos, en su momento, instruirán a los nuevos. Se evita de esta manera el peligro de que, por falta de especialización, pueda llegar

---

30. Del griego *amauroton*, «oscurecido, nebuloso».

31. Del griego *phylarchos*, «jefe de tribu».

a haber alguna falla en el suministro de alimentos, cosa que ocurriría si, en un momento dado, fueran todos recién llegados e inexpertos. Este sistema de renovación permanente de agricultores se implementa para impedir que alguien sea obligado contra su voluntad a soportar durante demasiado tiempo una vida de trabajo muy duro, aunque hay muchos que sienten un placer natural en la tarea de campo, y obtienen permiso para quedarse muchos años.

Tareas de los agricultores

La ocupación de los granjeros es cultivar el suelo, alimentar a los animales y recoger leña para llevarla a la ciudad, por tierra o por agua, según convenga más. Con un procedimiento muy ingenioso consiguen alimentar a una cantidad enorme de aves de corral. Son ellos, no las gallinas, quienes, disponiendo una cálida temperatura uniforme, incuban los huevos y les rompen el cascarón. Apenas salidos del huevo, los pollitos siguen a su cuidador humano como si fuese su madre.

Admirable manera de incubar los huevos

Crían pocos caballos, sólo los que tengan un carácter brioso, y los utilizan para ejercitar a los jóvenes en la equitación. Toda la tarea de cultivo y transporte la reservan para los bueyes, inferiores a los caballos en velocidad, pero muy superiores en empuje y constancia, y menos propensos a las enfermedades. Además, gastan menos en forraje y requieren menos cuidados. Cuando ya no pueden trabajar, los usan como alimento.

Empleo de los caballos

Empleo de los bueyes

Comida y bebida

Cultivan grano sólo para hacer pan. Su bebida es el vino de uva, de manzana, o de pera, incluso el agua. Esta última, que a veces beben pura, suelen mezclarla con miel o con regaliz, que tienen en abundancia.

Saben con precisión cuánto alimento consume cada ciudad con sus adyacencias, pero producen, de todos modos, mucho más grano y carne de lo que puedan llegar a necesitar para su propio uso, y distribuyen el excedente entre sus vecinos. Cuando necesitan algo

Producción de grano

que no puede conseguirse en el campo, mandan a buscarlo a la ciudad, y, dado que no tienen que entregar nada a cambio, lo obtienen de los funcionarios municipales sin molestarse en regatear. Muchos de estos últimos suelen ir al campo una vez al mes para descansar.

Cuando viene el tiempo de la cosecha, los poliarcas rurales informan a los funcionarios municipales cuántos ciudadanos van a necesitar. La multitud de braceros, llegada en el momento adecuado, despacha toda la tarea en prácticamente una jornada de buen tiempo.

Valor de la ayuda mutua

De las ciudades, y, en particular, Amaurota

Quien conozca una ciudad las conocerá todas, ya que son tan similares como lo permite el terreno. Podría describir, por tanto, una u otra, pero ¿cuál mejor que Amaurota? En primer lugar, porque es la más importante, ya que en ella se reúne el senado nacional; y, en segundo lugar, porque es la que mejor conozco, ya que he vivido allí durante cinco años.

Descripción de Amaurota, ciudad principal de los utopienses

Bien. Amaurota está ubicada sobre la suave ladera de una colina, y su trazado es casi un cuadrilátero. Desciende casi desde la cima de la elevación hasta la vera del Anhidro,[32] con un ancho de unas dos millas, y se extiende paralela al río un poco más de esa longitud. El Anhidro nace de una fuente no muy grande, ochenta millas arriba de Amaurota; pero lo alimentan varios brazos tributarios, dos de los cuales tienen un caudal considerable, y así alcanza una buena media milla de ancho cuando pasa frente a la ciudad. Después se hace más ancho aún, comienza correr con mayor velocidad durante unas sesenta millas, y desemboca en el océano. A lo largo de su recorrido

Descripción del río Anhidro

---

32. «Sin agua» en griego.

Similar al Támesis de los ingleses

entre la ciudad y el mar, e inclusive ya desde unas millas antes, el flujo y el reflujo de la corriente se alternan cada seis horas. Cuando el mar sube, penetra unas treinta millas por el lecho del Anhidro y lo obliga a retroceder. En todo ese tramo el agua se pone salada, pero a partir de ese punto el río comienza a retomar su frescura, y ya en la ciudad sus aguas corren siempre limpias. Cuando la marea baja, el agua es dulce y pura casi desde la boca misma del río.

En esto, Londres se parece a Amaurota

Hay un puente que comunica la ciudad con la ribera opuesta, pero no se asienta sobre pilares de madera, sino que está magníficamente construido con arcos de piedra. Se sitúa en el extremo de la urbe que está más alejado del mar, y, de esta manera, los barcos pueden pasar a lo largo de la ciudad sin inconvenientes.

Tienen otro río, no demasiado largo, tranquilo y agradable. Surge de la misma colina sobre la que se asienta la ciudad, y la atraviesa por la mitad, para llegar hasta el Anhidro. Los amaurotanos levantaron paredes y fortificaciones

Uso del agua potable

que cubren tanto la boca como la fuente de este pequeño curso de agua, para que, en caso de ataque, los enemigos no puedan interrumpirlo, desviarlo o envenenarlo. Conductos de argamasa distribuyen sus aguas por los diferentes sectores de la ciudad. Donde esto no es posible por la pendiente del suelo, se sirven con igual utilidad del agua de lluvia que recogen en amplias cisternas.

Murallas

La ciudad está rodeada por una muralla alta y gruesa, con torres y almenas a intervalos frecuentes. Un foso seco, pero profundo y ancho, rodea las fortificaciones en tres lados; en el cuarto, el río hace las veces de foso.

Las calles están dispuestas como para que haya buen tránsito y buena protección contra los vientos.

Disposición de las calles

Las edificaciones, muy bien mantenidas, se levantan una al lado de la otra, en filas enfrentadas y separadas por una avenida de veinte pies de ancho. En el fondo de cada casa, a lo

Edificios

largo de toda la cuadra, hay un amplio jardín, encerrado por el fondo de los demás edificios. Cada casa tiene dos puertas: una abre hacia la calle y otra hacia el jardín. Estas puertas son de doble hoja, se abren sin esfuerzo, se cierran solas, y no impiden el paso de nadie. Así, no hay nada allí que sea privado. En verdad, cada diez años las casas mismas se intercambian por sorteo.

Jardines junto a las casas

Esto recuerda a la comunidad de Platón

Sienten mucho apego por sus jardines. Cultivan vides, árboles frutales, hierbas y flores, lozanos como nunca había visto. El celo con que se dedican a ello no se debe solamente al placer que les causa, sino también a las amistosas competencias en las que eligen el jardín más bello. No es posible encontrar en toda la ciudad algo que proporcione a sus habitantes mayor placer y beneficio. Pareciera que el fundador adjudicó a los jardines una importancia suma.

La utilidad de los jardines también era predicada por Virgilio

Las crónicas relatan que, en verdad, el plan de la ciudad ha sido enteramente diseñado por el mismo Utopo. Sin embargo, dejó a la posteridad la tarea de seguir embelleciéndola y agregando los adelantos que el curso de una sola vida no alcanzaría a conocer. Los anales, que abarcan 1760 años, se conservan y se van escribiendo con sumo cuidado. En ellos se lee que, al comienzo, las casas eran bajas, meras cabañas, construidas precariamente con la primera madera que se encontrase a mano, y con paredes de barro. Sus techos, terminados en punta, eran de caña.

Pero en la actualidad todos los hogares son edificios de tres plantas, de apariencia muy agradable. Las paredes son de piedra, cemento o ladrillo, y los huecos se cubren con una mezcla de material. Los techos son planos y están cubiertos con una especie de cemento barato, pero tan bien elaborado que es indemne ante el fuego, y muy superior al plomo para resistir el embate de las tormentas. Las ventanas están protegidas del viento con vidrios (de uso muy común en Utopía), o, en ocasiones,

Ventanas de vidrio o de lino

con un lino traslúcido sumamente fino y resistente, patinado con aceite o con ámbar. Consiguen así un doble beneficio: entra más luz pero el viento se queda afuera.

De los magistrados

Por cada treinta familias, se elige anualmente un magistrado, al que llamaban sifogrante en la lengua antigua, pero que ahora se conoce como filarca. Por cada diez sifograntes hay otro mandatario, antes llamado traníboro, y ahora protofilarca.[33] Todo el cuerpo de sifograntes, en número de doscientos, se reúne para designar como gobernador, mediante voto secreto, al hombre que crean que es el más adecuado. Éste surge de entre cuatro candidatos propuestos por el pueblo ante el senado, uno por cada una de las cuatro secciones de la ciudad.

Traníboro, en la lengua de los utopienses, significa prefecto principal

Modo admirable de designar magistrados

El gobernador electo asume en un cargo que es vitalicio, a menos que se lo expulse bajo sospecha de intentar ejercer la tiranía. Los traníboros se eligen todos los años, pero no son removidos sin una buena razón. Todos los demás cargos duran un año.

La tiranía es detestada en una república bien instituida

Los traníboros tienen reunión de consejo con el gobernador cada tres días, con mayor frecuencia si es preciso. Discuten cuestiones del gobierno y, cuando surgen divergencias, lo cual ocurre poco, las resuelven sin perder tiempo. Siempre admiten en el senado a dos sifograntes, diferentes cada vez. Nada que afecte a toda la ciudad se ratifica si no fue discutido en el senado durante tres días. Es un delito capital hacer acuerdos referentes a asuntos de interés común fuera de los recintos del senado o de la asamblea popular. El propósito

Resuelven rápidamente las controversias, para no prolongarlas indefinidamente de propósito, como se hace ahora

No se estatuye nada de inmediato

---

33. Primero (*proto*) entre los jefes de tribu.

de estas reglas, dicen ellos, es evitar que sea sencillo modificar el orden público y oprimir al pueblo mediante una conspiración entre el gobernador y los tiranos. Por consiguiente, todo lo que se considere importante debe discutirse de cara a la asamblea de sifograntes, quienes, después de informar a sus respectivos grupos de familias, deliberan conjuntamente y elevan su decisión al senado. Algunas veces, la cuestión se lleva ante el Consejo de toda la isla.

Quisiera el cielo que en nuestros días el consejo procediera igual

El senado, además, tiene la costumbre de no debatir ningún tema el mismo día en que éste haya sido propuesto, sino que siempre pospone su tratamiento hasta la próxima sesión. Esto es así para impedir que alguno, después de haber vociferado lo primero que le pasó por la cabeza, tenga que verse obligado a seguir defendiendo su opinión en lugar de considerar lo que sea mejor para el público, y a arriesgar el bienestar de todos antes que su propia reputación por temor a que todos crean que le faltó visión, cuando habría sido mucho mejor que antes de abrir la boca hubiese tenido suficiente visión como para actuar con prudencia y no con precipitación.

Esto es lo que quería significar el antiguo proverbio: «En la noche está el consejo»

De los oficios

La agricultura es común a todos, mientras que nosotros la hacemos recaer sobre pocos

La agricultura es una ocupación común a todos, varones y mujeres sin excepción. Se los instruye en el oficio desde la infancia, en parte mediante indicaciones generales impartidas en la escuela, en parte mediante excursiones recreativas a las granjas cercanas a la ciudad. En estas visitas los niños no se limitan a observar, sino que, como forma de ejercitar el cuerpo, realizan tareas reales.

Además de la agricultura, que, como ya dije, es común a todos, cada cual se forma en su oficio particular. Los más habituales son la elaboración de lana o de lino, la construcción, la herrería o la carpintería. Los que se ocupan en otros

Se enseñan las artes para lo necesario, y no para el lujo

Ropas similares

menesteres no representan una cantidad significativa de la población. En cuanto a las ropas, son del mismo tipo en toda la isla, y han sido así en todas las épocas, aunque con variaciones según el sexo y según la condición de soltero o casado. Son gratas a la vista, permiten movimientos cómodos, y se adaptan al frío y al calor. Cada familia se encarga de coser su propio vestuario.

Cada uno, como ya dije, aprende su propio oficio, tanto los hombres como las mujeres. Estas últimas, por ser el sexo más débil, se ocupan de las tareas menos pesadas, por lo general la lana o el lino. A los varones se les reservan los trabajos más arduos. La mayoría continúa el oficio de sus padres, por una esperable inclinación natural. Pero si alguno se siente atraído por otra ocupación, se lo transfiere a una familia que trabaje en lo que a él le gusta. No sólo su padre sino también las autoridades ponen mucho cuidado en que el joven sea asignado a un jefe de familia serio y honorable. Más todavía, si un joven, después de haber aprendido los rudimientos de una tarea, quiere aprender otra, se le vuelve a dar el mismo permiso. Una vez que ya conoce las dos, se decide por la que prefiera, a menos que la ciudad tenga mayor necesidad de una que de la otra.

No hay ciudadano que no sea experto en algún arte

Que cada cual aprenda el oficio por el que se inclina su naturaleza

Los ociosos deben ser excluidos de la república

Moderar el trabajo de los operarios

La tarea principal y casi única de los sifograntes es cuidar que nadie permanezca ocioso, viendo que cada uno trabaje con esmero, aunque sin tener que penar como una bestia de carga, desde el amanecer hasta bien entrada la noche. Esta desdicha es mucho peor que la esclavitud, pero, excepto en Utopía, es en todas partes la vida normal de los trabajadores. Los utopienses dividen el día y la noche en veinticuatro horas de igual duración, y asignan solamente seis a la labor diaria. Antes del mediodía trabajan tres horas, y paran para el almuerzo. Después de comer, descansan dos horas, trabajan otras tres horas más, y ya

se van a cenar. Contando como hora primera a la que sigue al mediodía, se van a la cama alrededor de las ocho, y duermen unas buenas ocho horas.

Los tiempos libres que quedan entre las horas de trabajo, de sueño y de comidas se confían a la discreción de cada cual, siempre que elijan ocupaciones edificantes que sean de su gusto, y que no los desperdicien con juergas o con vagancia. Habitualmente, dedican estos momentos a tareas intelectuales. Existe allí la costumbre de hacer lecturas públicas diarias antes del amanecer. La asistencia es obligatoria solamente para los que han sido especialmente elegidos para dedicarse al estudio. Sin embargo, suele asistir gran cantidad de hombres y mujeres de todas las clases, algunos a esta, otros a aquella lectura, de acuerdo con su inclinación natural. Pero si alguien prefiere dedicar este tiempo libre a su propio oficio, como suele ser el caso de muchos espíritus que no alcanzan el nivel requerido por las disciplinas más elevadas del intelecto, nadie se lo impide; en verdad, se lo estimula, porque está haciendo algo útil para el bien común.

Estudio de las letras

Después de la cena, disfrutan de una hora de esparcimiento, en el verano en los jardines, en el invierno en los salones comunes donde se sirven las comidas. Conversan o hacen música. No conocen los dados ni otras clases similares de pasatiempos tontos y ruines. Practican, en cambio, dos juegos parecidos al ajedrez. El primero es una batalla de números, en el que una cifra domina a otra. En el segundo combaten entre sí vicios y virtudes. En este último se hace patente tanto la oposición que existe entre un vicio y otro, como la que todos ellos tienen en común con la virtud; también se ve qué vicio se opone a qué virtud, de qué fuerzas se sirven, qué estratagemas utilizan para atacarlas de manera indirecta, con qué artes se protegen las virtudes del poder de los vicios, cómo malogran sus propósitos, y, finalmente, en qué circunstancias uno vence a otro.

Recreación después de la cena

Y sin embargo ahora los dados son el juego de los príncipes

Incluso los juegos son útiles

Llegados a este punto, hay algo que debe examinarse con algún detalle, si es que no se quiere tener una impresión equivocada. Puesto que sólo trabajan seis horas por día, podría pensarse que los utopienses tienen dificultades de escasez para cubrir las necesidades básicas. Pero eso está tan alejado de lo que en verdad ocurre que el tiempo mencionado no sólo es suficiente, sino que es mucho más que suficiente para proveer a todo lo necesario y conveniente para la vida.

Clases de hombres ociosos

Esto es fácil de entender si se considera qué grande es la proporción de habitantes que no trabajan en otros países. Por empezar, están todas las mujeres, que ya constituyen la mitad del total, o, en su lugar, donde las mujeres trabajan, están los hombres, que, por regla general, se quedan roncando. Después, hay tomar en cuenta la gran cantidad –y la pereza– de los predicadores y de los llamados religiosos. Agréguese a ello todos los ricos, en especial, los propietarios de latifundios, comúnmente llamados gentilhombres y nobles.

Cuerpo de guardia de nobles [δορυφόρημα nobilium]

Junto con éstos, los criados, toda esa caterva de bravucones inservibles. Y, finalmente, los mendigos sanos y robustos, que fingen alguna enfermedad para poder holgazanear. Si se echan las cuentas, se ve que la cantidad de trabajadores que se necesita para producir todo lo que los mortales usan y consumen a diario es mucho menor que la que se suponía.

Prudentísimamente dicho

Calcula, pues, cuán pocos de los que trabajan son versados en oficios necesarios. Pues en una sociedad en la que el dinero es la medida de todas las cosas, existirán por necesidad muchas tareas vanas y superfluas, que proveen solamente al lujo y a la licencia. Supongamos que el total de las personas que trabajan allí se distribuyeran solamente aquellas pocas tareas que proveen a las necesidades que requiere la naturaleza para una vida sana y cómoda. Habría tal abundancia de bienes que sus precios bajarían demasiado, y ya no alcanzarían para que un hombre se ganara la vida con su trabajo. Pero supongamos también que se pusiera a trabajar en tareas productivas a todos

los que ahora se ocupan de tareas inútiles, y junto con ellos, a todos los perezosos y holgazanes, gente esta que consume el fruto del trabajo de los demás, pero en una medida que dobla a la que consume el propio trabajador. Se verá con facilidad qué poca cantidad de tiempo sería suficiente, y que aún sobraría, para proveer a lo necesario y a lo confortable, y hasta a lo que da placer, siempre que sea verdadero y natural.

La experiencia de Utopía demuestra esto último con claridad. En toda la ciudad y sus alrededores se exime de trabajar, como máximo, a unos quinientos hombres y mujeres que tengan la edad y el vigor como para hacerlo. Entre ellos se cuentan los sifograntes, quienes, a pesar de estar legalmente eximidos, suelen no hacer uso de su privilegio, de modo de estimular a los demás con el ejemplo para que también sean laboriosos.

Ni siquiera los magistrados se abstienen de trabajar

La misma exención disfrutan aquellas personas a las que el pueblo, mediante el voto secreto de los sifograntes, y siguiendo la recomendación de los sacerdotes, ha liberado en forma vitalicia del trabajo para que puedan dedicarse al estudio en las diferentes ramas del conocimiento. Si alguno de estos estudiosos defrauda las expectativas que se han depositado en él, se lo devuelve a la condición de trabajador. A la inversa, no es raro que un operario sea tan diligente y haga tantos progresos en los estudios que lleva en sus momentos libres que se lo releve del trabajo manual y se lo promocione a la clase de los hombres de letras. De esta clase de los hombres de letras se eligen los embajadores, los sacerdotes, los traníboros, y hasta los mismos gobernadores, a quienes en su lengua antigua llamaban Barzanes,[34] y ahora, Ademos.[35]

Sólo designan magistrados a los hombres de letras

Casi nadie del resto de la población permanece ocioso o trabajando en tareas inútiles, y es fácil calcular así cuánto de

---

34. Combinación de hebreo y de griego dórico: «Hijo de Zeus».

35. «Sin pueblo», en griego.

bueno se puede producir en unas pocas horas. A lo que ya hemos mencionado hay que agregarle otra ventaja adicional, y es que, para la mayoría de las tareas básicas, necesitan menos trabajo que el que se emplea en las demás naciones. Por empezar, en otros sitios hay muchos hombres dedicados permanentemente a levantar o a reparar edificios porque el heredero extravagante suele dejar que se arruine lo que ha construido su padre. En consecuencia, lo que podría haberse mantenido en buen estado a un costo bajo, tiene que volver a construirse, igual de caro, a nuevo. Además, es muy común que la casa que le ha costado mucho dinero a uno, le parezca de mal gusto al otro. Entonces la descuida, y edifica otra en otro lugar, por un costo que no es menor que el anterior. Pero en la tierra de los utopienses, una vez que ya se estableció la república y que está todo dispuesto, una casa nueva en un lugar nuevo es un suceso poco habitual, porque no solo reparan inmediatamente cualquier deterioro, sino que se cuidan mucho de que casi no exista el deterioro. ¿Qué resulta de esto? Que con un mínimo de trabajo, los edificios duran mucho y los constructores y carpinteros tienen muy poco que hacer, salvo la tarea de ir preparando el material –maderas, piedras y demás elementos– como para que, cuando se necesite, la reparación o la nueva construcción, según sea el caso, puedan resolverse en poco tiempo.

De qué modo evitan el dispendio en los edificios

También en lo referido a la vestimenta puede verse qué poco trabajo se necesita. En la labor diaria se visten sin pretensiones, con cueros o pieles, que duran siete años. Para presentarse en público, se cubren con una capa que esconde la relativa tosquedad de la ropa de trabajo. Para esta prenda tienen un color único en toda la isla, que es el natural. En consecuencia, no solamente usan menos tejidos de lana que en otros lugares, sino que éstos son mucho menos costosos. Por otra parte, tratan, en lo posible, de usar prendas de lino, que es de elaboración más sencilla. Que el lino sea blanco, y que la lana sea limpia; eso es lo único que importa. No le dan valor

Y en la vestimenta

a la fineza de la hebra. Sucede así que, mientras que en otros lugares un hombre no se satisface con cuatro o cinco abrigos de lana de diferentes colores y con otras tantas camisas de seda, y los más delicados ni siquiera con diez, en Utopía un hombre se contenta con una sola capa, que le dura por lo general unos dos años. No hay razón, por supuesto, para querer más, ya que, por más que las tuviera, no estaría mejor cubierto del frío ni daría la impresión de estar m ejor vestido.

Dado, entonces, que todos ellos se ocupan solamente en unas pocas tareas útiles y que se contentan con una cantidad todavía menor del fruto de tales tareas, suele suceder que, cuando se han acumulado abundantes reservas de productos, designan cantidades variables de personas para reparar la vía pública. Y si no hay caminos en mal estado, entonces anuncian públicamente que se reducirá la jornada de trabajo. Los magistrados no tienen intención de mantener a los ciudadanos contra su voluntad en tareas superfluas, porque la institución de su república apunta principalmente a un único fin: que todos los ciudadanos, en la medida en que lo permite la necesidad pública, estén liberados la mayor cantidad de tiempo posible del servicio del cuerpo, y que puedan dedicarse al cultivo y a la libertad del alma. En esto consiste para ellos la felicidad de la vida.

De las relaciones mutuas

Ahora, me parece, es oportuno que explique el comportamiento recíproco que observan los ciudadanos, la naturaleza de sus relaciones sociales y el método de distribución de los bienes. La ciudad está constituida por familias, y las familias, por lo general, están formadas por relaciones de sangre. Las mujeres jóvenes, cuando alcanzan la edad lozana y se comprometen en matrimonio, se van a vivir con la familia de sus maridos. Los hijos y los nietos varones, por su parte, se quedan en la familia y responden al hombre de mayor edad, a menos que su mente anciana haya comenzado a declinar. En este caso, lo reemplaza el que le sigue en edad.

Número de ciudadanos

Para evitar que la ciudad quede despoblada, o que crezca sin medida, se dispone que ninguna familia tendrá menos de diez ni más de dieciséis adultos; en cada ciudad hay, como máximo, seis mil familias, además de las que viven en los territorios circundantes. Sobre la cantidad de niños y niñas pequeños, obviamente, no puede existir regulación alguna. El límite mencionado se mantiene con facilidad, transfiriendo a los que exceden la cantidad prevista en las familias numerosas a otras de menor tamaño. Cuando todas las familias de una ciudad determinada han completado la cuota de adultos, las personas que la exceden contribuyen a engrosar la población deficiente de otras ciudades.

Si la población de toda la isla crece hasta superar las cotas fijadas, reclutan ciudadanos en todas las ciudades y establecen colonias, con sus mismas leyes, en territorios cercanos que los nativos no ocupen o no cultiven. Si los nativos están dispuestos a ello, los incorporan a sus colonias. Cuando esto sucede, los dos grupos se mezclan de un modo pacífico y gradual, y empiezan a compartir la misma forma de vida y las mismas costumbres, con gran ventaja para ambos pueblos. Con sus procedimientos, los utopienses hacen que la tierra, que a los nativos les parecía pobre y estéril, sea suficiente para los dos. A los habitantes que se niegan a vivir de acuerdo con las leyes utopienses los expulsan del territorio que reclaman para sí mismos. Si se resisten, les declaran la guerra. Consideran que es causa justa de guerra el que un pueblo, en lugar de usar el suelo, lo mantenga ocioso y lo desperdicie, impidiendo la posesión y el usufructo a otros que, por ley de la naturaleza, deberían poder mantenerse con él.

Si alguna desgracia llega a hacer que el número de habitantes de una ciudad baje tanto que ya no puede ser compensado con los pobladores de otras ciudades sin que éstas a su vez queden debilitadas (sólo en dos oportunidades pasó algo así, dicen, a causa de una peste feroz), entonces la completan haciendo que regresen los ciudadanos de las colonias. Antes que achicar demasiado las ciudades de la isla, prefieren dejar que desaparezcan las colonias.

Así se puede terminar con la turba de sirvientes ociosos

Pero volvamos a las relaciones entre los ciudadanos. El más anciano, como ya dije, gobierna la familia. Las esposas sirven a sus maridos, los hijos a sus padres, y, en general, los más jóvenes a los más grandes.

Cada ciudad está dividida en cuatro distritos iguales. En el medio de cada barrio hay una plaza con toda clase de bienes. Las familias llevan hasta allí el fruto de su labor, que se guarda en depósitos previamente asignados, agrupados según clases de productos. Cada jefe de familia retira de los depósitos lo que él y los suyos necesitan y, sin entregar dinero ni otro tipo de compensación, lo lleva a su casa. ¿Con qué razón se le negaría algo? En primer lugar, hay abundancia de todos los insumos, y, en segundo lugar, no existe el temor oculto de que tomará más de lo que necesita. ¿Por qué habría de existir la sospecha de que alguien se llevará una cantidad excesiva, si está seguro de que nunca carecerá de nada?

De dónde procede la rapacidad

La avidez y la rapacidad surgen en las demás criaturas vivientes, indudablemente, por temor a la necesidad, pero solamente en los hombres están motivadas por la pura soberbia, la cual consiste en la gloria personal de superar a los demás mediante la ostentación superflua de posesiones. Este último vicio no puede tener el más mínimo lugar en el orden de los utopienses.

Cerca de la plaza del mercado que mencioné está el mercado de alimentos. No solamente hay allí toda clase de vegetales, frutas y panes, sino también de pescados y de cualquier otro animal comestible, sea ave o bestia. En las afueras de la ciudad hay lugares especiales para limpiar las carnes en agua corriente. Desde allí transportan los cuerpos de los animales, que han sido matados y limpiados por los esclavos. No permiten que los ciudadanos se acostumbren a carnear animales, ya que creen que con esta práctica se pierde gradualmente la compasión, el sentimiento más delicado de la naturaleza hu-

La suciedad y la inmundicia traen la peste a las ciudades

Descuartizando bestias aprendemos a degollar hombres

mana. Tampoco permiten que ingrese a la ciudad nada sucio o en mal estado, por temor a que el aire putrefacto genere enfermedades.

Continuando, en cada calle hay un edificio espacioso, situado a igual distancia de los demás, llamado con un nombre especial. En estos edificios viven los sifograntes. Y en ellos también tienen su lugar asignado treinta familias, quince de cada lado de la calle, para tomar sus comidas en común. Los encargados de estos comedores se encuentran en días fijos en el mercado y retiran alimentos de acuerdo con la cantidad de personas a las que cada uno tiene que alimentar.

Cuidado de los enfermos

Hay un cuidado especial para con los enfermos internados en los hospitales públicos, que son cuatro, y se ubican en los bordes exteriores de la ciudad. Son tan amplios como un pueblo reducido. El propósito de que los enfermos no estén amontonados es doble: primero, que no estén incómodos, y, segundo, que pueda aislarse a los que tienen enfermedades contagiosas. Estos hospitales están dotados con todo lo que haga falta para recuperar la salud. Por lo demás, un cuidado tan amable y dedicado por parte de médicos expertos logra que, a pesar de que no envían a nadie al hospital en contra de su voluntad, ningún ciudadano prefiera ser tratado en su propia casa cuando se enferma.

Una vez que el supervisor de los enfermos recibió los alimentos prescriptos por los médicos, el resto de las porciones más delicadas se distribuye de manera equitativa entre los diferentes comedores, según la cantidad de comensales, exceptuando una cierta consideración especial que se observa con el gobernador, el sumo sacerdote y los traníboros, lo mismo que con los embajadores y con los extranjeros en general. Aunque estos últimos no suelen ser muchos, en Utopía hay casas especialmente reservadas para los visitantes del exterior.

Comidas en común, sin distinciones

En horas determinadas para el almuerzo y la cena, el llamado de una trompeta reúne a toda la sifograncía en los edificios públicos, exceptuando a los que toman sus colacio-

nes en el hospital o en sus casas. No está prohibido que, una vez que se sirvió la comida en los comedores, alguien vaya al mercado y retire alimento para llevarlo a su casa; suponen que nadie haría algo así sin una buena razón. Se puede comer en casa, pero nadie lo hace por propia voluntad ya que se considera una práctica poco decente. Además, sería una necedad tomarse la molestia de preparar una comida de calidad inferior cuando se tiene algo tan sustancioso a disposición en el comedor cercano.

Por sobre todo, respetar la libertad, para no forzar a nadie

En estos comedores, todas las tareas pesadas son desempeñadas por esclavos. Pero la responsabilidad de cocinar, de preparar el alimento y, en general, de disponer todo para la comida, la van asumiendo, por turnos, las mujeres de cada familia. Los grupos se sientan en dos o tres mesas, según la cantidad de comensales. Los varones se sientan de espaldas a la pared y las mujeres, del otro lado, de modo tal que si tienen alguna molestia repentina, como suele pasar con las embarazadas, puedan levantarse para ir sin inconvenientes al cuarto de las nodrizas.

Las mujeres se encargan de la comida

Las nodrizas se ubican de forma separada en comedores reservados para los niños, en donde nunca falta un buen hogar, agua limpia y varias cunas. De este modo, pueden acostar a los infantes y, cuando hace falta, aligerarlos de ropa y dejarlos jugar libremente cerca del calor. Cada niño está a cargo de su propia madre, a menos que ésta haya fallecido o se encuentre enferma. Cuando esto sucede, las esposas de los sifograntes se encargan de conseguir nodriza, y la encuentran sin mayor inconveniente. La razón de ello es que la mujer que puede prestar ese servicio se ofrece con gran disposición, porque es algo que está muy bien visto y porque el niño criado de esta manera la considera como si fuese su madre natural. En los cuartos de las nodrizas están los infantes de hasta cinco años. El resto de los niños, grupo en el que incluyen a todos los jóvenes de ambos sexos

Las felicitaciones y el sentido del deber invitan óptimamente a actuar rectamente

Educación de los niños

por debajo de la edad de casamiento, o bien sirven la mesa de los adultos, o bien, si no son lo bastante mayores o vigorosos, se quedan a un costado, en respetuoso silencio. Ambos grupos de jóvenes comen lo que se les alcanza desde las mesas, y no tienen un horario separado para sus comidas.

El sifogrante y su esposa se sientan en el centro de la mesa principal, en un lugar más elevado, en uno de los extremos del salón, lo cual les permite una visión de toda la compañía. A los costados se ubican dos de los más ancianos, pues las mesas se ocupan de a cuatro. Si en la sifograncía hay un templo, el sacerdote y su mujer también ocupan la mesa del sifogrante, para presidir la comida. A los lados se sienta la gente más joven, y luego, otra vez, los ancianos, y así, a lo largo de la sala se van intercalando personas de diferentes edades. La razón de esta práctica, dicen, radica en que el comportamiento grave y reverendo de los mayores previene contra la tendencia de los más jóvenes a tener actitudes licenciosas en el gesto o en la palabra, ya que nada que se haga o se diga en la mesa puede escapar a su atención.

El sacerdote por encima del príncipe, mientras que ahora hasta los obispos sirven a los principales

Los más jóvenes se mezclan con los mayores

Hábitos de respeto a los ancianos

Las bandejas de comida no se sirven según el orden en que se sienta la gente, sino según la edad de los comensales. Se empieza por los mayores, que ocupan lugares preferenciales en cada mesa, y se les dan las porciones más apetitosas, siguiendo luego con los demás. Los ancianos, a discreción, comparten con sus compañeros las delicadezas que no alcanzan para todo el mundo. De esta manera, se rinde homenaje a la vejez, pero todos disfrutan de las mismas ventajas.

Cosa que en nuestros días apenas respetan los monjes

Cada almuerzo o cena comienza con alguna lectura moralmente edificante, aunque breve, para no cansar. A partir de lo leído, los mayores proponen temas de conversación decentes, pero no tristes ni aburridos. No toman el monopolio de la palabra

Conversación en las comidas

durante toda la comida, sino que siempre están dispuestos a escuchar a los más jóvenes, y aun los estimulan para que puedan mostrar su carácter y su talento, lo cual hace que la atmósfera general sea relajada y festiva.

Los médicos de hoy condenan esta costumbre

El almuerzo es más bien breve y la cena se prolonga un poco más, porque tras el primero sigue el trabajo, mientras que después de la segunda está el descanso y el sueño de una noche entera. Piensan que el descanso nocturno es más beneficioso para la digestión. En ninguna comida falta la música ni el platillo de un postre sabroso. Queman especias, rocían perfumes y no escatiman nada que pueda alegrar a la concurrencia. El espíritu general de su forma de vida los inclina a no prohibir ninguna clase de placer, siempre que no sea dañoso.

Música en las comidas

Los placeres inocentes no deben ser impedidos

Así es la vida normal en las ciudades. En el campo, en cambio, dado que cada familia vive relativamente alejada de sus vecinos, toman sus comidas en las casas. Ninguna familia carece allí de ningún tipo de alimento, ya que, en verdad, lo que se come en las ciudades viene de lo que producen los que viven en el campo.

Los viajes de los utopienses

Si un ciudadano quiere visitar a algún amigo que vive en otra ciudad, o simplemente conocer el lugar, obtiene el permiso de los sifograntes y traníboros con facilidad, a menos que alguna buena razón se lo impida. Se organiza una partida y se la despacha con una carta del gobernador, quien garantiza la autorización del viaje y fija la fecha de regreso. Se los provee con un carro y un esclavo público para conducir y cuidar de los bueyes, pero, a menos que viajen mujeres, ellos prefieren no usarlo, ya que lo consideran una carga y una preocupación más. Por más que no lleven provisiones consigo, nada les falta a lo largo de todo el viaje, ya que en todas partes se sienten

como en casa. Si en algún lugar se demoran más de un día, cada cual trabaja en lo que acostumbra y es recibido con mucha cortesía por los de su oficio.

Si una persona es sorprendida fuera de los límites de su territorio sin el correspondiente permiso del gobernador la tratan con desprecio, la hacen regresar como si fuese un fugitivo, y la castigan con severidad. Para quienes se atreven a reincidir en el intento, la pena es la esclavitud.

Si alguien siente deseos de explorar la región que corresponde a su propia ciudad puede hacerlo y le basta con el permiso de su padre y el consentimiento de su esposa. Cuando llega a alguna localidad debe completar la jornada de trabajo –de la mañana o de la tarde, según sea el caso– antes de que pueda recibir alimento. Si se atiene a esta condición, puede ir adonde le plazca dentro de los límites de la jurisdicción. De esta forma, sigue siendo tan útil a su ciudad como si se hubiera quedado en ella.

Se puede apreciar en lo que les cuento que no hay ninguna oportunidad para la licencia y para desperdiciar el tiempo, ni lugares en los que evadirse del trabajo, como vinerías, cervecerías o lupanares. Tampoco hay ocasión para la corrupción o para la lujuria, ni lugares para el encuentro secreto. Por el contrario, al estar ante la mirada de todo el mundo, la gente se siente inclinada o bien a desarrollar sus tareas habituales o bien a disfrutar de su descanso en formas no reñidas con la decencia. Este comportamiento universal conduce necesariamente a que haya abundancia de todas las cosas. Y como todo se reparte entre todos con equidad, se sigue que, por supuesto, nadie puede caer en la miseria o en la mendicidad.

Oh santa república, que deberían imitar los cristianos

La igualdad hace que haya suficientes para todos

En el senado de Amaurota (al que, como ya dije, cada ciudad envía anualmente a tres representantes), se determina para cada lugar qué se ha producido en abundancia y qué cosechas fueron escasas. De inmediato compensan la escasez de una

La república no es otra cosa que una gran familia

región con el excedente de otras. Este servicio se realiza sin recibir nada de parte de la región así favorecida. Quienes han donado a otra ciudad sin recibir nada a cambio recibirán lo que les falta de una tercera ciudad a la cual, probablemente, no le dieron nada. De este modo, la isla en conjunto funciona como si fuese una sola familia.

Comercio de los utopianos

Cuando han acopiado suficiente provisión para sí mismos (lo que significa que tendrán reservas para los próximos dos años, en previsión de una eventual mala cosecha), exportan el excedente a otros países: grano, miel, lana, lino, madera, tinturas, pieles, cera, sebo, cuero y hasta ganado en pie. De todos estos productos, reservan una séptima parte para los pobres del lugar, y el resto lo venden a un precio moderado.

Con este intercambio ingresan a su país no solamente los artículos de los que carecen –y, prácticamente, lo único que les falta es hierro–, sino también una gran cantidad de plata y de oro. Han mantenido esta política de comercio durante tanto tiempo que ahora tienen una abundante reserva de estos metales, mucho más de lo que se podría imaginar. En consecuencia, no se preocupan mayormente por si venden en efectivo o con pago diferido; en verdad, tienen la mayor parte de sus activos externos en forma de créditos.

Nunca olvidan a su comunidad

De todos modos, para otorgar un crédito nunca confían en personas particulares sino en los gobiernos, cumpliendo los pasos legales que son de uso. Cuando se cumple la fecha del vencimiento la ciudad percibe el dinero correspondiente de cada deudor privado, deposita toda la suma en el tesoro y dispone de ella hasta que les reclaman el pago.

Con lo cual se podría hacer no poca fortuna

Los utopienses nunca reclaman el pago íntegro de la deuda. Creen que no es correcto tomar algo que puede ser útil a otros pueblos y que ellos no necesitan. Pero si la circunstancia requiere que deban prestar parte de esa suma a una tercera nación, entonces exigen el pago y, si hace falta, declaran la guerra. Guardan en Utopía todo el capital que poseen con un

Es preferible evitar la guerra con dinero o con astucia, antes que derramar sangre humana

solo propósito: que les sirva de bastión en caso de peligro extremo o de emergencia. Lo usan, sobre todo, para contratar por precios altísimos a mercenarios extranjeros (a los cuales prefieren arriesgar antes que a los propios ciudadanos), conscientes de que, con grandes sumas de dinero, también sus enemigos pueden ser comprados y persuadidos para que peleen entre sí, ya con traiciones, ya con batallas abiertas.

Por razones militares, entonces, mantienen este tesoro, pero no precisamente en forma de tesoro. Lo guardan de una manera que me avergüenza contar, pues temo que no me crean. Mis temores, en este punto, están más que justificados, pues sé que yo mismo, si no hubiese estado allí, tendría serios reparos para creerlo. Es usual que, cuanto más extraño nos suena algo, menos dispuestos estemos a creerlo. Un juez imparcial, sin embargo, al ver que la mayoría de sus instituciones son muy diferentes de las nuestras, tal vez se sorprendería menos del uso que le dan a la plata y al oro, un uso más afín a su forma de vida que a la nuestra. Como ya dije, entre ellos no utilizan dinero, sino que lo guardan para una emergencia, que puede o no acontecer. Mientras tanto, dan al oro y a la plata, materiales con los cuales se acuña la moneda, un tratamiento que no les otorga más valor que el que su verdadera naturaleza merece. ¿Quién no se da cuenta de que son muy inferiores al hierro en utilidad, puesto que los mortales no pueden pasársela sin el hierro más que sin el fuego, o el agua? A la plata y al oro, en cambio, la naturaleza no les ha dado ninguna utilidad de la que podamos servirnos, por más que la locura de los hombres los haya hecho valiosos a causa de su rareza. Por el contrario, como una madre tierna e indulgente, ha puesto a la vista de todos lo que es mejor, como el aire, el agua, o la tierra misma, mientras que guardó las cosas vanas e inútiles tan alejadas de nosotros como fuera posible.

Oh, qué arte

En cuanto a su utilidad es más vil que el hierro

Si en Utopía estos metales fueran celosamente guardados en una torre, se podría sospechar que el gobernador y el senado

ı necia fantasía de la gente común– estarían
ueblo, y sirviéndose de sus
ın, si con ellos hicieran copas
e orfebrería, cuando estuvie-
refundirlos para pagar soldados, el pueblo no
› a desprenderse de lo que había empezado a
:soro.

Magnífico desprecio del oro

tales peligros les han asignado un uso tan
el resto de sus instituciones como disonante
emos nosotros –que valoramos tanto el oro
con tanto cuidado–, uso aquél que resultará
todo el que no lo haya presenciado. Para
se sirven de piezas de barro o de vidrio muy
ı, aunque de poco valor, en tanto que con el
acen las vasijas de noche y todos los demás
so ínfimo, tanto en los baños públicos como
Tambien emplean dichos metales para fabricar
illetes con que apresan a sus
ıente, para indicar el estigma
:ometido un crimen, los obligan a usar anillos
ejas o en los dedos de las manos, cadenas de
y, como remate, una coronita de oro sobre
ste modo, por todos los medios a su alcance,
del oro y de la plata un signo de mala fama.
así que, mientras que todas las demás naciones
da de estos metales como si se les escaparan
ıvés de una herida, en Utopía, en cambio, si
d los obligara a desprenderse de todo su oro
ta, nadie se sentiría más dolido que si hubiese
que.

Oro para los infames

ogen perlas en la orilla del
ciertos acantilados, pero sólo
ıcuentran por casualidad, y
ısquen deliberadamente. Con ellos adornan a
equeños, que disfrutan y hacen alarde de estas
a están un poco más crecidos y ven que sólo

Perlas para deleite de los niños

los infantes juegan con ellas, las empiezan a dejar de lado, no por alguna indicación de los padres, sino porque sienten vergüenza, igual que nuestros niños que, a medida que crecen, abandonan las bolitas, los sonajeros o las muñecas.

Nunca se me reveló con tanta claridad cuán opuestas pueden ser las ideas y los sentimientos que se originan en las costumbres de pueblos diferentes como cuando presencié el caso de los embajadores de Anemolia.[36]

Relato elegantísimo

Llegaron a Amaurota mientras yo me encontraba en la ciudad. Venían a tratar un asunto importante, y por eso se había celebrado previamente la asamblea con los tres representantes de cada distrito. Los embajadores de los países vecinos, que ya habían visitado varias veces la tierra de los utopienses, estaban al corriente de sus maneras y sabían de la poca importancia que éstos atribuían a los vestidos costosos, del desprecio que sentían por la seda y de cómo el oro indicaba a quien había caído en desgracia. Los visitantes habituales, en consecuencia, cuando venían a Utopía vestían con suma sencillez. Pero los anemolios, que vivían muy lejos y que apenas habían tenido trato con ellos, al escuchar que todos vestían en forma igualmente modesta creyeron que si no usaban otra cosa era porque carecían de recursos. Más orgullosos que astutos, pensaron que la magnificencia de su boato los haría aparecer como dioses, y que el brillo de sus adornos deslumbraría a los pobres utopienses.

En consecuencia, los tres embajadores hicieron su gran entrada seguidos por una comitiva de cien personas, muchos de ellos vestidos con ropas de seda de todos colores. Los embajadores, que pertenecían a la nobleza de su país, usaban,

---

36. De *anemolios*, «ventoso», y, figuradamente, «pueblo de gente vana, inconstante». Conviene recordar que el supuesto autor del sexteto de alabanza a Utopía (cf. *supra*) se llama, precisamente, Anemolio. Como si Moro/autor estuviese sugiriendo que el poema da cuenta de la experiencia de aprendizaje moral por la que pasaron los embajadores en el episodio que Rafael está por relatar.

ellos mismos, tejidos con finas hebras de oro, collares y aros de oro, anillos de oro en las manos y gorros adornados con perlas y gemas enhebradas. En suma, que se habían echado encima cada uno de los artículos que en Utopía se utilizan para castigar a los esclavos, para estigmatizar a los criminales, o para distraer a los niños. Era todo un espectáculo ver cómo se pavoneaban con sus grandes lujos ante la sencillez de los utopienses, que se habían volcado a la calle para ver pasar la comitiva. Y no era menos divertido ver qué erradas eran sus expectativas y qué lejos estaban de alcanzar la consideración que habían esperado obtener. A todos los utopienses, con excepción de los que por alguna buena razón habían estado en el extranjero, la escena les resultaba patética. Saludaban con respeto, en consecuencia, a los sirvientes de la comitiva como si fueran los señores, y tomaban por esclavos a los principales que usaban cadenas de oro, a quienes dejaban pasar sin mostrar deferencia alguna.

Qué artista

Había que ver, también, a los niños que ya habían abandonado las gemas y las perlas, quienes, al ver los adornos en las gorras de los embajadores, tironeaban del vestido de sus madres y les decían:

–Mira, madre, ese grandulón sigue usando perlas y joyas como si fuera un chiquito.

A lo cual la madre contestaba:

–Calla, hijo, debe ser uno de los bufones del embajador.

Otros pensaban que las cadenas eran defectuosas, porque eran tan débiles que no resistirían la fuerza de un esclavo que quisiera romperlas, o sacárselas de encima y pasar por un ciudadano común.

Al primero o segundo día de estadía, los embajadores vieron una cantidad inmensa de oro, que era tan despreciada allí como admirada en su propia patria. Vieron, también, que con el oro y la plata que usaban en Utopía para encadenar a un esclavo fugitivo podría haberse compuesto el atuendo ceremonial completo para tres de ellos. Quedaron profundamente abatidos, y, con vergüenza, se quitaron todas las joyas

y adornos con los que se distinguían del común, en especial cuando, después de hablar amigablemente con los utopienses, conocieron sus hábitos y sus opiniones.

Engañoso, dice, porque son gemas falsas; engañoso y exiguo, pero maligno.

Los utopienses se asombran de que un mortal pueda sentir placer al contemplar el brillo incierto de un pequeño diamante o de una piedra preciosa cuando se puede mirar una estrella, o el mismo sol. Se asombran de que alguien pueda ser tan loco como para creerse más noble por causa de la textura de una lana más fina, puesto que, por fina que pueda ser la textura, alguna vez la usó una oveja, que nunca dejó de ser oveja por ello.

Se asombran, también, de que el oro, inútil por su propia naturaleza, sea valorado en todo el mundo de modo tan alto que el hombre mismo, por cuya acción y para cuya utilidad el oro adquiere su valor, tenga un precio mucho menor. Esto es tan cierto que un cabeza de plomo, que tiene tanta inteligencia como un poste, y que es tan deshonesto como necio, puede mantener bajo su dominio a muchos hombres sabios y buenos solamente porque sucede que posee una gran cantidad de monedas de oro. Y si la suerte, o algún truco legal (tan capaz como la suerte de hacer que lo alto se vuelva bajo), transfiere el oro de su dueño al último de los indigentes de sus dominios, seguramente que aquél pasará al servicio del que fue su siervo como si fuese un mero apéndice de la montaña de monedas.

Cuán cierto, y qué bien dicho

Cuánto más sabios son los utopianos que el vulgo de los cristianos

Pero más se sorprenden y abominan de la locura de las personas que rinden honores casi divinos al hombre rico, a quien no deben nada ni los ata obligación alguna, más que el hecho mismo de que sea rico. Más todavía, cuando saben que es una persona tan ruin y miserable que, con seguridad, nunca les tocará un solo centavo de toda esa pila de dinero mientras el rico viva.

Conciben estas opiniones y otras similares, en parte, por hábito, ya que se han criado en una república cuyas instituciones están muy alejadas de la clase de locuras que mencioné, y,

en parte, porque se instruyen y leen buenos libros. Aunque en cada ciudad no hay muchas personas que estén relevadas de las otras tareas y se dediquen solamente a la academia, es decir, ciudadanos en quienes, desde que fueron niños, se detectó un carácter extraordinario, una inteligencia superior y una inclinación del espíritu hacia el estudio, sin embargo, todos los niños son iniciados en la buena literatura. Gran cantidad de adultos, también, varones y mujeres por igual, dedican al estudio las horas que, como ya dije, están libres del trabajo manual.

Estudios y enseñanza de los utopienses

Estudian las diferentes ramas del conocimiento en su lengua nativa. Ésta es prolífica en vocablos y agradable al oído, y expresa el pensamiento con fidelidad. Es, básicamente, similar a la que se habla en toda aquella parte del mundo, aunque en los otros sitios está más corrompida, con variaciones según la región.

Música, dialéctica, aritmética.

Antes de nuestra llegada no habían tenido la menor noticia de la reputación de uno solo de todos los filósofos cuyos nombres son famosos en la parte del mundo que conocemos. No obstante esto, han realizado casi tantos descubrimientos en música, dialéctica, aritmética y geometría como nuestros predecesores del mundo antiguo. Pero, mientras que están a la altura de los antiguos en casi todas las materias, todavía les falta mucho para equiparar las invenciones de nuestros modernos lógicos. En verdad, no han descubierto ni una sola de esas reglas ingeniosas acerca de restricciones, amplificaciones y suposiciones que nuestros niños aprenden en la *Parva logicalia*.[37] Están, además, tan lejos de poder dominar la especulación acerca de las intenciones segundas que ninguno de ellos ha sido capaz de ver al llamado «hombre universal», a pesar de que, como bien sabes, se trata de un coloso más

La broma aquí es obvia

---

37. «Pequeño libro de lógica». Probablemente, el de Pedro Hispano, escolástico del siglo XIII, aunque era un título habitual para textos elementales.

grande que un gigante, que puede ser señalado con el dedo.

Astronomía

Son expertos, en cambio, en el curso de las estrellas y en el movimiento de los cuerpos celestes. Han desarrollado ingeniosos instrumentos de formas diversas con los cuales determinaron con exactitud el movimiento y la posición del sol, de la luna y de todas las estrellas visibles en su horizonte. Sin embargo,

Esto es lo que domina entre los cristianos

de los acuerdos y disputas que mantienen entre sí los planetas, es decir, de todas esas adivinaciones falsas e infames, no han logrado tener la menor noticia, ni siquiera en sueños.

Son capaces de anticipar lluvias, vientos y demás fenómenos climáticos mediante signos que han aprendido a descifrar con la práctica. Pero en cuanto a las causas

La física es la más incierta de todas

de todos estos fenómenos, como de las mareas y de la salobridad de los océanos, y, en fin, del origen y de la naturaleza de los cielos y del universo, las tratan, en parte, del mismo modo que lo hacían nuestros antiguos filósofos y, en parte, así como éstos últimos diferían entre sí, también ellos, al introducir nuevas teorías, disputan con aquellas ideas y aún sostienen debates internos, entre colegas utopienses.

Ética, orden de las cosas buenas

En la parte de la filosofía que se ocupa de la moral, tienen las mismas discusiones que tenemos nosotros. Se preguntan por el bien del alma, del cuerpo y de las cosas exteriores. Se preguntan también si el nombre «bueno» puede ser aplicado a las tres clases de objetos o si solamente corresponde a las cualidades del alma. Discuten sobre la virtud y el placer, pero el debate principal gira acerca de la cosa, o de las cosas, en que pueda consistir la felicidad. En esta cuestión parecen apoyarse más de lo que sería conveniente en la escuela que presenta el placer como aquello mediante lo cual se define toda la felicidad humana, o, al menos, su parte principal.

Finalidad de los bienes. Los utopienses consideran que la felicidad consiste en el placer honesto.

Los principios de la filosofía han de tomarse de la religión.

Teología de los utopienses

Lo que más llama la atención es que fundamentan esta doctrina en su religión, que es seria y estricta, casi solemne y hasta dura. Nunca discuten sobre la felicidad sin recurrir, además de los argumentos racionales de su filosofía, a ciertos principios tomados de la religión. Sin aquellos principios, consideran que la razón por sí misma es insuficiente y débil para indagar en la verdadera felicidad. Los que siguen son algunos de ellos. El alma es inmortal y, por la bondad de Dios, ha sido creada para la felicidad. Después de esta vida se han dispuesto premios para nuestras virtudes y nuestras buenas acciones, y castigos para nuestros pecados. Aunque estos principios pertenecen a la religión, ellos sostienen que la razón conduce a los hombres a creerlos y a aceptarlos.

Inmortalidad del alma, de la que hoy no pocos, incluso cristianos, dudan

No hemos de aspirar a cualquier placer, ni tampoco apreciar el dolor si no es por causa de la virtud

Y aun cuando se desconocieran tales principios, no dudan en afirmar que nadie sería tan estúpido como para no darse cuenta de que debe buscar el placer, más allá de que éste sea bueno o malo, cuidando que un placer inferior no interfiera con un placer superior, o que no sea necesariamente seguido por un dolor. Buscar la virtud de una manera rigurosa y dolorosa, y no solamente evitar la dulzura de la vida sino también sufrir voluntariamente un dolor del que no se espera beneficio alguno (pues, ¿qué beneficio puede esperarse si después de la muerte no se gana nada por haber pasado toda una vida sin placer, es decir, desdichada?), es una actitud que consideran como el extremo de la locura.

La felicidad, sin embargo, no se funda para ellos en cualquier tipo de placer, sino sólo en el placer bueno y decente. Nuestra naturaleza es guiada hacia éstos, como hacia el bien supremo, por la misma virtud, a la cual la escuela opuesta atribuye la felicidad con exclusividad. Los utopienses definen la virtud como el vivir de acuerdo con la naturaleza, ya que con este fin hemos sido creados por Dios. Cada hombre, dicen, sigue

En esto, van de acuerdo con los estoicos

la guía de la naturaleza cuando, al desear una cosa y al evitar otra, obedece a los dictados de la razón.

En primer lugar, la razón incita a los hombres a amar y a venerar a la divina majestad, a la que debemos nuestra existencia y nuestra posibilidad de ser felices. En segundo lugar, nos ordena que llevemos una vida tan libre de pesares y tan plena de alegría como sea posible y, a causa de nuestra comunidad natural, a ayudar a otros hombres a que también alcancen el mismo fin. Nunca nadie ha sido un seguidor de la virtud tan solemne y severo y que odie tanto el placer que, al par que te impone trabajos, normativas y displaceres, no te mande hacer lo más que puedas para aliviar las miserias y las desgracias de los demás. Te ordenaría, por el contrario, que considerases algo digno de alabanza el que, en nombre de la humanidad, un hombre ofrezca bienestar y consuelo a su semejante, siendo que es algo particularmente humano (y la humanidad es la virtud más específica del hombre) aliviar la miseria de los demás y, mediante la eliminación de la tristeza de sus vidas, restaurar en ellos la alegría, es decir, el placer. Y si esto es así, ¿por qué dejaría la naturaleza de ordenar a cada uno que hiciera lo propio consigo mismo?

Pero algunos buscan el dolor, como si en él consistiese la religión. Mejor harían en soportarlo cuando nace de un deber de piedad, o de las necesidades de la naturaleza

Pues, o bien una vida de gozo, es decir, placentera, es algo malo, en cuyo caso no solamente deberíamos abstenernos de ayudar a los demás a que la logren sino que también, en la medida de lo posible, deberíamos tratar de impedírsela, ya que se trata de algo dañino y mortal, o bien, puesto que se trata de algo bueno, y que no sólo tenemos permiso, sino que incluso estamos obligados a procurársela a los demás, no estamos libres de la obligación de procurarla, en primer lugar, para nosotros mismos, a quienes no debemos menos consideración que a los demás. Cuando la naturaleza te ordena que seas bueno con los otros no te está ordenando, a cambio, que seas cruel e inclemente contigo mismo. De este modo la naturaleza, sostienen, nos prescribe una vida de gozo, o, en otras palabras, de placer, como fin de todas nuestras acciones.

Vivir de acuerdo con sus prescripciones, en consecuencia, es lo que ellos entienden como virtud.

Sigamos en esta línea. La naturaleza ordena que todos los hombres ayuden a sus semejantes a tener una vida más feliz. Y lo hace, ciertamente, con una buena razón, ya que nadie está tan por encima del común de la humanidad como para poder creer que él es el único objeto de los cuidados de la naturaleza, viendo que ella favorece de manera igual a todos aquellos a los que ha conferido la misma forma. En consecuencia, la naturaleza, con seguridad, ordena que nos cuidemos de no buscar ventajas para nosotros que puedan causar perjuicios a nuestros semejantes.

Pactos y leyes

Sostienen, por tanto, que se deben observar no solamente los contratos entre personas privadas sino también las leyes públicas relativas a la distribución de los bienes vitales, es decir, a la materia del placer, suponiendo que éstas hayan sido promulgadas con justicia por un buen gobernante, o ratificadas por el consentimiento de un pueblo que no está oprimido por la tiranía ni engañado mediante el fraude. Siempre que no transgredas tales leyes, cuidar tus intereses particulares es un signo de prudencia, y procurar a la vez los de todos indica devoción. Pero privar a otros de su placer para asegurar el tuyo es injusticia. En cambio, tomar algo que te corresponde y dárselo a los demás es un deber de humanidad y amabilidad que nunca te priva más de lo que te compensa. El premio consiste tanto en los beneficios con los que se te retribuye como en la conciencia de haber hecho un bien. El recuerdo del amor y de la buena voluntad de aquellos a quienes has beneficiado confiere a tu espíritu un monto de placer más grande que el placer que tu cuerpo habría obtenido con lo que diste. Finalmente –y la religión persuade de ello con facilidad a una mente bien dispuesta– Dios, a cambio de un placer breve y pequeño, recompensa con una felicidad inmensa e interminable. Y de este modo, después de haber considerado y ponderado cuidadosamente el asunto, afirman que todas nuestras acciones, y aun las virtudes mismas que en

Deberes mutuos

ellas ejercemos, tienen el placer y la felicidad como meta.

Qué es el placer

Entienden por placer cualquier movimiento o estado del cuerpo en el que, con la guía de la naturaleza, el hombre encuentra deleite. Están en lo cierto cuando incluyen las inclinaciones naturales del hombre. Pues así como los sentidos y la razón apuntan a lo que es placentero por naturaleza –es decir, a todo aquello que no se obtenga mediante una mala acción, que involucre la pérdida de algo más placentero o que sea seguido por dolor–,

Placeres falsos

así también afirman que las cosas que los mortales, mediante un consenso fútil, imaginan que son dulces, a pesar de que contrarían a la naturaleza (como si tuviesen el poder de cambiar la naturaleza de las cosas como lo hacen con los nombres), están tan lejos de favorecer su felicidad que inclusive constituyen un gran obstáculo para ello. La razón de esto radica en que invaden de tal modo la mente de las personas, en las que alguna vez se han asentado profundamente con una idea falsa de placer, que ya no dejan espacio para los deleites verdaderos y genuinos. En verdad, son muchas las cosas que, aunque en su naturaleza no contengan dulzura alguna sino más bien, por el contrario, una gran cantidad de amargura, son consideradas, sin embargo, por obra de la atracción perversa de los malos deseos, como placeres elevados, y como aquellas razones principales que hacen de la vida algo digno de ser vivido.

En esta clase de placeres espurios incluyen aquellos que ya mencioné, como los que hacen creer a alguien que su calidad como hombre se eleva en la medida de la calidad de su abrigo.

Error de los que ponen su placer en el vestido

En esto cometen un error doble: no solamente su abrigo no es mejor, sino que ellos tampoco lo son. ¿Por qué una lana de hebra fina habría de ser mejor, a los efectos del vestido, que otra más gruesa? Y todavía, como si fuera la naturaleza y no su propia equivocación la que los hace pensar así, se pavonean y creen que su persona misma es la que ha adquirido

Honores necios

una valoración especial. De este modo, el

honor que mal vestidos no se habrían atrevido a reclamar, lo exigen como un derecho en virtud de su abrigo. Y si, vistiendo su costoso atuendo, pasan inadvertidos, se indignan.

Nobleza vana

De nuevo, ¿no es el mismo tipo de estupidez tener tanta consideración por los honores vacuos y externos? ¿Qué placer natural y genuino te puede causar la cabeza descubierta de otro, o sus rodillas flexionadas? ¿Acaso esta conducta aliviará el dolor en tus propias rodillas, o volverá menos lunática tu propia cabeza? En esta concepción desviada del placer, hay hombres que exhiben una forma extraña y suave de locura cuando se imaginan nobles, y se alaban y aplauden a sí mismos sólo porque la fortuna los hizo nacer en casas con muchas generaciones de antepasados ricos –pues esa es hoy en día la única clase de nobleza–, especialmente, si fueron ricos en tierras. Y aunque no les hayan dejado ni siquiera un pie cuadrado de tierra, o se hayan gastado todo lo que heredaron en una vida extravagante, siguen considerando que su nobleza no ha disminuido ni un ápice.

Suprema necedad del placer en las gemas

A estas personas las clasifican junto con aquellas que, como ya dije, adoran las gemas y las joyas, y creen que se transformarán en una especie de dioses si consiguen un ejemplar delicado, especialmente del tipo de los que en ese momento son apreciados en su país. Pues no todas las clases de piedras son igualmente apreciadas en todos lados ni en todas las épocas. No comprarán nada hasta que no lo saquen de su estuche de oro y se lo muestren, y hasta que el vendedor no les jure y les asegure que se trata de una piedra verdadera y de una gema verdadera, tanto temor tienen de que sus ojos puedan engañarse con una piedra espuria en lugar de una genuina. ¿Pero por qué una piedra falsa habría de dar menos placer a tu vista, si tus ojos no pueden distinguirla de una auténtica? Ambas deberían tener para ti el mismo precio, el mismo que tendrían, voto al cielo, para un ciego.

La opinión de los hombres sube o baja el precio de las gemas

¿Y qué diremos de aquellos que guardan un tesoro enorme

para placer de sí mismos, sin darle otro uso que el de ser contemplado? ¿Sienten un placer auténtico, o se engañan con un placer falso? ¿Y qué hay de los que, con la inclinación contraria, ocultan el oro que nunca usarán –y que probablemente nunca volverán a ver–, y que, en su temor de perderlo, lo pierden? ¿Qué otra cosa sino perderlo es enterrarlo y privarte a ti mismo de usarlo, privando a tu vez, probablemente, a otros? Y sin embargo te exaltas de alegría con tu tesoro escondido como si tu mente se hubiese liberado así de toda angustia. Supón que alguien se lo llevara y que tú murieras diez años después sin tener noticias del robo. Durante toda la década que viviste después de que te robaron, ¿te importó algo que el dinero estuviese seguro o desaparecido? En ambos casos, te sirvió bien poco.

Conjetura admirable y muy adecuada

Entre los que se permiten estos deleites sin sentido cuentan también a los jugadores de dados (cuya locura no conocen más que de oídas), a los cazadores y a los halconeros. ¿Qué placer puede haber, se preguntan, en arrojar dados sobre una mesa? Los tiraste tantas veces que, aunque en algún momento hayas sentido placer, la práctica habitual te lo volvió aburrido. ¿Y dónde está la dulzura, y no más bien el fastidio, de escuchar el ladrido y el aullido de los perros? ¿Y cuál es la diferencia entre que un perro persiga a una liebre o que persiga a otro perro? Si lo que te place es la velocidad, en ambos casos se trata de lo mismo: es una carrera.

Dados

Caza

Pero si lo que te atrae es la esperanza de ver morir a una criatura ante tus ojos, ¿no debería, más bien, causarte pena ver cómo una criatura inocente y tímida como una liebre trata de escapar, para evitar que un perro fuerte, cruel y feroz la destroce a dentelladas? En consecuencia, los utopienses han delegado toda la actividad de la caza, por ser impropia de los hombres libres, sobre los carniceros, cuya labor, ya expliqué, sólo ejercen los esclavos. Consideran que la cacería es la parte más baja del oficio de carnicero, y que sus otras funciones son

Pero este arte es practicado hoy por nuestros pequeños dioses cortesanos

más útiles y honorables, puesto que, mientras que aquél mata sólo por necesidad, el cazador no busca otra cosa que el placer de matar y de mutilar al pobre animal. Aun cuando se trate de bestias brutas, estiman que este deseo de ver correr sangre, o bien se origina en una disposición a la crueldad, o bien acaba por degenerar hacia la crueldad a través de la práctica constante de un placer tan brutal.

A pesar de que casi todos los mortales consideran como placeres a éstos y a otros incontables pasatiempos, los utopienses sostienen que no tienen nada que ver con el placer verdadero, ya que no hay en ellos nada que sea dulce por naturaleza. El hecho de que causen en los sentidos de la muchedumbre una impresión de disfrute –lo cual parece que fuera el propósito del placer– no altera su opinión. Un disfrute así no proviene de la naturaleza de la cosa misma sino de los hábitos perversos de quienes lo sienten. Esta imperfección hace que tomen como amargo lo que es dulce, del mismo modo que las mujeres embarazadas, que, por tener distorsionado el gusto, sienten que el sebo y la pez son más dulces que la miel. En todo caso, es imposible que el juicio de un hombre, que ha sido depravado por una enfermedad o por los malos hábitos, pueda cambiar la naturaleza del placer, o de cualquier otra cosa.

Antojos de las embarazadas

Dividen en dos clases los placeres que admiten como verdaderos; unos los atribuyen al alma, y otros, al cuerpo. Propios del alma son el pensamiento recto y esa dulzura que se siente al contemplar la verdad. A estos dos placeres se unen el grato recuerdo de una vida que ha sido bien vivida y la esperanza cierta de la felicidad por venir.

Especies de placeres verdaderos

Los placeres del cuerpo se dividen, a su vez, en dos tipos. El primero es el que invade los sentidos con un deleite claramente perceptible. A veces esto ocurre con la renovación de los órganos que se han debilitado a causa de nuestro calor natural. La bebida y los alimentos producen esta restauración. Otras veces, viene por la eliminación

Placeres del cuerpo

de cosas que saturan el cuerpo. Es una sensación agradable que ocurre cuando descargamos los intestinos, cuando ejecutamos la acción generadora de niños, o cuando aliviamos la picazón, frotándonos o rascándonos. Pero, en ocasiones, el placer no viene sólo por restaurar algo que le está faltando a nuestro cuerpo, ni tampoco por la eliminación de algo que le molesta, sino por algo que afecta nuestros sentidos con una fuerza de movimiento secreta pero intensa, que los atrae hacia sí. El que nos produce la música es un placer de ese tipo.

La segunda clase de placeres corporales consiste, según sostienen, en un estado calmo y armonioso del cuerpo. Esto no es otra cosa que la salud de una persona, no perturbada por ningún desorden. La salud, cuando no la asalta el dolor, ofrece placer por sí misma, aun cuando no haya ningún movimiento placentero causado por algo externo. Es menos obvia y perceptible que la satisfacción del apetito por comer y beber, pero, sin embargo, muchos sostienen que es el mayor de los placeres. Casi todos los utopienses la consideran como, prácticamente, la base y el principio de todos los demás. Ella, por sí sola, ya puede hacer que la vida sea tranquila y deseable, mientras que, si falta, no hay posibilidad de ningún placer en absoluto. Consideran que la ausencia de dolor sin la presencia de la salud es insensibilidad, no placer.

Corresponde que aquel que la posea, la disfrute

Ya hace mucho tiempo que rechazaron la postura de los que afirman que un estado saludable constante y tranquilo (pues también sobre esto han discutido bastante) no ha de ser considerado como un placer, ya que su presencia no se puede sentir más que por la irrupción de un movimiento que provenga del exterior. Por el contrario, hoy casi todos concuerdan en que la salud es, entre todas las cosas, lo que más propicia el placer. Argumentan que, si se acepta que en la enfermedad hay dolor, que es el enemigo más enconado del placer, no menos que la enfermedad lo es de la salud, no hay cómo negar que la tranquilidad y la salud sean un placer en sí mismas. Creen que no tiene importancia elucidar si la enfermedad es dolor o

si solamente viene acompañada por el dolor, porque, en última instancia, se trata de lo mismo. Sea que se afirme que la salud es placer, o que es su causa necesaria, como el fuego lo es del calor, de todas maneras la conclusión es la misma: los que tienen una salud permanente no pueden estar faltos de placer.

Por otro lado, cuando comemos, dicen, ¿qué otra cosa sino la salud es la que comienza a restablecerse, en lucha contra el hambre y con la comida como camarada de armas? A medida que va ganando fuerzas, el mismo progreso hacia el vigor habitual aporta ese placer que nos restaura. La salud, que se deleita en el combate, ¿no se se alegrará con la victoria? Y cuando, finalmente, ha recuperado su vigor anterior, lo cual era su único motivo de conflicto, ¿se pondrá inmediatamente insensible y dejará de reconocer y aspirar a su propio bien? La afirmación de que la salud no puede ser percibida, opinan, está muy alejada de la verdad. ¿Quién durante la vigilia, preguntan, no se da cuenta de que tiene buena salud, excepto el que no la tiene? ¿Quién está tan atrapado por la insensibilidad o por el letargo que no confesará que la salud es para él un grato deleite? ¿Y qué es el deleite sino placer, pero con otro nombre?

En suma, buscan, por sobre todo, los placeres de la mente, a los que valoran como los más elevados. Sostienen que éstos surgen, principalmente, de la práctica de las virtudes y de la conciencia de una buena vida. Entre los placeres del cuerpo, la que se lleva las palmas es la salud. Los deleites del comer y del beber, y todo cuanto proporcione esa clase de deleites, son deseables, pero sólo con miras a una buena salud. Tales cosas no son placenteras en sí mismas, sino en tanto resisten el asedio secreto de la enfermedad. Así como el hombre prudente debería rogar para escapar a la enfermedad antes que para encontrar un remedio que se la cure, así también sería mejor no necesitar tal clase de placeres en lugar de tener que calmarse con ellos.

Si una persona sostiene que su felicidad consiste en ese tipo de placeres, entonces deberá admitir también que tendrá la mayor de las felicidades si su destino le depara una vida de

perpetua alternancia entre la sed, el hambre y la picazón, de un lado, y el beber, el comer y el rascarse, del otro. ¿Quién no ve que una vida así no sólo es desagradable, sino también desdichada? Tales placeres son, sin duda, los más bajos de todos, y también los más adulterados, ya que nunca ocurren sin la compañía de aquellos dolores que son sus correspondientes opuestos. Por ejemplo, al placer de comer está unido el hambre, y de una manera que no es pareja, ya que su dolor es más intenso, y dura más. Empieza antes que el placer y no termina hasta que el placer no muere con él. Esta clase de placeres, sostienen, no debería ser tan valorada, sino solamente en la medida en que son necesarios. Sin embargo, los utopienses los disfrutan, y reconocen agradecidos la amabilidad de la madre naturaleza que, con extrema dulzura, ofrece sus frutos para cubrir cada una de nuestras necesidades. Qué penosa sería nuestra vida si, del mismo modo que las demás enfermedades que nos aquejan con menos frecuencia, también estas enfermedades cotidianas del hambre y de la sed tuviesen que ser expelidas con pociones y drogas.

Festejan de buen grado la belleza, la fuerza y la velocidad, por ser dones de la naturaleza especiales y placenteros. También disfrutan, como moderada sazón de la vida, de todos aquellos placeres que entran por los oídos, por los ojos o por la nariz, a los que la naturaleza puso como característica especial de los hombres, pues ninguna otra especie viviente aprehende la forma y la pureza de las cosas del mundo, o se ve afectada por el placer de un aroma, excepto al elegir su alimento, o distingue entre intervalos de sonido armoniosos o disonantes. Pero a todo le imponen esta limitación: que el placer más bajo no interfiera con el más alto, y que la resaca del placer no provoque dolor. Si el placer es vil, creen que su consecuencia necesaria es el dolor.

Pero desdeñar la belleza de las formas, debilitar el vigor del cuerpo, dejar que la rapidez se vuelva lentitud, agotar al cuerpo con ayunos, deteriorar la propia salud, y, en general, negarse a sí mismo los favores de la naturaleza –a no ser que alguien

se prive para proveer con mayor celo al placer de otros, o al bien común, en recompensa por cuyo sacrificio se espera que vendrá un placer mayor de parte de Dios; lo cual, a su vez, no equivale a tratarse a sí mismo con dureza para conseguir una vana y sombría reputación de virtud que no beneficia a nadie, ni tampoco a prepararse para soportar adversidades que pueden no ocurrir nunca–, todas ellas, creen los utopienses, son actitudes de una extrema locura, y muestran una mente que es a la vez cruel consigo misma y desagradecida con la naturaleza, una mente que, desconociendo su deuda con ella, renuncia, en verdad, a todos sus beneficios. Esta es su visión acerca de la virtud y del placer, y creen que la razón humana no es capaz de acceder a una visión más verdadera, a menos que una religión enviada por el cielo inspire en los hombres un conocimiento más sagrado.

Tomar esto muy en cuenta

Son rápidos y activos con sus cuerpos, y más fuertes de lo que su estatura podría hacer creer, aunque no llegan a ser enanos. Sus tierras no son demasiado fértiles, y el clima tampoco es del todo benigno, pero se protegen del mal tiempo con una vida temperada, y compensan las carencias del suelo con una labor diligente. Como consecuencia, en ningún lugar del mundo existe mayor abundancia de granos y de ganado, ni son los hombres más vigorosos o menos propensos a enfermarse. No solamente es posible apreciar allí un ejercicio cuidadoso de las tareas habituales de la agricultura, mejorando la esterilidad del suelo mediante el arte y la industria, sino que también puede verse cómo han trasplantado bosques enteros. En esto, no se preocuparon tanto por la abundancia como por el transporte, ya que querían tener madera cerca del mar, de los ríos, o de las ciudades, siendo menos trabajoso cargar por tierra el grano que los troncos.

Felicidad de los utopienses, descripción

La gente, en general, es bien dispuesta, alegre, ingeniosa y amante del descanso. La cuota de labor pesada que les corresponda la cumplen con paciencia, pero no es algo que los

Utilidad de la lengua griega

entusiasme especialmente. Son incansables, en cambio, en su devoción por el estudio. Cuando se enteraron por nosotros de la existencia del pensamiento y de la literatura de los griegos (pues en latín no hay, fuera de la historia y de la poesía, nada que les merezca demasiada atención), fue maravilloso ver con qué energía se pusieron a la tarea de estudiarlos.

Comenzamos, entonces, a darles lecciones; al principio, más por no mostrarnos descorteses que porque esperásemos obtener algún resultado. Pero al poco tiempo su aplicación nos hizo ver que nuestra propia dedicación no sería en vano. Era sorprendente la facilidad con la que seguían el trazo de los caracteres, la corrección de su pronunciación, la rapidez para fijar en la memoria y la fidelidad con la que repetían lo que habían aprendido. La explicación de esto era que, en su mayoría, se trataba de personas que habían sido elegidas por su capacidad y su madurez, y que asumían la tarea de aprender no solamente guiadas por su libre albedrío, sino también porque estaban cumpliendo una misión encomendada por el senado. En menos de tres años ya dominaban perfectamente la lengua, y podían comprender a un buen autor, siempre que los textos no estuvieran incompletos. Conjeturo que pudieron acceder con facilidad a los estudios griegos porque éstos, de algún modo, guardaban cierta afinidad con los propios. Sospecho que su raza derivaba de la griega porque su lengua, que en casi todos los aspectos recuerda a la de los persas, conservaba ciertos vestigios griegos, por ejemplo, en el nombre de las ciudades y en el de los cargos de magistratura.

Admirable docilidad de los utopienses

Pero hoy se hace estudiar a los tontos, y a los de sumo ingenio los corrompe el placer

Cuando estaba haciendo los preparativos para mi cuarto viaje, en lugar de empacar artículos para vender, había puesto una buena cantidad de libros, ya que, más que en un pronto regreso, estaba pensando en no volver. Obtuvieron, entonces, por mi intermedio, casi todas las obras de Platón y bastantes

de las de Aristóteles, así como las de Teofrasto acerca de las plantas, las cuales lamento decir que estaban un poco mutiladas. Durante el viaje, un mico había encontrado el libro, que alguien dejó tirado en un descuido, y en su juego salvaje había destrozado varias hojas. De los gramáticos, sólo tienen a Lascaris, pues yo no había llevado a Teodoro. Salvo el de Esiquio y el de Dioscórides, no tienen ningún diccionario. Son muy afectos a las obras de Plutarco, y están fascinados por la gracia y el ingenio de Luciano.[38] De los poetas, tienen a Aristófanes, Homero y Eurípides, junto con la edición de Sófocles en caracteres pequeños que hizo Aldo. De los historiadores, les dejé Tucídides, Herodoto y Herodiano.

En medicina, mi compañero Tricio Apinato tenía unos pequeños tratados de Hipócrates y el *Ars medica* de Galeno, libros a los cuales atribuyeron un gran valor.

Utilísima medicina

A pesar de que no hay nación en el mundo que tenga menos necesidad que ellos de esta disciplina, en ninguna parte como allí se le rinden más honores, y esta es la razón por la que la consideran como la más delicada y útil de las ramas de la filosofía. Cuando, con la ayuda de la filosofía, exploran los secretos de la naturaleza, a los utopienses les parece que, además de obtener un gran placer por el estudio mismo, están mereciendo la aprobación suprema de su Autor y Hacedor. Suponen que, como todo artífice, también Él ha expuesto el mecanismo del mundo a la admiración de los hombres, los únicos a quienes Él ha hecho capaces de apreciar sus maravillas. Él, obviamente, prefiere un observador cuidadoso, diligente y que admire la obra, y no uno que, como una irracional bestia bruta, pase estúpido y estólido delante de un espectáculo tan imponente.

Contemplación de la naturaleza

De este modo, instruidas en las diferentes disciplinas, las

---

38. Erasmo y el mismo Moro habían publicado algunas traducciones latinas de la obra de Luciano.

mentes de los utopienses están sumamente preparadas para la invención de las artes que propician una vida más grata. Sin embargo, dos de estas artes –el arte de la imprenta y el de la manufactura de papel–, nos las deben a nosotros, aunque no del todo, ya que gran parte del mérito es de ellos mismos. Al mostrarles libros impresos con caracteres aldinos les fuimos diciendo con qué material se hace el papel y cómo es el arte de la impresión, aunque sin poder darles mayores detalles, ya que ninguno de nosotros era experto en esos temas. Pero ellos comprendieron al punto los fundamentos de la cuestión, y, aunque hasta ese momento venían escribiendo sobre pieles, cortezas o papiro, comenzaron a intentar la impresión sobre papel. Las primeras pruebas no fueron buenas, pero la experimentación continua los llevó a dominar ambas técnicas en poco tiempo. Tan amplio fue el éxito que, si conseguían alguna copia de un autor griego, ya nunca les faltaban sus libros. No tienen más obras de las que ya he mencionado, pero con la impresión de libros han aumentado notablemente su reserva de copias.

Quienquiera que, viajando para conocer, llegue hasta sus tierras, y domine alguna disciplina especial, o tenga muchas cosas para contar acerca de otros países remotos, será muy bien venido, ya que les encanta saber lo que sucede en el mundo. En este sentido, nuestra propia venida les causó mucho placer. Pocas personas, sin embargo, llegan hasta ellos para comerciar. ¿Qué podrían ofrecerles, además de hierro, o de oro y plata, mercancías estas últimas que todos prefieren más bien llevarse a su casa? En cuanto a los artículos de exportación, los utopienses prefieren transportarlos ellos mismos fuera del país, antes que dejar a los extranjeros que vengan a buscarlos. Con esta política, consiguen información actualizada acerca de los otros países, y evitan perder el arte de la navegación por falta de práctica.

De los esclavos

Admirable equidad de este pueblo

No hacen esclavos a los prisioneros de guerra, a menos que hayan sido capturados en guerras sostenidas por los mismos utopienses; tampoco a los hijos de esclavos, ni a nadie que haya sido esclavo en otro país. Tampoco compran esclavos afuera. Sus esclavos son los que ya se mencionaron, o bien los que han sido condenados a muerte en otro lugar por algún delito. La mayoría son de esta última clase; a veces los compran por poco dinero, pero lo más común es que los pidan, y se los den por nada. A esta clase de sirvientes los mantienen no solamente ocupados con tareas, sino también encadenados. Sus propios compatriotas son tratados con mayor dureza todavía; consideran que su conducta es mucho más reprobable y que merece un castigo más severo, puesto que, a pesar de haber tenido una crianza excelente para la vida virtuosa, no lograron abstenerse de obrar mal.

Existe todavía otra clase de siervos, pues a veces hay en otro país sirvientes muy pobres con un trabajo durísimo que eligen, voluntariamente, emplearse como esclavos en Utopía. A estos se los trata bien y, exceptuando el hecho de que se les asigna una mayor tarea, ya que están habituados a ello, tienen casi todas las ventajas de un ciudadano. Si alguno quiere irse, lo cual raramente ocurre, no se lo retiene contra su voluntad, ni se lo deja partir con las manos vacías.

De los enfermos

Los enfermos, como ya dije, están muy bien cuidados; nada les falta para restaurar su salud, ya sea en su medicina o en su dieta. A los enfermos incurables los consuelan con compañía y conversación, y con todo lo que pudiera procurarles algún alivio. Pero si alguien no solamente tiene una enfermedad incurable sino que también agoniza en un permanente sufrimiento, dado que ya no está en condiciones de cumplir con las cosas de la vida, y que es una carga para sí mismo y un problema para los demás, y que está sobreviviendo a su propia muerte, los sacerdotes y

los magistrados lo exhortan a tomar la decisión de no seguir alimentando a la peste y a la plaga, de disponerse a morir ahora que la vida le significa una tortura y de recostarse en la esperanza para liberarse de esta vida como de una prisión amarga, o del tormento, o, en todo caso, lo instan a permitir que otros lo liberen. Si así lo hace, habrá actuado con sabiduría, ya que con su muerte le estará poniendo fin, no al gozo, sino al suplicio. Siguiendo los consejos de los sacerdotes, que son los intérpretes de Dios, estará dando prueba de piedad y de santidad.

Muerte voluntaria

A los que se han sentido persuadidos por estos argumentos, o bien se los deja morir por inanición, o bien se los adormece, y se los libera sin que pasen por la sensación de la muerte. Pero no se elimina a nadie contra su voluntad, ni se disminuye el cuidado en lo más mínimo. Creen que la muerte aconsejada por la autoridad es honorífica. Pero si alguien comete suicidio sin la aprobación de los sacerdotes y del senado lo consideran indigno del fuego y de la tierra, y arrojan su cuerpo con ignominia en un pantano, sin darle sepultura decente.

Del matrimonio

Las mujeres no se casan hasta que tienen dieciocho años, y los varones, hasta cuatro años más tarde. Si antes de contraer matrimonio un hombre o una mujer son hallados culpables de mantener secretas relaciones íntimas, él o ella son severamente castigados, y quedan inhabilitados para casarse, a menos que medie el perdón del gobernador. Asimismo, tanto el padre como la madre de la familia en cuya casa se cometió la ofensa caen en desgracia, por haber sido negligentes en el cuidado de sus responsabilidades. La razón por la que castigan esta clase de ofensas con tanta severidad es que suponen que, si no se previene rigurosamente el comercio promiscuo, muy pocos querrían unirse en matrimonio, estado en el cual se debe pasar toda una vida con el mismo compañero, y en el que los problemas propios de tal situación deben soportarse con paciencia.

Para elegir pareja observan seria y estrictamente una costumbre que nos pareció insensata y extremadamente absurda.

Si bien no muy modesto, tampoco es demasiado incauto

La mujer, ya sea virgen o viuda, es expuesta desnuda a la mirada del pretendiente por una matrona digna y respetable, y, de manera similar, un varón discreto presenta ante la novia al pretendiente desnudo. Nosotros nos reíamos de tal costumbre y condenábamos su necedad. Ellos, a su vez, se maravillaban de la notable necedad de todas las demás naciones. Para comprar un potrillo, que es asunto de poco dinero, la gente es tan precavida que, a pesar de que lo ven prácticamente en pelo, no lo compran hasta que no le quitan de encima la silla y todas las riendas, por temor a que se esté escondiendo alguna llaga. Y, en cambio, para elegir esposa, acto que les causará placer o disgusto por el resto de sus vidas, son tan descuidados que, estando casi todo su cuerpo cubierto con las ropas, estiman el valor de la mujer entera viendo solamente su rostro, porción que no supera el tamaño de la palma de su mano, y se la llevan, corriendo el riesgo no pequeño de que surjan discordias por cualidades de uno que pueden molestar al otro.

No todos los hombres son tan sabios como para considerar solamente el carácter del cónyuge, y aun en los matrimonios de los sabios los atractivos del cuerpo realzan las virtudes del alma. También es verdad que hay ciertas deformidades que se pueden ocultar bajo los vestidos, y que pueden hacer que un hombre sienta rechazo por su mujer una vez que la separación física ya no está permitida por la ley. Si llegara a aparecer una deformidad así después de contraído el matrimonio, cada uno debería cargar con su propio sino, pero también las leyes, por su parte, deberían tratar de evitar de antemano que las personas fueran atrapadas con engaños.

Aquella disposición era sumamente necesaria porque los utopienses son el único pueblo de aquella parte del mundo que se conforma con una sola esposa y porque allí el matrimonio sólo se interrumpe con la muerte, a menos que medie adulterio o alguna cualidad intolerable de carácter. Cuando el marido o la esposa son ofendidos, el senado otorga permiso para tomar otra pare-

Divorcio

ja. La otra parte cae en desgracia y debe observar celibato perpetuo. Pero no aceptan que se repudie a la esposa que involuntariamente y sin culpa contrae una enfermedad grave. Consideran que es algo muy cruel abandonar a una persona necesitada de consuelo, y creen también que, dado que la vejez es una enfermedad que además provoca otras enfermedades, tiene necesidad de algo más firme que una fidelidad endeble y poco confiable.

Cuando sucede, de todos modos, que las disposiciones de ambos cónyuges impiden que la pareja alcance una armonía estable, y cada uno encuentra otra persona con la que abriga esperanzas de vivir una vida más agradable, se separan por consentimiento mutuo y celebran uniones nuevas, no sin la sanción del senado. Este último no permite el divorcio antes de que todos sus miembros y sus respectivas esposas hayan examinado cuidadosamente el caso. Y aun entonces no consienten con facilidad, porque saben que es muy difícil que se selle el cariño entre el marido y la esposa si se tiene a la mano la posibilidad de una nueva unión.

Los transgresores del vínculo conyugal son castigados con la forma más severa de esclavitud. Si ambas partes están casadas, las partes injuriadas, con su consentimiento previo, se divorcian de sus respectivas parejas adúlteras y se casan entre sí, o bien se les permite casarse con quien gusten. Pero si alguna de las partes ofendidas sigue sintiendo afecto por su indigna pareja, no está prohibido que el matrimonio se mantenga válido, con la condición de que acompañen y compartan la labor del que ha sido condenado a la esclavitud. No es raro que suceda que la penitencia del uno y la devoción del otro provoquen la compasión del gobernador y les permitan recuperar la libertad. La reincidencia, en cambio, se castiga con la muerte.

La estimación del castigo corresponde a los magistrados

Los crímenes no tienen una pena prefijada por la ley, sino que el castigo lo asigna el senado de acuerdo con la atrocidad o la venalidad de cada caso. Los maridos castigan a sus esposas y los padres a sus hijos, a menos que la ofensa

sea tan grave que convenga a la moralidad pública que sea castigada de manera abierta. Por lo general, las peores ofensas se castigan con la esclavitud, ya que ellos opinan que esta perspectiva no es menos formidable para el criminal ni menos ventajosa para la república que si se mata al culpable y se lo quita de en medio de una vez. Su trabajo es más beneficioso que su muerte, y el ejemplo, que persuade a otros de que se abstengan de cometer delitos similares, es más perdurable. Pero si se rebelan y se resisten a tal tratamiento, se los mata como a bestias indomables que no pueden ser contenidas con prisión ni con cadenas. Si son pacientes, sin embargo, no están totalmente privados de esperanza. Después de un castigo prolongado y duro, si muestran un arrepentimiento que atestigua que les duele más el pecado que la pena, entonces, a veces, mediante prerrogativa del gobernador o voto del pueblo se acorta su esclavitud, o bien se la redime del todo.

Pena por proponer estupro

Tentar a otro para que realice una acción impura no es menos punible que la comisión de esa misma acción. En todo crimen, el intento deliberado y declarado cuenta igual que su consumación, porque piensan que el hecho de haber fallado no debería beneficiar a quien hizo todo lo que estaba a su alcance para no fallar.

Placer con los locos

Son muy considerados con los locos. Está muy mal visto insultarlos, pero no está prohibido deleitarse con sus ocurrencias. Esto último, piensan, resulta muy beneficioso para los locos mismos. Si alguien es tan solemne y severo que no se divierte con lo que ellos dicen o hacen, no se le confía el cuidado de algún loco. Temen que no lo trate con la suficiente indulgencia, ya que no encontrará en él ni utilidad ni gracia, que es el único don de los locos.

Burlarse de alguien que es deforme o que ha perdido algún miembro se considera bajo y deformante, no de la persona burlada sino de quien se ríe de ella, porque es una necedad reprochar a un hombre por un defecto que él no puede evitar. Consideran que no preservar la propia belleza natural es

Belleza artificiosa

debilidad y pereza, pero disimularla con cosméticos les parece una afectación infame. La experiencia les ha mostrado que ninguna elegancia exterior puede recomendar a la esposa tan bien a su marido como la probidad y el respeto. Algunas personas se sienten atraídas sólo por una buena figura, pero únicamente la virtud y la obediencia pueden conservar el amor de un hombre.

Las recompensas deben invitar a los ciudadanos al deber

No solamente disuaden de la comisión de delitos mediante el castigo sino que también ofrecen honores para atraer a los hombres hacia la virtud. De este modo, levantan estatuas en la plaza del mercado a los hombres que han brindado un servicio especial a su país, para guardar memoria de los buenos actos y, al mismo tiempo, para que la gloria de los antepasados estimule la virtud de los descendientes.

Condena de la intriga

La persona que solicita los votos para obtener algún cargo queda absolutamente inhibida para ejercer cualquier función pública. Viven juntos en un ambiente amigable y de buena voluntad. Ningún magistrado es arrogante o inaccesible. Se los llama padres, y ellos se portan como tales. Se los reverencia de buen grado,

Honor a los magistrados

como debe ser, y no se fuerza el respeto del reticente. El gobernador mismo se distingue

Dignidad del príncipe

de los ciudadanos no por sus vestidos o por una corona sino porque porta un atado de espigas, del mismo modo que la distinción del sumo sacerdote es la candela que lo precede.

Pocas leyes

Tienen muy pocas leyes, porque para personas tan educadas unas pocas leyes alcanzan. La falta principal que encuentran en los demás pueblos es el hecho de que sus innumerables libros y comentarios de derecho no les resultan suficientes. Creen además que no es justo que haya personas sometidas a un cuerpo de leyes tan numerosas que no se pueden leer todas, o tan obscuras

Inútil turba la de los abogados

que nadie las puede entender. Lo que es más, han eliminado por completo el oficio

de los abogados, porque manipulan los casos con astucia y argumentan mañosamente aspectos legales. Consideran que es bueno que cada cual defienda su propia causa y que le diga al juez lo mismo que le diría a su asesor letrado. De esta manera hay menos ambigüedad, y la verdad se alcanza con mayor facilidad cuando una persona, prescindiendo de los trucos que le aconseja su abogado, lleva adelante su propio caso ante un juez que, ponderando apropiadamente cada dicho, trata de ayudar a que una mente sencilla y sin tutelas pueda derrotar las falsas acusaciones del poderoso. En otros países sería muy difícil garantizar estos derechos, dada la inmensa cantidad de leyes extremadamente complicadas. Pero en Utopía cada persona es experta en derecho. En primer lugar, porque tienen, como ya dije, muy pocas leyes, y, en segundo lugar, porque consideran que la interpretación más obvia de la ley es la más justa. Esta política se basa en el siguiente argumento: las leyes se promulgan para recordar a cada hombre cuál es su deber, y sólo unos pocos podrían recordar las interpretaciones más recónditas, ya que casi nadie puede llegar hasta ellas, mientras que el sentido más simple y obvio de las leyes se encuentra al alcance de cualquiera. Si no fuese así, ¿qué diferencia habría para las personas comunes, que son las más numerosas y también las que más necesitan instrucción, entre no violar ninguna ley o violar una ley que tuviese una interpretación tan enrevesada que sólo se podría elucidar con agudeza de ingenio y argumentos complicados? El juicio inexperto de la gente común no puede alcanzar el significado de una interpretación semejante, y el tiempo de su existencia no es lo bastante extenso para intentarlo, ya que deben ocuparlo en ganarse la vida.

Debido a las virtudes de los utopienses, sus vecinos (que son libres e independientes, ya que hace mucho tiempo que los utopienses los han ayudado a librarse de los tiranos) suelen pedirles que les envíen magistrados, por períodos de uno o de cinco años. Al expirar el mandato, los acompañan de regreso a casa con honores y elogios, y vuelven a su propio país con los sucesores. Obrando así, estos pueblos proveen con prudencia al

bienestar de la república. Puesto que la prosperidad o la ruina de esta última depende del carácter de sus magistrados, ¿quién mejor que alguien a quien ningún soborno puede apartar del camino honrado, ya que en poco tiempo volverá a su hogar, y que no puede ser influido por la parcialidad desviada o por la animosidad contra nadie, porque es extranjero? El favoritismo y la avaricia son dos males que, cuando arraigan en el juicio de los hombres, destruyen al instante toda justicia, que es el nervio de la república. A los pueblos que toman sus magistrados de Utopía se los llama asociados; el término amigo lo usan, en general, para cualquier pueblo al que hayan prestado algún beneficio.

De las alianzas

Las demás naciones suelen celebrar alianzas, romperlas, renovarlas; ellos, no. «¿Para qué sirve una alianza?», se preguntan, «¿es que no nos ha unido suficientemente la naturaleza? Y, por otra parte, si una persona no observa lo que manda la naturaleza, ¿cómo imaginar que le importarán las palabras?».

Son proclives a mantener esta opinión, principalmente, porque en aquella región del mundo los tratados y las alianzas de buena fe entre los reyes no suelen ser muy respetados. En Europa, en cambio, y especialmente en los países donde prevalece la religión de Cristo, la majestad de los tratados es sagrada e inviolable, en parte, por la justicia y la bondad de los reyes, y en parte por la reverencia y el temor que sienten por los pontífices. Y estos últimos, así como no se comprometen a nada que no cumplirán religiosamente, así también ordenan a todos los gobernantes que se atengan por todos los medios a sus promesas, y corrigen a los recalcitrantes con censuras pastorales y severas recriminaciones. Desde luego, los papas están absolutamente en lo cierto al considerar que es sumamente deshonroso que alguien a quien se nombra con el particular título de «fiel» no observe de buena fe los acuerdos que suscribe.

Pero en aquel mundo nuevo, tan separado del nuestro por el círculo del ecuador como distante en sus formas de vida y en

sus costumbres, no confían en los tratados. Cuanto más numerosas y sagradas son las ceremonias que sellan un acuerdo, más pronto se lo viola. Siempre se puede encontrar algún defecto en las palabras, que a menudo han sido dispuestas precisamente con ese propósito, de modo de que nunca existan lazos tan fuertes que impidan librarse de ellos, quebrando a la vez el tratado y la fe. Si en los contratos celebrados entre personas privadas se llegara a descubrir alguna de estas astucias, no digamos ya un fraude o un engaño, los redactores de tratados harían escuchar el desprecio de su indignación, y clamarían contra un sacrilegio que merece la horca, a pesar de que los mismos hombres se jactan de ser los autores de esa clase de consejo cuando el beneficiario es un rey.

Como consecuencia, los hombres suelen pensar que, o bien la justicia es una virtud plebeya y rastrera, que está muy por debajo de la majestad de los reyes, o bien que existen al menos dos clases de justicia: una que anda de a pie y se arrastra por el suelo, adecuada para la gente común y cargada con tantas cadenas que nunca podrá superar sus fronteras, y otra, propia de los reyes, más augusta que la del pueblo, y tan libre que todo le está permitido, exceptuando lo que le resulta desagradable.

Este comportamiento de los gobernantes que tan mal observan sus compromisos, como ya dije, es la razón por la que los utopienses no los suscriban; si viviesen aquí, probablemente cambiarían de opinión. En todo caso, piensan que, aunque los tratados fueran respetados de buena fe, es una pena que se haya desarrollado la costumbre de celebrarlos. El resultado de esto (como si los pueblos separados apenas por una colina o por un río no estuvieran unidos por ningún lazo natural) es que los hombres terminan persuadidos de que han nacido como adversarios y enemigos unos de otros, y que tienen el derecho de procurar la mutua destrucción a menos que se lo impida algún tratado. Y, lo que es peor, aun en el caso de que éstos se hayan celebrado, nunca surge la amistad, sino que se mantiene la licencia para agredirse, ya que, debido a la deli-

berada falta de precisión en la redacción, no hay manera de excluirla como posible corolario de alguno de sus artículos. Los utopienses, por el contrario, creen que nadie que no nos haya hecho algún daño debería ser considerado como enemigo, que la amistad creada por la naturaleza reemplaza a los tratados, y que los hombres están mejor y más firmemente unidos por la buena voluntad que por los pactos, por el espíritu más que por las palabras.

De los asuntos militares

La guerra, actividad propia de las bestias, aunque por ninguna bestia practicada con tanta asiduidad como por el hombre, es despreciada allí de una manera terminante. En contraste con la costumbre de casi todas las naciones, no hay cosa que tengan por menos gloriosa que la gloria que se consigue en la guerra. De todos modos, hombres y mujeres por igual se ejercitan regularmente en días fijos en las tareas militares, a menos que tengan algún impedimento físico. Sin embargo, no se deciden con liviandad a hacer la guerra. Sólo pelean para proteger su propio territorio, para echar a un enemigo invasor de las tierras de un pueblo amigo, o, movidos por la compasión humanitaria hacia un pueblo oprimido por la tiranía, para liberarlo con la fuerza de las armas del yugo y de la esclavitud del tirano.

Prestan ayuda a sus amigos no solamente para defenderlos, sino a veces también para resarcirlos de injurias que hayan recibido en el pasado. Sin embargo, nunca actúan sin haber sido consultados de antemano, sin aprobar la causa, ni sin que primero se haya reclamado una reparación en vano. Dan el paso final hacia la guerra no solamente cuando ha ocurrido una intrusión hostil sino también, y con mayor fiereza si cabe, cuando los comerciantes de alguna nación amiga han sufrido, en un tercer país, una persecución injusta disfrazada bajo el color de la justicia, ya sea con el pretexto de leyes injustas, o mediante la distorsión de leyes que en sí mismas son justas.

Ese fue el origen de la guerra que los utopienses habían sostenido en favor de los nefelogetas[39] contra los alaopolitas[40], un poco antes de nuestra llegada. Los comerciantes nefelogetas habían sufrido una injuria, según creían, con el pretexto de ciertas leyes, lo cual, superando las cuestiones de derecho, derivó hacia una guerra feroz. En esta guerra intervinieron las naciones vecinas, aportando energías y recursos que aumentaron el poderío y el rencor en ambos lados. Repúblicas florecientes fueron conmovidas hasta sus cimientos, o resultaron severamente dañadas. La sucesión encadenada de males sólo se interrumpió con la rendición y la esclavización de los alaopolitas. Los utopienses, dado que la lucha no afectaba sus intereses inmediatos, dejaron a los derrotados bajo el control de los nefelogetas, un pueblo que, cuando los alaopolitas eran prósperos, no se les podía comparar.

Así de severos son los utopienses cuando castigan el daño causado a sus amigos, inclusive en cuestiones de dinero, aunque no sucede lo propio con el que se les causa a ellos mismos. Si, por medio de algún fraude no violento, llegan a perder bienes, su ira no va más allá de interrumpir todo trato comercial con aquel país hasta no recibir alguna reparación. Y no es que cuiden menos a sus propios ciudadanos que a los de sus aliados. Sucede que las pérdidas pecuniarias de los comerciantes amigos les parecen más serias porque recaen sobre la propiedad de particulares, mientras que sus propios ciudadanos sólo pierden bienes de la reserva común, que, en verdad, es como si fuesen superfluos, pues de otro modo no podrían haber sido exportados. En consecuencia, esta clase de pérdidas no se siente del mismo modo

---

39. «Hijos de las nubes», neologismo compuesto a partir de los vocablos griegos: *nefelé* (nubes) + *guenetés* (engendrado por).

40. «Ciudadanos de un lugar deshabitado»: A (partícula que indica negación) + *laós* (pueblo) + *polités* (habitante de la ciudad).

que las que son privadas. Consideran que es excesivamente cruel vengar este tipo de injurias con la muerte de muchos hombres, siendo que el perjuicio no afecta ni la vida ni la subsistencia de ninguno de sus miembros.

Sin embargo, si en algún lugar un ciudadano de Utopía resulta lastimado o muerto, ya sea que el hecho se atribuya al gobernante o a un ciudadano privado, primero se cercioran de cómo sucedieron las cosas por medio de una delegación, y luego, si no se les entrega a los culpables, rechazan cualquier tipo de arreglo, y declaran la guerra. Si se les entrega a los culpables, los castigan con la muerte o con la esclavitud.

Victoria muy cara

Una victoria obtenida al costo de mucho derramamiento de sangre no sólo les molesta, sino que además los avergüenza, ya que creen que es una locura pagar un precio tan alto, aun por los mejores artículos. Pero si derrotan al enemigo con estratagemas astutas sienten un gran orgullo, celebran la victoria con un triunfo público, y levantan un monumento como si se tratara de una hazaña memorable. Se jactan de haber actuado con valor y heroísmo en una victoria que sólo pudo obtener un ser viviente como el hombre, con el poder de su inteligencia; pues, con el poder del cuerpo, dicen, pueden pelear los osos, leones, jabalíes, lobos, perros y demás bestias salvajes. Todos ellos nos superan en fuerza y ferocidad, pero son muy inferiores en astucia y en cálculo.

Su único propósito en la guerra es conseguir algo cuya obtención pacífica habría evitado la declaración de hostilidades. Si esto último no fue posible, entonces exigen un castigo tan severo para aquéllos a quienes consideran culpables que disuada a cualquier otro de intentar en el futuro una acción semejante. Este es su principal interés en la contienda, y se preocupan más por evitar el peligro que por obtener admiración o fama.

Apenas se declara la guerra, disponen el envío simultáneo de un gran número de bandos, ratificados con el sello oficial, para colocarlos clandestinamente en los lugares más prominentes del territorio enemigo. En estos bandos prometen grandes recompensas a quien logre matar al rey enemigo. Ofrecen

también cantidades menores, aunque siempre sustanciosas, por la cabeza de ciertas personas en particular, hombres cercanos al rey a los que consideran responsables de las medidas hostiles que se han tomado contra ellos. Cualquiera sea la suma que establecen para esos asesinatos, la doblan para el caso de que les traigan con vida a alguno de los buscados. Establecen sumas similares, y una garantía de seguridad, para los proscriptos que decidan enfrentar a sus compatriotas.

De este modo sucede que los enemigos llegan a sospechar de todos los extranjeros, y además, dejan de confiar y de ser leales entre sí. Los asalta el pánico, y el peligro es inmenso. Es bien conocido que muchas veces, sus enemigos más importantes, y aun los mismos reyes, fueron traicionados por aquellos en quienes más confianza depositaban, tan sencillo es incitar a los hombres a cometer cualquier clase de crimen si se cuenta con la suma adecuada. No tienen límites para ofrecer recompensas. Pero tienen buena cuenta, sin embargo, del riesgo enorme que implica lo que están proponiendo, y compensan proporcionalmente de acuerdo con la gravedad del peligro. Prometen, en consecuencia, y pagan sin falta, no solamente enormes cantidades de oro sino también grandes extensiones de tierras, con rentas muy altas, en sitios seguros de países amigos.

Una costumbre como ésta, de sobornar y engañar al enemigo, que en todos los demás lugares se condena como una cruel degeneración, allí se considera como indicio de inteligencia, porque les permite resolver una guerra sin tener que dar batallas, y de humanidad y de misericordia, porque con la muerte de unos pocos culpables resguardan la vida de muchas personas inofensivas que habrían caído en los combates, tanto de su lado como del enemigo. Sienten casi tanta compasión por los soldados enemigos como por los ciudadanos propios. Saben que la gente común no va a la guerra por decisión propia, sino que los arrastra a ella la locura de sus reyes.

Si este plan no tiene éxito, intentan sembrar las semillas de la desunión, alimentando las esperanzas de obtener el trono

en un hermano del rey, o en algún otro noble. Si la disputa interna no prospera, tratan de involucrar a los vecinos de sus enemigos, desenterrando algún reclamo de soberanía olvidado, de esos que todos los reyes siempre tienen a mano. Para colaborar en esta guerra, ofrecen dinero con mucha liberalidad, pero son sumamente reacios a enviar a sus propios conciudadanos. Cuidan y valoran tanto a cada uno de ellos que no dudan en intercambiar a un ciudadano propio por el rey de sus enemigos. En cuanto al oro y la plata, dado que los reservan para este destino, los ofrecen sin reticencia, porque sus vidas no cambiarían en nada aunque los gastaran íntegramente. Además, como ya dije, a los tesoros que guardan en casa se les agregan los que tienen diseminados en otras naciones de las que son acreedores.

Con sus riquezas contratan y envían a pelear a soldados de todas partes, en especial, a los de origen zapoleta.[41] Las gentes de este pueblo habitan a unas quinientas millas al este de Utopía y tienen un carácter temible, rudo y salvaje. Viven a sus anchas en los bosques intrincados y en las montañas rocosas en donde se han criado. Son una raza dura, capaz de soportar el calor, el frío y el trabajo; carecen de refinamientos, no conocen la agricultura, no les importa la casa en la que viven ni la ropa que usan, sólo se ocupan de sus rebaños. Se alimentan principalmente de la caza y de la rapiña. Nacieron para la guerra y siempre andan buscando una ocasión para pelear. Cuando la encuentran, se aferran a ella. Abandonan en bandadas sus

---

41. «Vendedores atareados». Hace notar Edward Surtz, en la «Introduction» a la edición de Yale de *Utopía*, que en las dos primeras ediciones, de París y de Lovaina, el párrafo referido a los mercenarios zapoletas estaba acompañado de la siguiente nota marginal: «Genus haud ita dissimilis eluetijs» (Raza no muy diferente a la de los helvéticos). Pero, dado que Basilea pertenecía a la Confederación Suiza, y que la caracterización de los zapoletas era sumamente despectiva, dicha nota fue eliminada en las ediciones tercera y cuarta, realizadas por un imprentero de esa ciudad.

tierras y se ofrecen por un precio bajo a todo el que necesite combatientes. El único medio de vida que conocen es el que procura la muerte.

Luchan con ardor y con lealtad incorruptible hacia el que les paga. Pero no se comprometen a constancia alguna, y eligen el bando según la paga más alta, y así, hoy se pasan al lado enemigo, y mañana, si los tientan con una oferta levemente superior, regresan al bando originario.

En casi todas las guerras siempre hay zapoletas en ambos ejércitos. Es habitual que personas unidas por lazos de sangre que fueron contratadas por un mismo bando y llegaron a ser íntimos amigos, cambien de repente de lado, y tengan que enfrentarse en el campo de batalla. Olvidando toda amistad y parentesco, se persiguen mutuamente con la mayor ferocidad. La única razón que los empuja a destruirse unos a otros es el hecho de haber sido arrendados por reyes enemigos a cambio de una suma pequeña, de la cual llevan una cuenta tan minuciosa que están muy dispuestos a cambiar de bando por una diferencia de un penique diario. Han adquirido así un hábito de avaricia que, sin embargo, no les resulta provechoso en lo más mínimo. Lo que obtienen arriesgando la vida se lo gastan al instante, en un libertinaje de la más baja estofa.

Este pueblo lucha siempre en favor de los utopienses contra mortales de cualquier procedencia, porque el precio que les pagan por sus servicios es más alto que el que podrían obtener en ningún otro lugar. Los utopienses, así como se sirven de hombres buenos en menesteres dignos, enrolan a estos villanos para abusarse de ellos en asuntos despreciables. Cuando lo indica la ocasión, los envían con grandes promesas a enfrentar terribles peligros. Por lo general, son pocos los que regresan a reclamar la paga, pero a los sobrevivientes se les liquida honestamente lo convenido, para incitarlos a que vuelvan a afrontar situaciones similares. A los utopienses no les preocupa en lo más mínimo cuántos zapoletas se pierden en cada acción, puesto que creen que se convertirían en los máximos benefactores de la humanidad si pudieran librar al

mundo de todo rastro de este pueblo impío y abominable.

Se valen, también, de las fuerzas de los pueblos a los que defienden, y de escuadrones auxiliares de sus otros amigos. Finalmente, adicionan un contingente propio, en el que seleccionan a un ciudadano de valor comprobado para comandar a todo el conjunto. Designan también dos sustitutos, que no tienen autoridad mientras el comandante se mantenga en funciones. Pero si lo capturan, o lo matan, lo sucede el primero de los suplentes, y luego, el segundo. Evitan, de este modo, que los riesgos que corra el comandante involucren a todo el ejército, ya que los azares de la guerra son incalculables.

En cada ciudad, se realiza una selección entre los voluntarios. No obligan a nadie a combatir contra su voluntad porque están convencidos de que si alguien es temeroso por naturaleza, no sólo no se comportará de un modo viril sino que esparcirá el temor entre sus camaradas. Sin embargo, si llega a haber una guerra que amenaza su propio territorio, distribuyen a los débiles de carácter, si es que están físicamente aptos, en grupos formados por los más valerosos, o los asignan en puestos amurallados en los que no puedan huir. De este modo, el pudor de fallar ante los compatriotas, la cercanía del enemigo y la imposibilidad de escapar se combinan para superar su cobardía, y a menudo logran que de la extrema necesidad se haga virtud.

Así como no se obliga a ningún hombre a marchar a una guerra en el extranjero en contra de su voluntad, así también, si las mujeres quieren acompañar a sus esposos en el servicio militar, no sólo no se lo prohíben sino que las estimulan con expresiones elogiosas. Una vez afuera, se ubican en el frente de batalla al lado de sus maridos. Los varones luchan rodeados por sus hijos y por sus parientes de sangre y de matrimonio, y así, cada cual se encuentra pronto para prestar su asistencia a las personas según las preferencias que le impone la naturaleza. Un marido que vuelve sin su esposa, o un hijo que regresa sin su padre se hacen acreedores del máximo reproche. En consecuencia, cuando se llega al combate cuerpo a cuerpo, si

el enemigo mantiene la posición, la batalla se torna prolongada y amarga, y termina en un exterminio mutuo.

Como ya dije, se cuidan mucho de no tener que luchar personalmente si es que pueden resolver la guerra mediante el arriendo de sustitutos. Cuando el servicio personal es inevitable, demuestran tanto coraje en el combate como ingenio habían exhibido para tratar de impedirlo. No son impetuosos en el primer embate, pero su gran resistencia parece ir aumentando sus fuerzas a medida que va pasando el tiempo. Tienen un espíritu tan indomable que se dejarían cortar en pedazos antes que ceder la posición. La falta de ansiedad por lo que será de ellos cuando regresen y la ausencia de preocupación por el futuro de sus familias, inquietudes que afectan a la mayoría de los soldados, y que suelen quebrar a los talantes más combativos, inflaman su ánimo y lo vuelven desdeñoso de los peligros.

Por lo demás, su excelente entrenamiento en la disciplina militar les da mucha confianza. Y, finalmente, sus opiniones rectas y sólidas, recibidas desde la infancia por vía de la enseñanza y de la vigencia misma de las buenas instituciones de su patria, les otorgan un coraje adicional. No estiman tan poco su vida como para arriesgarla por nada, ni en grado tan inmoderado como para aferrarse a ella de un modo avaro y vergonzoso si el honor exige que la entreguen. Cuando la batalla alcanza su grado máximo de intensidad, los guerreros jóvenes, especialmente escogidos, unidos por juramento, se aplican a perseguir al general enemigo. Lo atacan abiertamente, le tienden trampas ocultas, lo acosan de cerca y de lejos. Siempre hay un grupo grande de hombres descansados que mantienen el asalto cuando decaen los que están exhaustos. Es muy raro que el jefe enemigo, si no se salvó huyendo, no termine abatido o hecho prisionero.

Atacar al jefe enemigo con todos los recursos, para terminar la guerra cuanto antes.

Si la victoria los favorece, no hay una carnicería indiscriminada, pues prefieren tomar prisioneros a los derrotados antes que matarlos. No persiguen al enemigo en retirada

sin dejar una división completa y pronta bajo sus banderas. Llevan esta práctica a tal extremo que, si después de que todo el resto del ejército ha sido derrotado, llegan a obtener el triunfo con la acción de esta división de reserva, prefieren dejar escapar a todos sus enemigos antes que perseguirlos y desarmar sus filas. Recuerdan siempre que más de una vez les ha sucedido que, con el grueso de su ejército derrotado y dispersado, el enemigo, ebrio con la victoria, se había puesto a perseguir a los fugitivos en todas direcciones, y un número pequeño de hombres, mantenidos en ordenada reserva, había iniciado el contraataque sobre el adversario desorganizado, que, por sentirse seguro, había descuidado toda protección. Tomando estas previsiones, pudieron cambiar el rumbo de una batalla, arrebataron de manos del enemigo una victoria cierta e indudable, y vencidos ellos mismos, vencieron a sus vencedores.

No es fácil decir si son más hábiles al planear emboscadas o más prudentes al evitarlas. Se diría que están considerando la huida cuando en verdad se proponen lo contrario; y, a la inversa, cuando disponen la retirada, parece que estuviesen por atacar. Si se ven en inferioridad numérica o posicional, o bien levantan en sigilo el campamento por la noche, y eluden al enemigo con alguna estratagema, o bien se van retirando durante el día de un modo tan imperceptible y en un orden tan regular que resulta tan peligroso atacarlos cuando retroceden como cuando avanzan. Protegen cuidadosamente su campamento con un foso ancho y profundo, y arrojan al interior la tierra excavada. Para esta tarea no se valen de los trabajadores más humildes, sino que la realizan los soldados con sus propias manos. Todo el ejército se emplea en esta labor, con excepción de los que montan guardia por alguna emergencia. De este modo, gracias al esfuerzo de tantos, completan grandes y espaciosas fortificaciones con una rapidez increíble.

Forma de sus armaduras

Sus armaduras son fuertes y soportan los golpes, pero se adaptan con soltura a los movimientos y las posturas del cuerpo. Los

utopienses no sienten incomodidad ni siquiera al nadar, ya que su entrenamiento militar incluye la natación con armas. Como armas de largo alcance usan flechas, disparadas con gran potencia y precisión, no sólo de a pie sino también andando a caballo. En el combate cuerpo a cuerpo no usan espadas, sino una especie de hachas pesadas y con borde muy afilado, que resultan armas mortales al empuñarlas y al arrojarlas. Son muy ingeniosos para inventar máquinas de guerra. Las esconden con gran cuidado; si se las viera antes de que las utilicen en el ataque, causarían más risa que espanto. Al fabricarlas, se preocupan por que sean fáciles de transportar y de maniobrar.

Treguas

Si se acuerda una tregua con el enemigo, la observan con un respeto religioso, aunque tengan que tolerar provocaciones. No saquean el territorio enemigo ni incendian sus sembradíos. Tratan, en lo posible, de que éstos no sean pisoteados por hombres o caballos, ya que consideran que todo lo sembrado los beneficia. No lastiman a los no combatientes, a menos que sean espías. Cuando se les rinde una ciudad, la mantienen intacta. Ni siquiera permiten el pillaje en aquellas con las que han combatido, aunque castigan con la muerte a los que han impedido la rendición, y hacen esclavos al resto de los defensores. Desarman a la multitud de no combatientes. Si se enteran de alguien que haya recomendado la rendición de la ciudad, le asignan una parte de la propiedad de los condenados. Ofrecen a sus aliados el resto de los bienes confiscados, y ni uno solo de sus hombres se queda con partes del botín.

Pero hoy en día se les impone la mayor parte a los vencedores

Al terminar la guerra, no cargan las costas sobre los amigos en favor de quienes la habían iniciado, sino sobre los derrotados. Les cobran en dinero, que separan como reserva para utilizar en casos similares de conflicto bélico, y también en territorios, sobre los que disfrutarán una renta permanente. Hay muchos países en los que tienen rentas de esta clase, las que, sumadas, alcanzan un monto de setecientos mil ducados al año. Despachan hacia esas tierras a ciudadanos propios con el título

de Agente de Finanzas, para que vivan allí con gran estilo, y hagan el papel de magnates. Siempre queda una parte muy importante de la renta, que se destina al tesoro público, a menos que decidan prestarla a la nación vencida. Esto último es lo más usual, y ni siquiera reclaman el total de la suma cuando necesitan recuperar el crédito. De estas propiedades sale la parte que asignan a los que habían asumido la peligrosa misión que describí más arriba.

Si algún rey se levanta en armas contra ellos y se prepara para invadir su territorio salen impetuosamente a su encuentro antes de que llegue a sus fronteras. Nunca combaten en el interior de su propio país, y ninguna emergencia es tan acuciante que los lleve a admitir la entrada de aliados extranjeros en la isla.

Las religiones de los utopienses

Existen diferentes clases de religión, tanto en la isla como dentro de cada ciudad. Algunos adoran al sol, otros a la luna, otros a algún planeta. Hay quienes son devotos de un hombre conspicuo, debido a su virtud o a su gloria, y lo tienen no solamente por un dios, sino por el dios supremo. Pero la gran mayoría, que a la vez son los más inteligentes, no cree en nada de todo eso, sino en un ser único, incognoscible, eterno, inmenso, inexplicable, que excede la comprensión humana y está presente en toda la extensión del universo, no como materia sino como poder. Lo llaman padre. A él solamente le atribuyen el comienzo, el crecimiento, el aumento, los cambios y el fin de todas las cosas que ellos perciben. No rinden honores divinos a ninguno más.

El resto de los utopienses, aunque mantienen creencias diferentes, coinciden con ellos en que hay un ser supremo, al que se le debe la creación y el gobierno providente de todo el mundo. Todos por igual lo llaman Mitra[42] en su lengua nativa,

---

42. Mitra, dios solar de los persas.

pero difieren en el modo de considerarlo. Cada grupo cree que el objeto de la naturaleza a cuya majestad y poder único el consenso de las naciones atribuye la suma de todas las cosas es el que ellos han distinguido. Sin embargo, gradualmente están empezando a dejar de lado esta clase de supersticiones, y están arribando a una cierta unidad en torno de la religión que supera ampliamente a las demás en razonabilidad. Tampoco quedan dudas acerca de que también las demás creencias habrían desaparecido hace mucho tiempo, de no ser porque, cada vez que alguien está considerando el cambiar de religión, toma, guiado por el miedo, cualquier suceso poco habitual como un indicio, no de la mera casualidad, sino de la ira vengadora de la divinidad a la que está renunciando.

Al enterarse, por nosotros, del nombre de Cristo, de sus enseñanzas, de su carácter, de sus milagros, y de la no menos maravillosa fidelidad de los mártires, cuya sangre terminó conduciendo a tantas naciones de todo el mundo hacia su hermandad, no creerías cuán dispuestos estuvieron, ellos también, a unírseles, ya fuera por obra de una misteriosa inspiración divina, o porque los encontraban muy próximos a las creencias que allí prevalecían. Pienso, sin embargo, que hubo otro elemento de un peso no menor, y es que escucharon que el modo de vida en común de sus discípulos había sido grato a Cristo, y que todavía se lo practicaba en las sociedades verdaderamente cristianas. Cualquiera sea el argumento que influyó en ellos, el hecho es que no fueron pocas las personas que se unieron a nuestra religión y recibieron el baño sagrado del bautismo.

Conventos

Sin embargo, dado que entre nosotros cuatro (y sólo cuatro quedábamos, ya que dos habían sucumbido) no había, lamento decir, ningún sacerdote, se los inició en muchas cuestiones, pero les faltaron los sacramentos que, entre nosotros, sólo los sacerdotes pueden administrar. De todos modos, los conocen, y desean poder recibirlos con unción ferviente. Están debatiendo, inclusive, si, sin la admonición de un obispo cristiano, podrían elegir a alguno de ellos para que cumpla la función sacerdotal.

Parecía que ya estaban por designar a un candidato, pero al momento de mi partida todavía no lo habían hecho.

Los que no acuerdan con la religión de Cristo no tratan de impedir que otros la abracen. No atacan a nadie por profesar su creencia. Solamente en una ocasión, mientras yo estuve allí, uno de los nuestros tuvo inconvenientes. A poco de ser bautizado, a pesar de que le aconsejáramos lo contrario, comenzó a hablar en público de la religión de Cristo, con más celo que discreción. Se entusiasmó tanto con la prédica que no solamente pregonaba que prefería nuestro culto, sino que también condenaba a todos los demás. Decía que eran profanos y que sus seguidores eran impíos, sacrílegos y merecedores del fuego eterno. Después de un buen tiempo de predicar en este tono, lo arrestaron, lo juzgaron y lo condenaron, no porque despreciaran su religión sino porque estaba instigando al tumulto del pueblo. La sentencia fue el exilio. A decir verdad, una de sus instituciones más antiguas establece que nadie debería ser perseguido por motivos religiosos.

Debe atraerse a la religión mediante las loas

Utopo había escuchado que, antes de su llegada, los habitantes disputaban permanentemente por cuestiones religiosas, y notó que esas diferencias universales entre sectas particulares que peleaban para defender a su país de la invasión le habían dado a él la oportunidad de derrotarlos. Desde el comienzo mismo, en consecuencia, una vez que logró la victoria, estableció especialmente que se permitiría a cada uno observar la religión de su preferencia, que cada cual podría intentar atraer a los demás hacia la suya propia, siempre que la presentara, apoyada en razones, con serenidad y modestia, y que, si su persuasión no era suficiente, no atacara ácidamente a las demás creencias ni recurriera a la violencia. Si alguien se expresa con excesiva vehemencia en favor de sus opiniones, lo castigan con el exilio o la esclavitud.

Utopo estableció estas disposiciones no solamente para resguardar la paz, a la que vio completamente destruida por el odio implacable y la disputa permanente, sino también

porque pensaba que este modo de convivencia contemplaba los intereses mismos de la religión. En cuanto a los contenidos religiosos, no se atrevió a dogmatizar. No estaba seguro de que Dios no deseara un culto múltiple y variado, y, en consecuencia, que no hubiese inspirado a diferentes pueblos con diferentes opiniones. De lo que sí estaba convencido es de la insolencia y la locura que significa exigir con amenazas violentas que todos crean lo que a uno le parece verdadero. Y aun en el caso de que una única religión fuera verdadera y las demás fueran todas falsas, comprendió desde el principio que, si el asunto se manejaba de una forma razonable y moderada, la verdad terminaría emergiendo tarde o temprano por la fuerza de su propia naturaleza, y sería aceptada por todos. Pero si el conflicto se resolvía con las armas y las revueltas, dado que los peores hombres suelen ser los más atrevidos, la religión mejor y más santa terminaría aplastada bajo la lucha de las religiones falsas, como el grano entre las espinas y los cardos.

De modo, pues, que dejó abierta la cuestión de la religión y permitió que cada cual se entregara libremente a su creencia. Sin embargo, prohibió a conciencia y con estricta gravedad la posibilidad de que alguien pudiera caer tan por debajo de la dignidad humana hasta el punto de creer que el alma perece con el cuerpo, o que el mundo es un mero resultado de la casualidad, y no está gobernado por ninguna providencia divina. Después de esta vida, creen, los vicios son castigados, y las virtudes premiadas. Estas son sus creencias, y si alguien piensa de otro modo, no lo consideran como miembro de la humanidad, puesto que ha rebajado la delicada naturaleza de su alma al nivel del cuerpo miserable de una bestia. No están dispuestos a incluir a alguien así entre los ciudadanos, pues tendría las leyes y costumbres por tan poco valiosas que sólo las cumpliría por temor. Sin lugar a duda, si una persona sólo tiene que temer a las leyes y si no tiene más esperanzas que las que afectan al cuerpo, intentará eludir las leyes de su país mediante la astucia o mediante la violencia, con tal de servir a sus propios deseos personales.

En consecuencia, a una persona así no le confieren ningún honor, no le confían cargos, y no le asignan funciones. De modo unánime, lo tienen por una persona de disposición baja y perezosa. Pero no le administran ningún castigo, porque están convencidos de que no está en el poder de nadie elegir lo que cree; tampoco lo obligan con amenazas a que oculte sus opiniones, ni permiten que sobre el tema haya engaños o mentiras, a las cuales odian en grado sumo, porque las consideran muy próximas a la maldad calculada. Le prohíben que argumente en favor de su posición en presencia de la gente común, pero en privado y ante sacerdotes y personas importantes, no sólo le permiten, sino que también lo instan a defender su causa, ya que están seguros de que la locura, finalmente, terminará cediendo ante la razón.

Hay otros, y no son pocos, a los que no se los molesta, porque su postura no es del todo irracional, y porque no son malas personas. Por una clase de error diferente, creen que los animales también tienen almas inmortales, pero que no se comparan a la nuestra en dignidad, ni están destinadas a una felicidad equivalente. Casi todos los utopienses están convencidos de que la dicha futura de los hombres será tan inmensa que, aunque lamentan la enfermedad de cualquier persona, sólo se apenan por la muerte de quien partió con angustia y en contra de su voluntad. Toman esta actitud como un mal presagio, como si el alma, desesperada y con mala conciencia, tuviese la secreta premonición del castigo por venir. Suponen, además, que Dios no recibirá complacido a quien no acude obediente al llamado, y tiene que ser arrastrado contra su voluntad. Los que presencian este tipo de muertes son invadidos por el terror y cargan con el cuerpo hacia el sepelio en silencio melancólico. Una vez allí, ruegan a Dios que tenga piedad de sus sombras y perdone graciosamente sus debilidades, y cubren su cadáver con tierra.

Curiosa opinión acerca del alma de los brutos

Por otro lado, cuando los hombres han fallecido alegremente y plenos de buenas esperanzas, nadie los llora, y acompañan sus funerales con canciones, encomendando sus almas a Dios.

Con más reverencia que tristeza, creman sus cuerpos. Sobre el lugar, erigen un pilar en el que escriben las buenas cualidades del fallecido. En el camino de regreso van recordando su carácter y sus obras. Ningún período de su existencia es recordado con mayor frecuencia o con mayor alegría que su muerte feliz.

Entienden que guardar memoria de la rectitud es una manera eficaz de estimular una vida de buenas acciones y una forma muy adecuada de respetar a los muertos. Estos últimos, piensan, están presentes cuando se los menciona, aunque permanecen invisibles a los débiles sentidos de los mortales. Sería contradictorio que los bienaventurados no pudiesen desplazarse por donde les plazca, y sería muy ingrato de su parte que se negaran a visitar a los amigos, con quienes estuvieron en vida tan unidos por el amor y la caridad. Conjeturan que la caridad, como todas las cosas buenas en la gente de bien, más que disminuir, aumenta después de la muerte. En consecuencia, creen que los muertos andan entre los vivos y son testigos de sus palabras y de sus acciones. De esta manera, se dedican a sus asuntos con más seguridad, confiando en tal protección. Están convencidos de que la presencia personal de los antepasados evita que muchos hombres cometan actos deshonrosos en secreto.

Desprecian los augurios y se burlan de todas las otras formas adivinatorias de la vana superstición, a las que se presta tanta atención en otros países. Pero veneran los milagros, que ocurren sin la asistencia de la naturaleza, como operaciones y señales del poder divino en acto. En su país, dicen, suceden milagros con bastante frecuencia. Hay circunstancias críticas en las que oran públicamente por que se les conceda un milagro, y tienen mucha confianza en que lo obtendrán.

Piensan que la investigación de la naturaleza, con la reverencia que ésta provoca, es un acto de devoción que resulta grato a Dios. Hay personas, sin embargo, y no son pocas, que por motivos religiosos se abstienen del estudio o de la investigación científica, pero que no se permiten ninguna pereza.

Están dispuestos a merecer la felicidad de la otra vida sólo mediante una vida ocupada en el trabajo y en las buenas acciones. Algunos atienden a los enfermos. Otros reparan caminos, cavan zanjas, reconstruyen puentes, juntan arena y piedras, talan y cortan árboles, transportan madera, grano y otros elementos hacia las ciudades. Trabajan como sirvientes para las cosas públicas, y también para las personas privadas, y hasta más que los esclavos.

Si en alguna parte hay una tarea tan pesada, dura y difícil, que nadie quiere afrontarla, ellos se ofrecen alegremente. Siempre ocupados con el trabajo arduo, permiten que los demás descansen, y no reclaman por ello crédito alguno. No menosprecian con insultos la forma de vida de los demás, y no exaltan la propia. Cuanto más se colocan en la posición del esclavo, más honra se les tributa.

Existen dos escuelas de este tipo de gente. Una está compuesta por célibes, que no solamente renuncian a toda actividad sexual sino que también se abstienen de comer carne y, en algunos casos, todo tipo de alimento de origen animal. Rechazan completamente los placeres de esta vida, por considerarlos dañinos. Confían solamente en la vida futura, que ganarán con el sudor y con la fe. Mientras aguardan, viven activamente y con alegría.

La otra escuela es igual de apegada al trabajo duro, pero considera que es preferible contraer matrimonio; no desprecian sus delicias y creen que, así como su deber para con la naturaleza les exige realizar el acto marital, el deber para con su país les exige tener descendencia. No evitan ningún placer, a menos que interfiera con el trabajo. Les gusta la carne, y piensan que los hace más fuertes para todo tipo de tarea. Los utopienses consideran que estos hombres son más sensatos, pero que los primeros son más santos. Si intentaran fundar en argumentos de razón su preferencia por el celibato y por una vida dura en lugar de una existencia confortable, se reirían de ellos. Sin embargo, puesto que se dicen motivados por su religión, se los respeta y reverencia. No hay nada de lo que se cuiden más que de dog-

matizar en cuanto a la religión. Así son, pues, los hombres a los que en su lengua llaman *butrescos*, término que podría traducirse como «religiosos por eminencia».

Tienen sacerdotes de una santidad extraordinaria, los que, por tanto, son muy pocos. Sólo hay trece en cada ciudad, con igual número de iglesias, excepto cuando están en guerra. En ese caso, siete parten con el ejército, y se designa igual cantidad de reemplazantes temporarios. Cuando los sacerdotes titulares regresan, cada uno vuelve a sus tareas habituales. Los religiosos que exceden el número de trece, hasta que acceden a un puesto por muerte del titular, sirven al sumo sacerdote. Uno de ellos tiene la responsabilidad de presidir al resto. Los elige el pueblo, del mismo modo que a los demás magistrados, mediante el voto secreto, para evitar cuestiones de partido. Una vez electos, se los ordena dentro de su propio grupo.

Dirigen la adoración divina, ordenan los ritos religiosos y son censores de la moral. Se considera una gran desgracia que alguien sea amonestado o rechazado por ellos a causa de su conducta incorrecta. Su función es la de dar consejos y admoniciones, pero corresponde al gobernador y a los demás funcionarios civiles administrar el castigo. Los sacerdotes, sin embargo, excluyen del servicio divino a las personas que les parecen malas. No hay castigo más temido: el que lo recibe se siente expuesto a todas las desgracias y lo asalta un secreto temor religioso. Y tampoco sus cuerpos quedan libres del sufrimiento. Si no demuestran un arrepentimiento inmediato, el senado los castiga por impiedad.

Los sacerdotes tienen bajo su responsabilidad la educación de los niños y de los jóvenes. No les parece menos importante la conciencia moral y la virtud que el progreso en el conocimiento. Desde el principio se ocupan especialmente de sembrar en las mentes de los niños, cuando todavía son tiernas y maleables, opiniones buenas, que también serán útiles para la conservación de la república. Una vez afirmadas en los niños, los acompañarán en toda su vida como adultos y serán una gran ayuda para el cuidado de la república. Esta última sólo se deteriora por causa de los vicios que surgen de las malas actitudes.

Sacerdotes femeninas

El sexo femenino no está totalmente excluido del servicio sacerdotal, pero se eligen viudas en edad avanzada, y aun esto, en raras ocasiones. A menos que sean mujeres, los sacerdotes toman por esposas a las mujeres más exquisitas del país.

Ningún cargo es más honrado en Utopía, a punto tal que, si llegaran a cometer algún crimen, no se los somete a ningún tribunal, más que el de Dios y el de sus propias conciencias. Por más culpable que sea, no se puede poner una mano encima a quien se ha consagrado a Dios como ofrenda personal. Les resulta muy sencillo observar esta costumbre, porque sus sacerdotes son pocos, y cuidadosamente seleccionados. Por lo demás, no ocurre habitualmente que alguien que ha sido elevado a tal dignidad por ser el mejor entre los buenos, sin que se haya tomado en cuenta otra cosa que su virtud, sea proclive a caer en la corrupción y en la maldad. Y si esto llegara a suceder, siendo como es tan variable la naturaleza del hombre, dado que son muy pocos y que no se los inviste con más poder que el de la influencia del honor, no es de temer que puedan causar un gran daño al estado. En realidad, la razón de tener unos pocos y excepcionales sacerdotes es evitar que la dignidad de la orden, a la que respetan en grado sumo, pueda devaluarse al repartir el honor entre muchos. Piensan que es muy difícil encontrar muchos hombres tan buenos, capaces de ocupar una posición tan honorable, para la que no alcanza con ejercer las virtudes ordinarias.

Excomunión

Y entre nosotros, qué turba

Sacerdotes más santos que los nuestros

No son menos estimados entre su propia gente que en las naciones extranjeras. Esto puede comprobarse a simple vista a partir de un hecho que, creo, es la causa de tal estima. Cuando los ejércitos están combatiendo, muy cerca del campo de batalla se ve a los sacerdotes arrodillados, con sus vestimentas sacras. Con las manos extendidas hacia el cielo, piden, antes que nada, por la paz, y en segundo término, por una victoria de su lado, pero sin que se tenga que derramar mucha sangre en ninguno de los dos bandos. Cuando sus compatriotas están ganando, corren hacia

los combatientes y refrenan la furia de sus propios soldados frente al enemigo abatido. Acercarse a ellos ya es suficiente para salvar la vida; tocar sus amplios vestidos ya basta para protegerse del brazo de cualquier guerrero.

Esta conducta les ha ganado una veneración tan alta entre todas las naciones y les ha otorgado tal majestad real que han conseguido salvar tantos conciudadanos de manos del enemigo cuantos enemigos protegieron del ataque de sus propios hombres. Esto que voy a contar es muy conocido allá. Sucedió una vez que su ejército había sido derrotado y puesto en fuga, y el enemigo ya se disponía a la matanza y al saqueo. En ese momento, la intervención de los sacerdotes impidió la carnicería. Una vez que los ejércitos se separaron, se arregló y firmó la paz en términos justos. Nunca hubo una nación tan salvaje, cruel y bárbara que no haya considerado que sus personas son sagradas e inviolables.

Observancia de los días fastos entre los utopienses

Celebran sus festividades los días primero y último de cada mes y de cada año. Este último lo dividen en meses, medidos de acuerdo con la órbita de la luna; el curso completo del sol marca la duración de un año. En su idioma llaman *cinemernos* a los días primeros y *trapemernos* a los días últimos.[43] Estos nombres significan algo equivalente a «Primeras fiestas» y «Últimas fiestas», respectivamente.

Disposición de sus templos

Sus templos son muy elegantes, con una arquitectura muy elaborada y sumamente amplios, ya que hay muy pocos. Son más bien oscuros. Esta cualidad, dicen, no se debe a la ignorancia de sus diseñadores sino que responde a la intención deliberada de los sacerdotes. Piensan que la luminosidad excesiva hace divagar los pensamientos, mientras que una iluminación incierta y opaca concentra la mente y la conduce hacia la devoción.

En Utopía, como ya se dijo, la religión no es una sola

---

43. Cynemerni: «días de apertura»; *trapemerni*: «días de clausura».

para todos, pero sin embargo, sus diferentes manifestaciones, aunque variadas y múltiples, tienden, cada una por su propia vía, al propósito común de adorar a la naturaleza divina. En consecuencia, en los templos no se ve ni se escucha nada en lo que todos en común no acuerden. Si alguna secta tiene un rito propio, sus miembros lo celebran dentro de las paredes de cada casa. El culto público se conduce según un ritual que no anula la devoción privada. En el templo no se ven imágenes de los dioses, y así cada uno puede imaginar a Dios en ardiente devoción y como mejor le parezca. No tienen ningún nombre especial para invocar a Dios, salvo el de Mitra. Con esta palabra intentan representar la naturaleza única de la majestad divina, cualquiera sea su esencia. La fórmula de las plegarias es tal que cualquiera puede pronunciarlas sin ofender a su propio credo.

La tarde de las fiestas últimas se reúnen en los templos. Agradecen a Dios por la prosperidad que han disfrutado durante el mes o el año que termina. Al día siguiente, acuden al templo por la mañana. Piden buena fortuna y prosperidad para el año o el mes que comienza, iniciado con la auspiciosa festividad.

En las fiestas de clausura, antes de ir al templo, las esposas se arrodillan ante los maridos, y los hijos ante los padres. Confiesan sus errores, ya sea porque hayan incurrido en alguna falta, o porque hayan cometido algún descuido, y piden perdón. De este modo, si había alguna nube de disputa en la familia, se la despeja con esta reparación, y con el espíritu limpio y puro, están en condiciones de asistir al sacrificio, pues son muy escrupulosos en cuanto a participar en la ceremonia con la conciencia intranquila. Si sienten algún encono contra alguien no asisten al sacrificio hasta que no se reconciliaron y alivianaron sus corazones, por temor a un castigo muy severo.

Confesión de los utopienses

Y entre nosotros, los más inicuos son los tratan de ubicarse más próximos al altar

Al llegar al templo se separan, los hombres van hacia la derecha y las mujeres hacia la izquierda. Cada grupo se ubica de forma tal que los varones estén sentados en frente del jefe de familia, y las mujeres, en frente de la madre. Intentan con esto

que las actitudes de cada cual en público estén bajo el cuidado de la misma autoridad y disciplina que las manda en privado. Se ocupan también de que cada joven se siente al lado de una persona mayor. Si los niños cuidaran de los niños, perderían en necedades infantiles el tiempo que deberían dedicar a concebir un temor religioso hacia los dioses, el más grande –y, prácticamente, el único– estímulo para el ejercicio de la virtud.

No matan animales para el sacrificio. No creen que la clemencia divina se deleite con la muerte y la sangre, puesto que ha insuflado vida en las criaturas animadas para que la disfruten. Queman incienso y otras sustancias aromáticas, y suelen también encender candelas. No dejan de ser conscientes de que estas cosas no agregan nada a la naturaleza divina, no más que las plegarias humanas, pero disfrutan de estos rituales inofensivos. Sienten, de algún modo, que con estos suaves aromas y luces, y con todas las demás ceremonias, es como si se elevaran y alcanzaran un estado de pureza más adecuado para adorar a Dios.

En el templo, el pueblo se viste de blanco. El sacerdote usa vestidos de varios colores y hermosos diseños, pero no de un material tan costoso como se podría esperar. Los tejidos no son de oro ni se adornan con piedras preciosas, sino que entretejen plumajes de diferentes clases de pájaros con tanto arte y maestría que ningún material de lujo podría igualar el valor de su delicadeza. Dicen que en el dibujo de las plumas y en el orden de su disposición se ocultan enseñanzas profundas y misteriosas. Al conocer sus secretos por boca de los sacerdotes, los utopienses toman conciencia de los beneficios que Dios les prodiga y, a la vez, de la propia devoción para con Dios y de sus deberes para con los hombres.

Cuando el sacerdote aparece la concurrencia se arrodilla en señal de reverencia. El silencio se hace tan profundo que la sola vista de la congregación provoca la impresión de que se ha hecho presente un poder divino. Permanecen un momento hincados, y, a una señal del sacerdote, se levantan.

En ese momento cantan loas a Dios, acompañadas con instrumentos muy diferentes de los de esta parte del mundo.

Algunos de ellos superan a los nuestros en la belleza de su sonido, pero hay otros que no tienen punto de comparación. Y hay algo más en lo que están muy por delante de nosotros. Toda su música, cantada e instrumental, expresa los sentimientos naturales, y presenta una perfecta adecuación entre el sonido y la materia, ya sea que las palabras signifiquen súplica, alegría, preocupación, tristeza o enojo, y esta unión entre el significado y la melodía afecta profundamente a quien la escucha, inflamando su espíritu.

Música de los utopienses

Hacia el final, el sacerdote y el pueblo repiten juntos ciertas oraciones solemnes, formuladas de tal manera que cada uno, diciendo las mismas palabras que el resto, las puede aplicar a su propia persona. En estas oraciones cada hombre reconoce que Dios es el autor y gobernante del universo, y creador de todas las cosas buenas. Le da las gracias por todos los beneficios recibidos, en particular por el favor divino que ha otorgado a su república, que es la más feliz, y por haber recibido una religión, que espera que sea la más verdadera. Si estas creencias llegaran a estar erradas, o si hubiese algo mejor y más grato a Dios que su república o su religión, pide que su bondad le otorgue la capacidad para conocerlas, ya que está dispuesto a seguir cualquier camino que Él indique. Pero si esta forma de república es la mejor y si su religión es la más verdadera, entonces le pide que lo conserve en el camino recto, y que conduzca a los demás mortales hacia la misma forma de vida y hacia la misma opinión acerca de Dios, a menos que en la variedad de religiones haya algo que plazca a su inescrutable voluntad.

Finalmente, ruega para que Dios lo lleve hacia Él con una muerte tranquila, sin atreverse a decir si esto debe ser más tarde o más pronto. Sin embargo, y si esto no ofende a Su Divina Majestad, le sería mucho más grato soportar una muerte dura y llegar a Dios en seguida antes que permanecer alejado de Él por vivir una existencia próspera y prolongada.

Después de esta oración, se vuelven a prosternar. Se levantan y se van a comer. El resto de la jornada lo pasan en juegos y en ejercicios militares.

Les he descripto hasta aquí, tan exactamente como me fue posible, la estructura de la república que juzgo no solamente la mejor sino también la única que puede con justicia reclamar ese nombre. Fuera de Utopía, con certeza, los hombres hablan livianamente del bien público, pero solamente se preocupan de sus intereses privados. Allí, en cambio, donde nada es privado, se interesan en serio en los asuntos comunes. Desde luego que, en ambos casos, actúan de manera razonable. Pues, fuera de Utopía, ¿quién no se da cuenta de que, a menos que separe una buena provisión para sí mismo, morirá de hambre aunque la república sea floreciente? Por esta razón, la necesidad los obliga a admitir que deben ocuparse de sí mismos antes que del pueblo, es decir, de las demás personas.

Por el contrario, en Utopía, donde todo pertenece a todos, nadie duda de que, estando los depósitos públicos siempre repletos, a nadie nunca le faltará nada para sus necesidades privadas. La razón de esto es que la distribución de bienes no está determinada por la avaricia. Nadie posee nada, pero todos son ricos.

¿Qué mayor riqueza puede haber para un hombre que vivir con una mente alegre y tranquila, libre de problemas, sin preocuparse por el alimento, por los lamentos de la esposa, por la pobreza de sus hijos, o por la dote de sus hijas, sintiendo seguridad respecto de la existencia y la felicidad de sí mismo y de los suyos: esposa, hijos, nietos, biznietos, tataranietos, y toda la interminable línea de descendencia que tanto placer causa imaginar? Y no les importa menos el hecho de que también hay suficiente para los que hoy están indefensos, pero que alguna vez trabajaron para quienes hoy están activos.

En este punto me gustaría ver si alguien se atreve a comparar esta forma de equidad con la llamada justicia que impera en las demás naciones, en las que, por mi alma, no logro descubrir el menor indicio de justicia o de equidad. ¿Qué clase de justicia es esa en la que un miembro de la nobleza, un banquero, un financista, o, en realidad, cualquiera de los que, o bien no trabajan en absoluto, o bien trabajan en cosas que no son esenciales para el bien común, accede a una vida de lujo

y grandeza, merced a su pereza o a su ocupación superflua? Mientras tanto, el trabajador común, el carrero, el carpintero y el agricultor realizan una tarea dura y sin pausa, que no soportarían las mismas bestias de carga, y tan necesaria que la república no duraría ni un año sin ella. Y, sin embargo, ganan tan poco y llevan una vida tan miserable que la condición de las bestias de carga llega a parecerles preferible. Al menos ellas no tienen que trabajar todo el tiempo, su comida no es mucho peor (en realidad, es más agradable para su gusto), y no tienen temores por el futuro. Los trabajadores, por el contrario, no sólo tienen que trabajar y sufrir sin recompensa en el presente, sino que además agonizan ante la idea de una vejez indigente.

¿No es esta una república injusta e ingrata? Otorga grandes recompensas a los llamados nobles, a los banqueros y a todos los de su clase, que son perezosos, o meros parásitos, y corren detrás de placeres vanos. Por el contrario, no guarda provisión benevolente para los campesinos, los mineros, los carreros y carpinteros, sin los cuales no habría república en absoluto. Después de haber abusado de la labor de sus años mozos, y una vez que éstos se han cargado con vejez, enfermedad y absoluta carencia, se olvida de todas sus noches en vela y de todos los beneficios recibidos que le procuraron, y, de la manera más desagradecida, los abandona a una muerte miserable.

Lo que es peor, los ricos extraen su ganancia diaria a los pobres no sólo mediante el fraude privado sino también mediante la ley pública. Ya era bastante injusto que quienes merecían lo mejor recibieran la peor paga. Pero, además, el derecho se ha ido degradando, y, con la promulgación de leyes, esta distorsión finalmente se transmutó en justicia. En consecuencia, cuando considero y reconsidero la constitución de todas las florecientes repúblicas actuales, Dios me asista, no veo más que una especie de conspiración de los ricos, que cuidan de sus propios intereses bajo el nombre y el título de una república. Inventan toda clase de medios y ardides para, en primer lugar, poder conservar, sin temor a que disminuya, la fortuna que han amasado con sus

Toma nota de esto, lector

prácticas viles, y, en segundo lugar, para poder comprar tan barato como sea posible el trabajo de los pobres, y abusar de ellos. Estos ardides se convierten en leyes cuando los ricos decretan su observancia en el nombre de lo público, es decir, también en el de los pobres.

Y sin embargo, aun después de que estos hombres malos se han repartido entre ellos con codicia insaciable una cantidad de bienes que habría bastado para cubrir las necesidades de todo el pueblo, ¡qué alejados están de la felicidad de la república de Utopía! En Utopía toda codicia de dinero ha sido suprimida, junto con la utilidad del dinero. ¡Qué cantidad de problemas se ha evitado de esta manera! ¡Qué matorral de males se ha arrancado de raíz! ¿Quién no sabe, acaso, que el fraude, el robo, la rapiña, las peleas, el desorden, la revuelta, la sedición, el asesinato, la traición, el envenenamiento, males estos que las ejecuciones diarias vengan pero nunca consiguen impedir, desaparecerían con la destrucción del dinero? ¿Quién no sabe que el temor, la ansiedad, la preocupación, los afanes y las noches sin descanso también perecerían al mismo tiempo que el dinero? La pobreza misma, a la cual sólo el dinero parece hacer más pobre, decaería y terminaría desapareciendo si en todas partes se eliminara el dinero.

Para clarificar esta afirmación, imaginen ustedes un año estéril de sequía en el que muchos miles de personas sean arrasados por la hambruna. Sostengo enfáticamente que al final de esta carestía, si se abrieran los graneros de los ricos, se encontraría allí grano suficiente como para que, repartido a tiempo entre todos los que murieron de hambre y de enfermedad, nadie hubiese tenido que sufrir por la mísera respuesta del suelo y del clima. Sería sumamente sencillo proveer a las necesidades de los hombres si el bendito dinero, esa supuesta gran invención que facilita su satisfacción, no fuese en verdad la única barrera que nos impide conseguir lo que necesitamos.

No tengo dudas de que incluso los ricos sienten de la misma manera. Ellos no ignoran que sería muy preferible carecer de necesidades antes que tener abundancia de cosas superfluas, que sería mejor poder desembarazarse de sus numerosas

preocupaciones y no tener que encargarse de sus enormes riquezas. Tampoco dudo de que el cuidado de los intereses de cada uno, o la autoridad de Cristo nuestro Salvador –quien en su sabiduría no podía dejar de saber qué era mejor, y que en su bondad no podía dejar de aconsejar lo que sabía que era lo mejor– hace mucho tiempo que habrían conducido a todo el mundo a adoptar las leyes de la república utopiense, si no lo hubiese impedido un monstruo único, plaga principal y causante de todas las demás. Me refiero a la soberbia.

Admirable

La soberbia mide la prosperidad no por las ventajas propias sino por las desventajas ajenas. Ni siquiera aceptaría verse convertida en diosa si, a cambio, tuviera que admitir que no habrá pobres a los que dominar y de quienes mofarse, si su buena fortuna no pudiera resplandecer por contraste con sus miserias, si la exhibición de sus riquezas no atormentara y agudizara su indigencia. Esta serpiente del infierno se enrosca en el corazón de los hombres y, como la rémora, les impide avanzar por el camino correcto.

La soberbia está profundamente arraigada en los hombres, y no se la puede extraer con facilidad. Por esta razón, el hecho de que esta clase de república –que de buen grado querría que fuese adoptada por todos– sea, por lo menos, disfrutada por los utopienses, me llena de alegría. Adoptaron una forma de vida que establece los fundamentos de una república que no solamente es la más feliz, sino que también, en la medida de la humana previsión, durará por siempre. En la política interna han extirpado las raíces de la ambición y de la facción, junto con todos los demás vicios. De allí que no exista el peligro de la discordia doméstica, que ha sido causa de la ruina de muchas repúblicas prósperas y estables. Mientras se preserve la armonía interior y sus instituciones conserven un sano vigor, ni toda la envidia reunida de los gobernantes vecinos, a pesar de que ya lo han intentado varias veces, y siempre han sido rechazados, conseguirá abatir a esta nación.

Cuando Rafael terminó su relato se me vinieron a la mente muchas de las costumbres y leyes del pueblo así descripto que

me parecían absurdas; no sólo su modo de conducir la guerra, sus ceremonias religiosas y sus otras instituciones, como, más que nada, la clave que fundamenta toda la estructura. Me refiero a su forma de vida en común, sin intercambio de dinero. Esto último, por sí solo, elimina toda la nobleza, la magnificencia, el esplendor y la majestad, que son, en la estimación de la gente común, las verdaderas glorias y ornamentos de la república.

Sabía, sin embargo, que él estaba realmente agotado por el relato, y yo no estaba seguro de que Rafael estaría en condiciones de oponer resistencia a mis observaciones, en particular, cuando recordé sus críticas a los que temían pasar por poco inteligentes si no lograban encontrar alguna falta en las novedades que exponía el otro. Elogié, por tanto, ese modo de vida y su discurso y, tomándolo de la mano, lo llevé hacia el lugar de la cena. Antes de ello, no obstante, dije que tendríamos otras oportunidades para reflexionar sobre estos asuntos con mayor profundidad, y que ya hablaríamos extensamente. ¡Cómo me gustaría que tal cosa fuese posible!

Mientras tanto, a pesar de que él es hombre de mucho estudio, así como también gran conocedor de las cosas humanas, no puedo coincidir con todo lo que dijo. Tengo que admitir, sin embargo, que me resulta más sencillo desear que muchos de los arreglos de la república de Utopía pudieran adoptarse en nuestros países que abrigar alguna esperanza de que los veré realizados.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

Fin del discurso vespertino de Rafael Hitlodeo
acerca de las leyes e instituciones de la Isla de
Utopía, conocida hasta ahora por unos
pocos, según lo relatado por el muy
distinguido y estudioso,
Sr. Tomás Moro,
ciudadano y *sheriff*
de Londres.

FIN

bus assentiri quæ dicta sunt, alioqui ab homine citra cõtrouersiam eruditissimo, simul & rerum humanarum peritissimo, ita facile confiteor permulta esse in Vtopiensium republica, quæ in nostris ciuitatibus optarim uerius, quàm sperarim.

SECVNDI LIBRI FINIS.

SERMONIS POMERIDIANI RAPHAËLIS HYTHLODAEI, DE LEGIBVS ET INSTITVTIS VTOPIENSIS INSVLAE PAVCIS ADHVC COGNITAE, PER CLARISSIMVM ET ERVDITISSIMVM VIRVM D. THOMAM MORVM CIVEM ET VICECOMITEM LONDINENSEM.

FINIS.

Jerónimo Busleyden saluda a Tomás Moro

No te fue suficiente, mi querido Moro, el más cumplido de los hombres, haber consagrado tus cuidados, tus trabajos y tus esfuerzos a los asuntos y a los intereses de los particulares, y tuviste todavía, con la generosidad y devoción que te caracterizan, que aplicarlos al bien general, pensando que tus servicios, fueran los que fueren, habrían de merecer una acogida más favorable, que obtendrían mayores gracias y más gloria si fuesen más difundidos y distribuidos para beneficiar a más personas. Esto es lo has intentado hacer en otras ocasiones, y ahora, con notable felicidad, lo has vuelto a conseguir, con este Discurso de la Tarde que acabas de relatar por escrito y que publicas con el título de *Recta y Buena Constitución de la República de los Utopienses* (a la que todos deberían propender).

En la feliz descripción de sus hermosas instituciones no falta nada de lo que sería deseable, ni la más alta erudición, ni la experiencia exhaustiva de las cosas humanas. En verdad, cuando estas dos cualidades marchan juntas, con un ritmo tan igual que ninguna cede a la otra la palma de la victoria, ambas compiten con igual esperanza de obtener la gloria. Tú posees un conocimiento tan variado y al mismo tiempo una pericia tan certera que es evidente que todo lo que escribes y afirmas se funda en tu conocimiento y en tu pericia.

En verdad, se trata de una felicidad rara y maravillosa, tan rara que se le niega a la multitud y sólo se le ofrece a muy pocos hombres, sobre todo a quienes, con la sincera voluntad de servir al bien común, tienen la erudición necesaria, el crédito suficiente y la autoridad indispensable para hacerlo, y que aportan a su misión la bondad, la rectitud y la sabiduría de la que tú eres ahora el ejemplo. Pues tú no te consideras nacido

sólo para ti mismo, sino para todo el mundo, y con este trabajo espléndido, obtienes la mayor de las pagas: hacer del mundo entero tu deudor. No pudiste cumplir tu cometido con mayor justeza ni de mejor manera que obsequiando a seres dotados de razón esta idea de república, esta fórmula e imagen perfecta de costumbres, incomparablemente más saludable, más acabada, más deseable que todo lo que se haya visto jamás sobre la tierra, pues supera en mucho y deja muy atrás a las repúblicas más célebres y elogiadas, como las de Lacedemonia, Atenas y Roma. Si ellas hubiesen nacido bajo los mismos auspicios favorables y hubiesen sido gobernadas por las mismas instituciones, leyes, decretos y usos que rigen en tu república, seguramente hoy no estarían destruidas y rebajadas al nivel del suelo ni dolorosamente consumidas, sin esperanzas de volver a levantarse. Por el contrario, se mantendrían incólumes, serenas, felices y afortunadas en grado sumo, siempre al dominio de las cosas, disfrutando del vasto imperio que el destino les había conferido sobre la tierra y sobre el mar.

Seguramente has sentido piedad por la suerte lamentable de estas repúblicas y, para evitar vicisitudes semejantes a otras que, en nuestros días, ejercen supremo poder, has querido ofrecerles el ejemplo de tu república perfecta, que consagra todo su esfuerzo menos a la elaboración de leyes que a la formación de magistrados de la más alta cualidad. Y no sin razón, pues sin ellos, si hemos de creer a Platón, todas las leyes, aun las mejores, no serán más que letra muerta. Más que todo, es el modelo de los magistrados, el ejemplo de su probidad, la imitación de sus hábitos, la imagen de justicia que ofrecen, lo que toda república perfecta debe representar con su gobierno y con la rectitud de su conducta.

A tal efecto, debe asistir, primeramente, la prudencia a los gobernantes, la fortaleza a los militares, la temperancia a cada uno, y la justicia a todos. Dado que tu república, que tan bien has dado a conocer, reposa claramente sobre una magnífica combinación de todas estas virtudes, no puede sorprender que suscite tanto temor en muchas naciones, así como también

veneración en todas ellas, que habrán de celebrarla en todos los siglos por venir. Sobre todo, porque en ella la rivalidad por acaparar todo tipo de propiedad ha sido eliminada, ya que nadie posee nada de su propiedad. Por el contrario, en beneficio de la propia comunidad, todas las cosas son comunes a todos. Y, del mismo modo, cada acción, pública o privada, apunta, no a servir a las pasiones de los muchos o los caprichos de los pocos, sino que tiende completamente a mantener los intereses de la justicia, de la igualdad y de la comunión.

Cuando las acciones apuntan íntegramente a este único fin, desaparece necesariamente todo cuanto alimenta, inflama y favorece la ambición, la lujuria, la envidia y la injusticia. Pues no es de extrañar que éstas existan allí donde existan la posesión de bienes privados, o la sed ardiente de poseerlos, y la más miserable de todas las pasiones, la ambición, que empuja a los mortales hacia todos los vicios, a pesar de sí mismos y para su propia infelicidad. De allí surgen, inadvertidamente, las disensiones en los ánimos, las luchas de las armas, y las guerras más terribles que las civiles, que no solamente destruyen completamente a los estados más florecientes y a las repúblicas más felices, sino que, además, hacen que las glorias y triunfos pasados, los célebres trofeos y los orgullosos botines tomados a los enemigos sean borrados de la memoria.

Si, con todo lo que ella evoca, nuestra página llegase a concitar poco crédito, estoy seguro de hay testimonios más autorizados a los que se puede recurrir: las repúblicas tan numerosas y tan grandes del pasado que han sido devastadas, las poblaciones arruinadas, los estados derribados, las ciudades incendiadas y consumidas por el fuego. Hoy de ellas no sólo quedan apenas unos pocos vestigios y despojos de la inmensa calamidad que los destruyó, sino que ni siquiera sus nombres han sido conservados por la historia, por más que ésta se remonte hacia atrás en el tiempo. A todos estos desastres insignes, a estas devastaciones, a estas calamidades de la guerra, nuestras repúblicas podrían escapar con facilidad si tan sólo se conformaran exactamente al modelo único de la república

utopiense, sin apartarse, como se dice habitualmente, ni una uña. Sólo así, con la experiencia misma, reconocerían el bien de lo que tú les ofreces; especialmente, porque aprenderían cómo mantener sus repúblicas saludables, incólumes y triunfantes. La deuda que contraerían contigo, su servidor supremo, no sería inferior a la que, con todo derecho, sería acreedor un hombre que hubiese salvado no a un miembro de la república, sino a la república entera.

Hasta pronto. Que puedas seguir prosperando con felicidad, meditando, realizando y elaborando todo aquello que, aportado a la república, traerá perpetuidad para ella e inmortalidad para ti. Adiós, doctísimo y humanísimo Moro, joya de tu Bretaña y de nuestro mundo.

Desde nuestra casa en Malines, 1516.

GERARDO GELDENHOUER[44], ACERCA DE UTOPÍA

¿Amas, lector, lo agradable? Aquí están las cosas más agradables.
Si prefieres lo útil, no leerás nada más útil.
Si deseas ambas cosas, ambas cosas abundan en la isla.
Para embellecer la lengua, para instruir el alma.
Aquí, las fuentes del bien y del mal son reveladas por la elocuencia
de Moro, gloria suprema de su Londres natal.

CORNELIO SCHRIJVER[45], AL LECTOR

¿Quieres ver prodigios nuevos, ahora que se ha descubierto
un nuevo mundo?
¿Diversas formas de vida, de naturaleza diferente?
¿Quieres conocer la fuente de las virtudes? ¿El principio
de nuestros males,
y de cuanta vanidad se oculta en las cosas?
Lee todo lo que el ingenioso Moro pintó con sus colores,
Moro, honor de la nobleza de Londres.

FIN

---

44. Humanista holandés (1482-1542), ayudó al imprentero Dick Martens en la primera edición de *Utopía.*

45. De Schrijver (c. 1482-1558). Poeta de gran reputación, se estableció en Amberes, donde trabó estrecha amistad con Pedro Giles.

γίνεσθε φρόνιμοι ὡς οἱ ὄφεις,

Prudens ſimplicitas amorẽ recti.

ἀκέραιοι ὡς αἱ περιστεραί.

BASILEAE APVD IOANNEM
FROBENIVM. MENSE
NOVEMBRI. M. D. XVIII.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN / *VII*

El autor y su obra: breve noticia de la formación y de la actuación profesional e intelectual de Tomás Moro / *VII*

El texto y sus contextos: humanismo y secularización / *X*

Ensayo: «*Utopía*, o la (crítica de la) política inmediata» / *XVII*

Repúblicas verdaderas y falsas / *XX*

Gobierno y *morosophia* / *XXV*

Cronología / *XXXV*

Bibliografía / *XXXVII*

Anexo. Otras sociedades del pensamiento / *XXXIX*

TOMÁS MORO

Utopía

ERASMO DE ROTTERDAM MANDA SALUDOS A JUAN FROBEN, PADRE MUY QUERIDO DE SU AHIJADO / *3*

GUILLERMO BUDÉ SALUDA A TOMÁS LUPSET DE INGLATERRA / *5*

SEXTINA ACERCA DE LA ISLA DE UTOPÍA, ESCRITA POR ANEMOLIO, POETA LAUREADO Y SOBRINO DE HITLODEO, POR PARTE DE SU HERMANA / *13*

ALFABETO DE LA LENGUA DE UTOPÍA Y POEMA EN LENGUA UTOPIENSE / *16*

Al muy distinguido gentilhombre, Don Jerónimo de Busleyden, rector de San Pedro en Aire y consejero del católico Rey Carlos, manda sus saludos Pedro Giles de Amberes / 17
Tomás Moro a Pedro Giles, saludos / 21

Discurso del eximio Rafael Hitlodeo sobre el estado óptimo de una república

Libro Primero / 27
Libro Segundo / 69
De las ciudades, y, en particular, Amaurota / 73
De los magistrados / 76
De los oficios / 77
De las relaciones mutuas / 83
Los viajes de los utopienses / 89
De los esclavos / 113
De los asuntos militares / 122
Las religiones de los utopienses / 132

Jerónimo Busleyden saluda a Tomás Moro / 151
Gerardo Geldenhouer, acerca de Utopía / 155
Cornelio Schrijver, al lector / 155

COLIHUE CLÁSICA

- *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, **Karl Marx**
- *Hamlet*, **William Shakespeare**
- *Discurso del método*, **René Descartes**
- *Otelo, el moro de Venecia*, **William Shakespeare**
- *Hojas de hierba*, **Walt Whitman**
- *Crimen y castigo*, **Fiódor Dostoievski**
- *El rey Lear*, **William Shakespeare**
- *Poética*, **Aristóteles**
- *Iluminaciones*, **Arthur Rimbaud**
- *Una vuelta de tuerca*, **Henry James**
- *Las flores del mal*, **Charles Baudelaire**
- *Tragedias I*, **Eurípides**
- *Las penas del joven Werther*, **Johann Wolfgang von Goethe**
- *Romeo y Julieta*, **William Shakespeare**
- *Las reglas del método sociológico*, **Émile Durkheim**
- *Los papeles de Aspern*, **Henry James**
- *Ética Nicomaquea*, **Aristóteles**
- *El príncipe*, **Niccolo Machiavelli**
- *Macbeth*, **William Shakespeare**
- *El suicidio*, **Émile Durkheim**
- *El proceso*, **Franz Kafka**
- *Memorias del subsuelo*, **Fiódor Dostoievski**

- *Las mil y una noches*, **Anónimo**
- *Utopía*, **Tomás Moro**
- *Comedias completas*, **Terencio**
- *Una casa de muñecas. Un enemigo del pueblo*, **Henrik Ibsen**
- *Frankenstein*, **Mary W. Shelley**
- *Edipo. Antígona. Edipo en Colono*, **Sófocles**
- *Los hermanos Karamázov*, **Fiódor Dostoievski**
- *Confesiones*, **San Agustín de Hipona**
- *Peer Gynt. El pato salvaje. Hedda Gabler*, **Henrik Ibsen**
- *Enéadas*, **Plotino**
- *Elogio de la Locura*, **Erasmo de Rotterdam**
- *Pensamiento y habla*, **Lev Vigotski**
- *Poesía completa*, **Mallarmé**
- *Convivio*, **Dante Alighieri**
- *El contrato social*, **Jean-Jacques Rousseau**
- *Sobre las leyes*, **Cicerón**
- *La filosofía del tocador*, **Marqués de Sade**
- *Poesía completa*, **Cátulo**
- *Epistolario*, **Baruch Spinoza**
- *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, **E. de la Boétie**

Esta edición
de 2000 ejemplares
se terminó de imprimir en
A.B.R.N. Producciones Gráficas S.R.L.,
Wenceslao Villafañe 468,
Buenos Aires, Argentina,
en febrero de 2009.